



**EL
SECUESTRO
DE LA
VIRGEN
NEGRA**

Basado en hechos casi reales

DANI EL ROJO
con Yolanda Foix

Lectulandia

Tras su último atraco, Tiburón y sus socios se largan de Barcelona y acaban en Ferrol, donde se meten en el negocio perfecto: la exportación de tabaco. Pero nada es tan fácil como parece, y la policía y los fantasmas del pasado vuelven a torcer los planes de la banda.

Cuando ya lo dan todo por perdido, Tiburón tiene una idea para dar el golpe definitivo: asaltar el monasterio de Montserrat y secuestrar a «la Moreneta». Seguro que el presidente de la Generalitat no permitirá que uno de los emblemas de Cataluña corra peligro y pagará el rescate de quinientos millones de pesetas que Tiburón tiene pensado pedirle. Pero incluso en los planes más perfectos hay imprevistos...

Lectulandia

Dani el Rojo & Yolanda Foix

El secuestro de la Virgen Negra

Aventuras de Tiburón - 2

ePub r1.0

mozzie 27.09.2017

Título original: *EL secuestro de la Virgen Negra*
Dani el Rojo & Yolanda Foix, 2014

Editor digital: mozzie
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los diez mandamientos

Amarás el dinero sobre todas las cosas.

No dirás el nombre del camello en vano.

Te drogarás en las fiestas y los días laborables.

Honrarás a tu padre y a tu madre. (Este nos parece bien).

No matarás o no asesinarás, si no lo requiere la ocasión.

No cometerás actos impuros, como, por ejemplo, delatar a un compañero.

No robarás tus cosas. Robarás las de los otros.

No dirás falsos testimonios. Nunca lo hemos hecho.

No consentirás pensamientos ni deseos impuros. Los harás.

No codiciarás los bienes ajenos, los harás tuyos directamente.

PRIMERA PARTE

FERROL

*Bienaventurados los pobres
porque ellos podrán robar
todos los bancos.*

CAPÍTULO 1

1122 km

Nacemos, crecemos y morimos.

Pero mientras tanto se trata de huir. Huir de la ciudad, huir de uno mismo, huir de lo que haga falta. Y eso es lo que estábamos decididos hacer esa mañana mientras los cuatro (mis socios y yo) cargábamos el maletero del BMW con el dinero y las armas en el Turó de la Peira. La lluvia parecía que no terminaría nunca.

Después de seis años en prisión, y ya sin la Loli, asesinada por el Tosco, me parecía que largarme de Barcelona era lo más lógico. La ciudad de pronto se había vuelto un lugar más inhóspito. Ahora que todos los hijos de puta —comisario Ramírez incluido— estarían husmeando cada rincón, cada plaza, cada callejuela, cada hotel de la ciudad, necesitábamos un tregua para aclarar las ideas y armarnos de verdad hasta los dientes.

Aún me dolían los huesos de la pelea contra el desgraciado del Tosco. Me temblaban las manos y tenía sangre en los labios. El muy hijo de puta me había machacado los huesos y destrozado el ánimo con las muertes de la China y la Loli. Le gustaba desafiarme, quizás para ponerse a prueba, quizás porque en el fondo no éramos tan diferentes, no lo sé, pero me había jodido en la trena y, por fin, después del atraco en el Vegas Gold, después de reconocerme por mi voz, ¡me cago en la puta!, todo habría cambiado si, en lugar de gritar mi hombre, lo hubiera encañonado a tiempo, sin abrir la maldita boca. Después de todo ese ajeteo, terminamos en un descampado de las afueras.

Me costó, pero pude saborear el licor de la venganza.

Su cuerpo maltrecho y desnudo, en un descampado lleno de barro y de ratas, no serviría ni para comida de perro. El Fumatis y el Espía se quedaron atrás. No pudimos esperarlos, porque corríamos el riesgo de terminar como ellos: en chirona o a balazo limpio.

Todo había ido tan deprisa que no tuvimos tiempo de preparar nada.

Cuando mis compañeros me vieron llegar con la ropa manchada de barro y de sangre, Nariz Rota no pudo contenerse, y me abrazó.

—Sabía que lo querías matar con tus propias manos, Tiburón. Y no tenía ninguna duda de que lo conseguirías.

Lo miré, pero no respondí porque entre nosotros sobraban las palabras.

—¿Qué pasa? ¿Que ahora, además de atracadores, también somos maricones? —dijo Cara Cortada con la oreja aún sangrando.

La señora Remedios los había dejado a cada uno en su casa y al final aparcó el coche donde el Hongos le pidió. Los tres se habían duchado y preparado las bolsas

con el dinero, yo no pude. Pero me daba igual, el corazón me latía con un furor alocado.

El BMW olía a una mezcla de tapizado nuevo y a perro muerto, pero no teníamos otra. El tapizado era tan cojonudo que les pedí, por favor, que tuviesen cuidado. No hicieron ni caso.

Curiosamente, cuando dejamos atrás Barcelona la lluvia se apaciguó. Como teníamos más de mil kilómetros por delante y muchas horas, decidimos hacer turnos al volante. Yo no conduciría porque estaba exhausto. Primero condujo Nariz Rota, luego el Hongos y más tarde Cara Cortada, que con el vendaje en la oreja se parecía al hombre invisible.

—Al primero que me haga un chiste le reviento los huevos —nos aclaró con delicadeza.

Pararíamos en gasolineras o estaciones de servicio y allí, aparte de mear y llenar el depósito, alguna llamada de rigor a los contactos que teníamos para saber cómo iban las cosas, a nuestros padres, y después volveríamos a la carretera. Nada más. Comeríamos en el coche —dejando el tapizado hecho una mierda—, y también dormiríamos allí. Detenernos en algún hotel u hostel de carretera era perder tiempo y darles ventaja a los que nos estarían pisando las ruedas. Y por lógica nos buscarían allí.

Miré por el retrovisor a Nariz Rota. Llevábamos más de treinta horas despiertos, pero sabíamos que no podíamos mirar atrás. A las ocho de la mañana ya estábamos en Lérida. El Hongos dijo que tenía un primo por allí cerca que nos podía echar una mano, pero era demasiado pronto todavía y estábamos muy cerca de Barcelona para que en un control de la Guardia Civil nos detuvieran y nos jodieran vivos.

—¡Estoy de primos que nos pueden solucionar los problemas hasta la polla!

Y empezamos reír.

—¿Os he dicho que este coche huele a perro? Lo digo por ti, Nariz Rota.

El tío casi desenfunda el arma.

El atraco en el Vegas Gold no había salido como teníamos planeado por culpa de un primo de Linares que se durmió y nos jodió todo el invento. A partir de ahí, entendimos que, para los atracos y para las cosas realmente importantes, ya no podíamos confiar en nadie.

—Es fea, Lérida, ¿verdad? Digo como ciudad. Sus calles, los edificios... Si fuera una tía, ¿os follarías a Lérida? —preguntó Cara Cortada.

—Ni con un palo —respondió el Hongos, que aprovechó para esnifar la primera raya.

—¡Os dije, me cago en la puta, que nada de esnifar ni meteros aquí dentro, joder!

—Venga, Tiburón, no me jodas, vamos a estar un montón de horas. Algo habrá que hacer.

Continuamos unos cuantos minutos en silencio. Era muy importante salir de Cataluña porque fuera de ahí las cosas se relajarían. ¿Adónde íbamos a ir? Hacia

Francia imposible, porque en la frontera nos reventarían hasta el culo. ¿Hacia el Sur? Buena idea. Calor, mujeres, tapas..., una vida más contemplativa... Pero Nariz Rota dijo que tenía un contacto en Ferrol.

—¿Qué coño se nos ha perdido en Ferrol? —preguntó el Hongos burlándose.

—Perdido nada, imbécil. Pero allí podemos estar un tiempo y capear toda esta mierda.

Nariz Rota nos contó que, durante sus días de mili en la Marina, en Ferrol, conoció a mucha gente. Entre ellos, el Fumatis y el Espía (ya desaparecidos de nuestras vidas). Pero sobre todo gente de allí, de Galicia, de confianza. Dudé durante unos segundos y enseguida me decidí:

—No hay más discusión. Nos vamos a Ferrol. Lo tengo clarísimo. Allí no nos van a buscar y estaremos en un lugar tranquilo —dije desde el asiento del copiloto.

Dicho y hecho.

Así que fue Ferrol como podría haber sido Granada o Badajoz. Otras opciones que al final descartamos porque Nariz Rota estaba tan seguro de sí mismo que daba miedo llevarle la contraria. Además, a los cuatro nos gustaba la idea de encontrar una casa, un pazo, un lugar un poco aislado, cerca del mar, donde corremos nuestras juergas, lejos del mundanal ruido de las ciudades.

Dejábamos atrás Lérida y empezábamos nuestra ruta fantástica por toda la geografía española hasta llegar a Ferrol.

—¿Cuántas horas hay de viaje? Cuando tenga ganas de mear, paramos donde sea, que el doctor me ha dicho que no es bueno para mi próstata que retenga líquidos, ¿entendido?

—No lo cuentes por horas —le contesté al Hongos—, cuéntalo por kilómetros porque, si todo va bien, hoy mismo, antes del anochecer, estarás descansando.

¡Maldita sea la hora en que pronuncié estas palabras!

De Madrid al cielo no sé qué distancia hay, pero de Barcelona a Ferrol, que para nosotros entonces era lo más parecido al cielo, unos 1122 kilómetros.

A las afueras de Lérida, nos detuvimos en la primera gasolinera. ¡Mierda! Estaba cerrada. ¿Desde cuándo las gasolineras cierran?

—No os preocupéis, seguro que encontraremos otra dentro de cincuenta kilómetros. Si alguna cosa tiene este país, son cabrones y gasolineras.

Me saqué la cazadora, me acomodé como pude —qué cojonuda era esa tapicería — y me dormí en un santiamén. Por primera vez desde que había salido de la cárcel no soñé con nada. Dormí plácido como un bebé, ni me enteré de que los cabrones del Hongos y Cara Cortada se saltaron la siguiente gasolinera, se equivocaron de salida y tuvimos que parar el coche al lado del arcén.

Para no cabrearme, decidieron no despertarme e ir a buscar la gasolina a pie.

—Si lo despertamos, será peor. Y no ganaremos nada, hostia. Vamos, llenamos un par de bidones, volvemos y el cabrón seguirá durmiendo como una ballena.

Dejaron a Nariz Rota conmigo, que aprovechó para salir y fumarse unos canutos.

Y ellos dos, a las nueve de la mañana, fueron a pata a buscar gasolina. Tampoco era muy difícil, solo tenían que retroceder tres o cuatro kilómetros, y luego volver cargados con los bidones. Con un poco de suerte hasta podrían comprar algo para desayunar y al final todos contentos.

Lástima que nada sucedió como ellos pensaban, y al llegar a la gasolinera —casi una hora más tarde— tuvieron la primera duda.

—¿Gasolina o gasoil?

—No me jodas, Hongos, creía que tú lo tenías claro.

—¿Y qué hacemos?, me cago en la puta.

—Pues... —dudó mirando a su alrededor— cogemos un bidón de gasolina y otro de gasoil, y problema solucionado.

Si el único problema hubiera sido su incapacidad para saber qué combustible necesitábamos, pues aún. Pero entonces Cara Cortada cayó en la cuenta de que no llevaban un duro encima, que se lo había dejado todo en el coche, en las bolsas del maletero.

—Pero ¿no tienes nada suelto? —preguntó el Hongos.

—¿Cómo quieres que lleve calderilla si llevamos más de treinta millones en el BMW? No me jodas.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Vamos a robar. Es lo único que sabemos hacer, ¿no?

Delante de ellos había una familia, con dos críos, el perro... Se miraron. Demasiado fácil. O quizás les vino de súbito un ataque de conciencia. Lo mejor era esperar un rato, cinco minutos, y seguro que aparecería la víctima perfecta.

Y efectivamente...

Se detuvo un dos caballos de color rojo. Dentro había una pareja, reían y se notaba a simple vista que la fiesta aún les duraba en el cuerpo.

—Están de juerga, Hongos...

—¿Y cómo lo hacemos?

El Hongos se acercó por la parte de atrás del coche, sacó un cuchillo, que siempre llevaba «porque nunca sabes cuándo hay que repartir panes y peces» y pinchó una de las ruedas. Entonces, con su cara de niño que no ha roto nunca ningún plato, golpeó en la ventanilla de los chavales.

—Perdonad.

—¿Qué quieres, guapo? —le contestó una rubia de metro ochenta.

El Hongos se volvió un momento para señalarle con la vista a Cara Cortada y después continuó:

—Estaba aquí con mi amigo... ¡Julio!

No sé por qué cojones se inventó este nombre.

—¡Julito! —repitió—. Que a estos chavales se les ha pinchado una rueda...

—No me jodas... —contestó Cara Cortada interpretando el papel de Julito.

—¿Y es grave? —preguntó el mocoso que conducía.

—Bueno, pues sí. Podéis tener un accidente.

—Un accidente muy grave —añadió Cara Cortada.

—¿Cómo te has hecho eso? —preguntó la chica, señalando su oreja ensangrentada.

Cara Cortada dudó.

—Rescatando a unos gatitos de la vía del tren. Me he jugado la vida —le contestó con torpeza para seducirla.

Como era una gasolinera, los dos sabían que no podían liarla demasiado. Tenían que ser precavidos, pensarlo bien.

Primera opción: Robar a los chavales a navajazo limpio y aprovechar para llevarse también el coche, con la rueda pinchada.

Segunda opción: Quitarles la cartera de la forma más discreta posible y sin levantar sospechas.

La lógica del Hongos le aconsejaría, sin lugar a dudas, la primera opción, pero por suerte Cara Cortada puso un poco de entendimiento. Cuando el conductor salió a echar un vistazo a la rueda pinchada, el Hongos, que era el más ágil con la polla y con las manos, vio cómo se guardaba la cartera en el bolsillo de detrás del pantalón.

¡Perfecto!

Justo en el instante que el chaval, entre un poco pedo y un poco esnifado, se agachó para comprobar la presión de las ruedas, el Hongos le quitó la cartera. Cuando se volvieron descubrieron que la rubia de metro ochenta (y ahora descubrieron que con un par de tetas como cántaros) los estaba mirando.

¡Mierda!

¿Los había visto? ¿Los había pillado? Cara Cortada, para saber qué quería, se acercó un poco alterado hacia la muchacha. Pero pronto intuyó que ella solo quería un poco de marcha.

—¿De dónde sois? —preguntó con una sonrisa que la delataba.

—De Barcelona.

—¿Y estáis por aquí de fiesta?

—¡Siempre estamos de fiesta, nosotros!

Cara Cortada, más cachondo que un tigre en celo, no podía quitarle los ojos de encima a la rubia... Y se acercó más a ella.

—Se nos va a hacer tarde, me cago en Dios... —Se cabreó el Hongos, ya con la cartera.

Pero, viendo que el otro cabrón no estaba por la labor, decidió ir directamente, con la cartera del chaval, a llenar dos bidones. Uno de gasolina, el otro de gasoil.

Pagó, pero entonces se dio cuenta de que no tendría que haber dejado solo a Cara Cortada. El chaval, que estaba en el coche, vio cómo la rubia se dejaba querer, y se mosqueó al ver un tío chorreando sangre, a punto de follarse en un cuartucho de gasolinera a su ligue de esa noche. Así que salió, empujó a Cara Cortada, y el muy imbécil, al llevarse la mano al bolsillo para sacar no sé qué empezó a jurar porque le

habían robado la cartera.

¿Podía pasar algo peor?

Sí, que al Hongos se le cayera la cartera del chaval cuando intentaba tranquilizar la situación. Y claro, se hizo un silencio muy denso, y ya no había margen para la reconciliación. Cara Cortada le cruzó un puñetazo en la sien al chico que cayó fulminado, y el Hongos aprovechó para coger el par de bidones y empezar a correr.

—¡Son cuatro kilómetros, Cara Cortada!

Corrieron y seguro que maldijeron sus huesos, porque —con las prisas y los nervios— volvieron a equivocarse de dirección, y esos cuatro kilómetros se convirtieron en ocho o nueve por la desorientación de los muy hijos de puta. Al llegar a nuestro coche, sudados, sucios y muertos de hambre y de sed, y con los pies llenos de llagas, los gritos de alegría de Nariz Rota me despertaron.

—¿Qué coño ha pasado?

Me lo contaron todo. Más o menos. Más menos que más. Porque se dejaron un pequeño detalle, demasiado importante. Les hubiera arrancado la cabeza pero tampoco hubiese servido de mucho y el tiempo iba en nuestra contra. Quizás los secuaces del Tosco ya salían de Barcelona, dispuestos a rastrear toda la península para jodernos vivos.



Con la lata de gasolina, conseguimos llegar a la siguiente gasolinera y, a partir de ahí, volvimos a pisar el acelerador. Aunque el frío del invierno se colaba por las ventanillas, Nariz Rota nos obligó a tenerlas bajadas para que entrase un poco el aire, porque, según él, los tres olíamos peor que los cerdos de un matadero.

Camino de Burgos, nos paró un guardia civil. Un niñato que nos pidió con malos modales que saliéramos del coche.

—Que no abra el maletero, que no abra el maletero... —murmuraba el Hongos.

Mientras bajaba del coche y me cagaba en los muertos de todos los santos, me pregunté si el universo se había conjurado en nuestra contra. ¿Por qué aparecía de la nada un picoletto, y solo?

—¿Saben por qué les he detenido?

—No —contesté el más rápido para que ninguno de mis socios la cagara como de costumbre.

—Superaban, y de largo, el límite de velocidad.

—Nos tendrá que disculpar, agente. Vamos con mucha prisa.

—¿Adónde se dirigen?

—A Ferrol —contestó Nariz Rota.

—¿Saben que Ferrol está a una larga distancia? ¿Y se puede saber por qué van a Ferrol?

—No, no se puede —respondió Cara Cortada.

El picoletto se volvió bruscamente. Yo intuí que la situación podía ir a más, así que tomé la decisión correcta. Con un gesto les dije a los chavales que me dejaran a mí, que no se preocupasen.

—¿Qué le pasa en la oreja? —preguntó el chaval.

Me dirigí al picoletto, que, entre el comentario de Cara Cortada y mi acercamiento, se puso más nervioso. Lo intenté calmar sin mucho éxito al principio, le dije que un familiar nuestro había muerto en Barcelona y que llevábamos parte de la herencia. Que era un viaje muy especial para nosotros y que, como veía que era un buen guardia civil, que iba de buena fe, a los cuatro nos gustaría tener un detalle con él.

Creo que no entendió nada. Pero el Hongos había abierto ya el maletero y había sacado un buen fajo de billetes. Al muchacho se le iluminaron los ojos como dos linternas en mitad del bosque. Noté por su cuerpo cómo dudaba, pero también supe desde el primer instante que, si lo hacíamos muy discretamente, si se lo dejábamos encima del capó, no habría ningún problema.

Y no lo hubo.

Arrancamos el coche, llenamos todo el depósito en una gasolinera que estaba a unos cien kilómetros y seguimos viaje. Ya pasado Burgos, mientras conducía Cara Cortada, preguntó:

—Si Burgos fuera una tía, ¿os la follaríais?

—¿Pagando? —preguntó el Hongos.

—No, sin pagar.

—Quizás drogado hasta las trancas, sí.



Se nos hizo de noche. El volante ya era mío. Y todavía faltaban unos quinientos kilómetros y estábamos muertos de hambre. Paramos en un gran mesón que había a un lado de la carretera y pedimos para llevar: cochinillo, caldereta pinariega, lechazo, sopa burgalesa, morcilla, unas cuantas raciones de pan, unos postres y un poco de queso fresco. Cuando vieron que nos lo llevábamos todo en las bolsas para el BMW, no se lo podían creer... Yo tampoco. Y menos aún, cuando curva tras curva, la sopa iba bañando todo el tapizado, lo mismo que los dedos grasientos del Hongos y la boca manchada de Nariz Rota.

—Hijos de puta, parecéis caníbales. ¿Qué hostias os he dicho del tapizado? Y tú, conduce más lento, que esto parece un puto barco.

Quería llegar lo antes posible a Ferrol, así que cruzamos Lugo a oscuras y a toda hostia, y no vimos nada, los semáforos en rojo parecían estrellas fugaces.

Un viaje que tenía que durar doce horas se convirtió en más de veinte. A punto de

llegar a Ferrol, pensé en mis padres, en cómo estarían. Tarde o temprano los tendría que llamar. Seguro que mi madre estaría furiosa y triste, me lo podía imaginar.

Lo que no pude imaginarme entonces, cuando llegamos a Ferrol, con la ciudad desierta y la lluvia que nos empapaba otra vez, que parecía que la lluvia nos perseguía y al final nos había dado alcance, era que Ferrol solo sería el principio de una terrible pesadilla.

CAPÍTULO 2

Ferrol, ciudad de vacaciones

Nariz Rota bajó del coche y buscó la primera cabina telefónica para llamar a su colega. Los otros aún se chupaban los dedos de la cena, que casi ni probé.

—No sé en qué coño andará metido ahora. Es de fiar, os lo juro —dijo Nariz Rota.

—¿Cómo se llama? —preguntó el Hongos.

—Alfonso Piñeiro —respondió muy lentamente, marcando cada sílaba.

Nariz Rota tuvo con él una conversación muy corta y casi no pudimos entender nada de lo que dijo, todo eran susurros, medio bromas, chistes... Después colgó el teléfono y se acercó para contarnos que su amigo nos esperaría al día siguiente, temprano por la mañana, en una plaza del centro que se había apuntado y que, si no le fallaba la memoria, estaba a cinco minutos andando. Que iba muy ajetreado, pero nos haría un hueco. Nosotros nos miramos sin entender nada; ¿qué íbamos hacer hasta entonces?

—¿Os pensáis que somos el papa de Roma? Este tío tiene familia.

—¿Y no puede quedar ahora? —preguntó Cara Cortada.

—Ha dicho que no.

—Vaya mierda...

—No me toquéis los cojones...

Cara Cortada tenía razón. Era muy tarde, casi noche cerrada y no teníamos dónde dormir. ¿Tan difícil era que las cosas salieran bien? Entonces Nariz Rota recordó un pequeño hostel, cerca del puerto, donde había dormido haciendo la mili, follando con putas baratas y bebiendo un vino asqueroso.

¿No había hoteles de cinco estrellas en Ferrol? Sí, pero estaban todos llenos. Y además, nos pedirían los DNI.

Fuimos hacia allá, aparcamos el BMW en una calle muy estrecha que olía a café y a pescado, cargamos las bolsas con el dinero, las pocas armas y la munición. En la esquina había una puertecita de metro sesenta y un cartel medio roto y sin iluminar: HOSTAL DEL MAR.

Llamamos unas cuantas veces. Nadie respondía. De pronto, oímos unos pasos que bajaban despacio por la escalera. Silencio... y nos abrió la puerta una mujer de unos sesenta años: rubia teñida con rulos, labios mal pintados, una bata de color rosa, fumando un puro, y de muy mal humor.

—¿Qué hostias queréis a estas horas? —preguntó.

—Queremos cuatro habitaciones —dijo Cara Cortada.

—Si pueden ser *suites*, mucho mejor —añadió el Hongos.

A la mujer se le escapó una carcajada. Repitió para sí misma «suites», levantó los ojos del puro y nos miró con una media sonrisa que a mí me pareció una mueca, y después de un par de caladas, como si estuviera pensando no sé qué, nos contestó:

—No me quedan cuatro habitaciones, y aquí no hay *suites*. ¿De dónde coño sois? De todas formas, sus majestades se tendrán que conformar con una habitación.

—¿Una para los cuatro?

—No tengo más. Es lo único que os puedo ofrecer.

No recordaba la primera vez que habíamos dormido juntos. Seguramente en alguna acampada, intentando escalar y compartiendo tienda de campaña. Pero habían pasado muchos años y ya no estábamos para esas historias. Nos miramos porque necesitábamos tomar una decisión rápida.

—Y una puta mierda —contestó Cara Cortada—. No voy a sobar con vosotros. Si hace falta, me tumbo en el coche. Seguro que en el asiento de atrás se está más cómodo.

—De acuerdo, vamos a dormir los cuatro en una misma habitación. Pero ¿hay cuatro camas? ¿Es una habitación muy grande? —preguntó Nariz Rota.

—No, solo hay dos camas —respondió la mujer—. Pero podemos sacar dos colchones que tengo en la bodega y dos pueden dormir tranquilamente en el suelo...

Esas palabras fueron definitivas para Cara Cortada, que dijo que no iba dormir con nosotros, que sabía que al Hongos le olían mal los pies, que yo roncaba como un puto dinosaurio y que el hijo de puta de Nariz Rota sufría insomnio.

No lo pudimos contradecir.

Mientras se iba hacia el BMW más contento que unas pascuas, nosotros tres, muertos de cansancio por el viaje, nos fuimos, como muertos vivientes directos a la habitación. Cuando abrimos la puerta, que nos costó lo suyo, vimos que esa habitación era una puta letrina. Había pelos en los cojines, manchas de humedad, cucarachas en la ducha y un ruido como de palomas, como si se hubiera quedado atrapada una en alguna pared. Justo antes de apagar la luz, el muy cabrón de Nariz Rota dijo:

—La cena no me ha sentado muy bien, chavales. Creo que la sopa burgalesa y la morcilla nos van a joder la noche...

—¿Nos? ¿Por qué a nosotros también?

Se encerró en el baño y estuvo media hora cagando. El Hongos se quitó muy despacio los zapatos y toda la habitación empezó apestar como si fuera un estercolero.

—Déjalos en el balcón, desgraciado.

—No hay balcón...

Salió Nariz Rota del baño y trajo consigo la peste. Aquel tufo era imposible.

¿Cómo coño pudimos dormir ahí? Ni puta idea. Me metí un poco de caballo y me quedé bien sobado, ya no importaba ni la mierda de Nariz Rota, ni los pies del Hongos ni las cucarachas que salían de vez en cuando del baño y nos saludaban con

la patita.

Me dormí y esa noche soñé con mis padres. Es extraño, porque, durante todas las semanas, los meses y los años en prisión, nunca me había preocupado tanto por ellos. Como si fuera un presagio, pensé que tenía que llamarlos lo antes posible.

Al día siguiente a primera hora, puntual, repeinado y engominado, con sus dos metros y un palillo entre los dientes, apareció por primera vez en nuestras vidas Alfonso Piñeiro, conocido en la mili, según dijo Nariz Rota, como el Inventos, por la capacidad de solucionar cualquier cosa. Al vernos, se acercó con los brazos abiertos y se abrazaron; estuvieron un buen rato cogidos, mirándose como si el tiempo se hubiera detenido y estuvieran todavía en la mili.

Al entrar en un bar levantando las cejas, saludó al camarero, que le devolvió el saludo y todo el mundo de las mesas se volvió para mirarlo.

O era alguien importante, o había pagado a toda esa gente para parecerlo.

Cara Cortada y el Hongos no vinieron a la reunión, se quedaron en el hostel por muchas razones, pero principalmente porque ya no nos fiábamos ni de nuestras madres y porque tampoco queríamos intimidar al colega de Nariz Rota.

Una vez dentro, Nariz Rota me presentó:

—Él es Hugo. Pero todos lo llamamos Tiburón. Es un socio mío. Y un buen amigo.

—¿Por qué te llaman Tiburón?

—Porque, una vez, de un mordis... —empezó a decir Nariz Rota.

Lo interrumpí:

—Porque siempre estoy rodeado de rémoras.

Alfonso Piñeiro soltó una carcajada y me estrechó la mano, muy fuerte. Señal inequívoca de su poderío y de quién mandaba ahí. Nos sentamos a una mesa reservada en el fondo del bar. Allí, hablamos toda la mañana.

—Cuántos años han pasado... —dijo Nariz Rota.

—Muchos...

Alfonso Piñeiro pidió un café con leche y nos explicó que ya no bebía ni fumaba y, después de cuatro tonterías, fue directo:

—¿Qué has hecho todo este tiempo?

—Pues ya ves, volví a Barcelona, monté unos negocios, nos fueron muy bien, la verdad... Pero, bueno, ahora las cosas han cambiado, es una larga historia, y necesitamos un pequeño favor. Pero, antes de hablar de negocios —continuó Cara Cortada—, déjame preguntarte cómo te va ti la vida, no sé nada de ti.

Alfonso Piñeiro sonrió lentamente, se sacó el palillo de la boca, como si fuera a medir mucho sus palabras, y luego se levantó y se fue al baño. Nos quedamos con la palabra en la boca.

—Es un poco raro, pero es de confianza, y si alguien nos puede echar una mano es él —intentó tranquilizarme Nariz Rota.

Tardó un par de minutos, pero volvió, se sentó y en un tono muy monótono nos

explicó que se había casado, que tenía dos hijas y que realmente era muy feliz en Ferrol, que ahí había encontrado la paz y que todo mundo lo quería.

Había trabajado en el puerto desde que cumplió el servicio militar. Su padre conocía a gente importante, muy importante, dijo, sin especificar nombres, pero la mayoría cargos políticos de la Diputación; de ahí se hizo con contactos y empezó a subir en el puerto de Ferrol. Sabía que todo estaba podrido, pero, según él, tenía asegurada su entrada de mercancías. Porque Morón, el aduanero más hijo de puta de todos, lo respetaba y le dejaba hacer.

En el puerto lo conocía todo el mundo, tanto los trabajadores como los directivos, o los responsables de cada área. Y ahí estaba el secreto: delante de los ojos de todo el mundo, uno puede ser invisible.

Entraba mucho tabaco (toneladas cada semana) en los puertos de Galicia, sobre todo por Ferrol, y se ganaba un buen porcentaje. Y Alfonso Piñeiro tenía un magnetismo difícil de describir, quizás eran sus ojos, quizás la forma que tenía de mover sus manos, no lo sé. Simpático, alegre, con el comentario justo y adecuado en el momento preciso. En ese bar todo el mundo lo admiraba.

De pronto, soltó:

—Me alegra mucho que hayáis venido, Alberto, de verdad. Pero estoy intrigado. ¿Qué es lo que necesitáis de mí?

Me habría gustado que la pregunta hubiera sido para mí, porque yo tenía claro qué quería contar y qué no. Pero Alberto (cuánto tiempo hacía que no lo llamaban así) se limpió la boca con la servilleta y le contestó:

—Alfonso, ayer huimos de Barcelona después de dar un gran golpe; hemos sacado bastante dinero.

Le dijimos que nosotros queríamos invertir, no sabíamos en qué todavía, que necesitábamos un hombre de confianza y un poco de su ayuda, y que evidentemente se la devolveríamos con creces.

Alfonso nos escuchó muy atentamente. Hizo un largo silencio antes de respondernos, como si se lo pensara mucho. Finalmente dijo que sí que nos iba ayudar y nos preguntó que qué queríamos.

Entonces le expliqué que queríamos documentación falsa para los cuatro, una casa muy grande y muy tranquila donde aposentarnos, donde poder tener nuestras armas y nuestro dinero, sin vecinos, para nuestras cosas de fumar, beber, drogas y putas, que nos gustaría poder apostar en algún sitio, nos gustaría poder entrar en algún negocio que él creyera que era interesante, y que queríamos coches; el resto ya lo teníamos.

—¿Qué presupuesto tenéis? —preguntó.

—El dinero no será un problema —le contesté.

—Tengo una empresa que será la que pondrá el nombre y todo el papeleo para alquilar la casa —dijo sin mirarnos a los ojos.

—Cojonudo. ¿Y sobre la documentación falsa?

—No os preocupéis. Morón, el aduanero, me echará un cable.

Al poco terminamos la conversación. Nos dijo que esa misma tarde tendríamos noticias tuyas y se largó. Era muy extraño, porque yo había aprendido en prisión a desarrollar la capacidad de ver a simple vista en quién se puede confiar y en quién no. Pero Alfonso Piñeiro era un misterio. Nariz Rota y yo nos reunimos otra vez con Cara Cortada y el Hongos, los pusimos al día y todo les pareció bien.

Quedamos con Alfonso esa misma tarde. Nos presentamos muy puntuales, duchados y con la consigna de estar muy atentos a todo lo que nos pudiera contar ese hombre. Nariz Rota nos tranquilizaba.

—No podemos estar tranquilos, Nariz Rota; en este país a la que pueden te petan el culo y encima les tienes que dar las gracias.



Alfonso Piñeiro llegó sonriente, nos miró de arriba abajo a todos y a cada uno y después nos dijo que él conduciría, que iríamos en su coche.

—He encontrado un sitio cojonudo.

Fuimos cruzando calles, salimos de la ciudad y nos dirigimos hacia el monte. El paisaje era espectacular, en las ramas de los árboles empezaban a asomar las hojas, y en algún momento me pareció oír las olas del mar. Después de unos quince minutos en coche, Alfonso aparcó cerca de un acantilado. Se oía a lo lejos el oleaje del mar.

Nos enseñó una casa maravillosa. Nos quedamos todos con las bocas abiertas y los culos torcidos. Habíamos visto casas así, incluso habíamos pensado en comprar algunas en Barcelona cuando las cosas nos iba muy bien, pero, así, tan de cerca y que podía ser nuestra solo por un par de millones, nos pareció a todos cojonudo.

Nos abrazamos con Alfonso, Cara Cortada quería meterse un buen pico e invitarnos a todos y el Hongos invitar a putas, que era lo suyo.

—¡Vamos a hacer una fiesta de inauguración que será la puta hostia, chavales! Música muy alta, chicas bailando y en cada habitación, un espejito con cuatro rayas de bienvenida.

—Este lugar será fantástico —dije, por fin, contento.

—Ya lo estoy viendo. Pondremos una máquina tragaperras en cada habitación.

—¡Cojonudo!

Alfonso se quedó en un segundo plano, muy callado. Nos dijo que, si acordábamos una pequeña cantidad, nos podría conseguir también unos buenos coches.

Parecía que todo salía a pedir de boca.

Durante todo el viaje de Barcelona a Ferrol habíamos estado discutiendo sobre si solo nos quedábamos con el BMW o si era mejor tener más bugas. Nariz Rota quería su coche, pero evidentemente Cara Cortada también, y el Hongos no sería menos.

Alfonso aceptó buscarnos unos coches y, antes de irse, dejó caer que ya tenía ganas de sentarse para hablar claro de números y de todo...

—¡Este tío es una puta maravilla! —gritó Cara Cortada.

Esa noche nos fuimos de juerga. Hacía ya unos días que no habíamos podido disfrutar de nuestra victoria. Habíamos quedado con Alfonso para cerrar el trato al día siguiente por la mañana. No se apuntó a nuestra celebración porque tenía que volver pronto a casa con su familia y sus dos hijas. Nosotros no nos lo podíamos creer, le dijimos que se apuntara, que nos caía bien, que incluso podría ser nuestro amigo, nuestro contacto favorito en toda la zona de Galicia. ¿Por qué no? Esa noche pensamos en grande, queríamos hacer negocios y teníamos dinero suficiente para pulirnos toda la comunidad autónoma y si hacía falta toda la península.

La farra nos dejó tocados.

Perdí trozos de memoria, seguramente, en algún local inmundo, bebiendo alguna mierda de las buenas, mezclada con alguna droga mágica.



Al día siguiente nos reunimos ya en nuestra futura casa. Alfonso, por primera vez desde que lo había conocido, no se escondió detrás de un buen peinado o de unas palabras amables.

—Esta casa es vuestra, y los tres coches que queráis, en una semana estarán aparcados delante de vuestros ojos. Ya veis que soy un hombre de palabra. Podéis confiar en mí. Yo necesito confiar en vosotros también. Queréis entrar en el negocio del tabaco y me parece bien, pero tenéis que entender que yo llevo trabajándolo más de quince años. Es mi negocio, y para mí es un riesgo.

De los cuatro fui el primero que vi por dónde iban los tiros.

—¿Quieres una muestra de confianza? —le pregunté.

—En eso consisten los negocios, en la confianza.

—Dinos lo que necesitas.

Alfonso se sacó un papel de los bolsillos. Lo dejó encima de la mesa. Nariz Rota cogió el papel y lo leyó.

—Es una dirección y unos datos de un tío... —dijo, sin entender nada.

—Quiero que liquidéis a ese tío. Se llama Antonio Rosa.

—¿Por qué?

—Porque necesito confiar en vosotros, ya os lo he dicho.

—No somos asesinos ni sicarios —contestó el Hongos.

—Nadie ha dicho que lo fueseis. Solo os pido un favor, un encargo. A cambio, ya veis todo lo que está en vuestras manos.

Sin dejarnos responder, aún en estado de *shock*, Alfonso Piñeiro se despidió de nosotros. Nos volveríamos a ver en dos o tres días, el tiempo suficiente para llevar a

cabo su «acto de confianza».

Cuando cerró la puerta, se hizo un silencio muy denso que solo se rompió con las palabras de Cara Cortada:

—¡Me cago en Dios!

CAPÍTULO 3

El encargo

No teníamos margen de maniobra. Le dimos mil vueltas, discutimos, nos gritamos, pero esa misma noche decidimos que lo íbamos a hacer.

—¡No somos unos putos asesinos! A mí no me va este rollo, joder —gritó el Hongos.

—Confía en mí. Saldrá bien —intenté tranquilizarlos.

Tomé la decisión y los convencí. Para eso me guardaba un as en la manga.

—Dejadme a mí, de verdad. Cuando encontremos al tal Antonio, me dejáis a solas con él. El resto es responsabilidad mía.

Nariz Rota salió a llamar por teléfono desde una cabina telefónica que estaba a cinco minutos en coche y le confirmó a Alfonso Piñeiro que queríamos mostrarle nuestra más absoluta confianza.

El muy cabrón nos había puesto la miel en los labios.

Antonio Rosa trabajaba de enfermero en el Hospital General Juan Cardona. Metro setenta, pelo castaño, ojos azules, muy alegre, divertido (no sabía a qué venían esas indicaciones) y los fines de semana le gustaba ir a escalar. El muy hijo de puta se dedicaba a enviarle cartas de amor a la mujer de Alfonso Piñeiro. Cada semana, dos o tres. Años atrás habían sido novios y el tío no pudo aceptar que Maribel —así se llamaba la mujer— dejase la relación de un día para otro. Además el tal Rosa la seguía por la calle, la llamaba por teléfono, incluso algunas veces la había perseguido delante de los ojos de todo el vecindario. El tío se había obsesionado con su mujer, y haría todo lo posible para no dejarla nunca en paz. Nuestra misión, nuestro acto de confianza, era muy claro: matar a Antonio Rosa.

—¡Me cago en la puta! Os lo he dicho muchas veces, cabrones —dijo el Hongos—. De las mujeres no hay que enamorarse, solo traen problemas. Con las mujeres hay que pagar, beber y follar, y olvidar el resto.

Me guardé el papel que nos dejó el día antes con toda la información: su dirección, su lugar de trabajo (la segunda planta de un hospital), sus hábitos, sus compañeros de trabajo, sus amigos, incluso el bar adónde siempre iba a desayunar cada mañana.

Nosotros no estábamos acostumbrados a hacer ese tipo de encargos. Además, no nos gustaba meternos en los líos de los demás. Pero entendíamos que para Alfonso Piñeiro era un asunto de suma importancia y que para nosotros era un billete directo al Paraíso.

—Nosotros no somos asesinos —repitió el Hongos una y mil veces—. Si todos los maridos de las tías que nos hemos follado tuvieran la misma idea, de los cuatro

que estamos aquí, no quedaría ni uno, hostia.

Tenía razón.

¡Qué nos importaba que la polla de Antonio Rosa le repasara en el pasado todo el cuerpo a Maribel! Nariz Rota dijo que había visto alguna foto de ella, y que era una cubana que cortaba el hipo. Aun así, que Piñeiro se hubiera vuelto loco de celos no era motivo suficiente para meterle un balazo en el cerebro a Antonio Rosa...

Así que preparamos un plan alternativo al de Alfonso Piñeiro, siguiendo la idea que yo tenía en mente.

—¿Qué armas vamos a llevar? —preguntó Nariz Rota.

—Coged una Star y nada más. Yo me encargo.

Y con un gesto les enseñé mi Magnum 357. Me miraron con cara de no entender nada pero los tranquilicé. Aprovechamos que Cara Cortada tenía que ir al hospital a mirarse su oreja, porque desde Barcelona no se había hecho cura alguna. Además, tenía muy mala pinta, así que los dos cogimos el BMW y nos fuimos directos al hospital para matar dos pájaros de un tiro. Una vez allí, siguiendo la información que nos había pasado Alfonso, subimos a la segunda planta y empecé a buscar entre los enfermeros. La mayoría son mujeres, no podía ser muy complicado. Según los horarios tenía que estar allí.

Y lo encontré. Antonio Rosa.

Solo necesité un par de minutos. La primera vez que lo vi lo tuve clarísimo. Había alguna cosa que no cuadraba en el encargo de Alfonso. Quizás todo lo de su mujer era una tapadera para ponernos a prueba. Estaba convencido de que escondía alguna cosa más que no le salía de los cojones contarnos. No hacía falta ser un lumbreras para entender que el tío se tomaba muy a pecho su apellido, Rosa. Porque viéndolo andar por los pasillos del hospital, entrando en las habitaciones, con su gesto amanerado, con su timbre de voz juguetón, no había ninguna duda.

Antonio Rosa era maricón.

Un sarasa como la copa de un pino.

¿Cómo podía preocuparle a Alfonso Piñeiro que ese tío le estuviera levantando la mujer? Era una puta locura. No tenía ni pies ni cabeza, no se podía entender.

Para pensar un poco, fuimos a que atendieran la oreja de Cara Cortada, que corría el riesgo de pudrirse y entonces habría que amputar. El doctor, con un gesto muy severo, le ordenó reposo, y una medicación cada ocho horas y que no la mezclara con alcohol. Cara Cortada aún se está riendo.

Al terminar la visita le dije que se fuera al pazo solo, que pillara el primer taxi, que entrara en una farmacia (sin atraco, por favor) y que no le diera más vueltas, que el doctor había sido lo bastante claro.

En cuanto a Antonio Rosa, tuve claro que el pavo no se me podía escapar y que terminaría el encargo de Piñeiro sin más demora.

Comí un menú del restaurante de enfrente, sin hambre y a cada cucharada de sopa, una calada de cigarro. Me esperé unas cuantas horas y luego busqué su coche

en el *parking* del hospital y lo encontré de buenas a primeras. Era un Renault 5 de color blanco. Yo controlaba el reloj. No podía tardar más de media hora. Me senté en la acera del *parking*, delante de su coche, y encendí otro cigarrillo. No me lo podía sacar de la cabeza. ¿Cuáles eran los planes de Alfonso Piñeiro?

Cuando vi llegar a Antonio tarareando una canción de Marisol di por hecho que el pobre maricón solo era una cabeza de turco, el hombre equivocado, en el sitio inoportuno, quizás en el peor momento. Nada más poner la llave en la cerradura del coche desenfundé mi Magnum 357 y lo encañoné por la espalda.

—¡No te muevas, maricón! Si gritas o haces cualquier tontería, te meteré tanto plomo dentro del cuerpo que parecerás un puto robot.

Notó la presión de la pistola en los riñones y como era lógico, Antonio Rosa, presa del pánico, se puso a gritar como una loca.

—¿Qué quieres? ¡Qué quieres! ¿Qué me vas a hacer? No, no, no, por favor, por favor, no me hagas daño. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Toma todo el dinero pero, a mí, por favor, no me hagas daño... Te lo suplico, soy inofensivo...

Tuve que tranquilizarlo con una buena hostia con la mano abierta, pero entonces se puso a llorar (¡me cago en todo!). Le conté lo que íbamos a hacer y fui muy claro, hablé muy despacio, gesticulando con mucha tranquilidad para que lo pudiera entender todo y en ningún momento pareciese que yo podía perder los nervios, porque solo una pizca de mi mala leche, o de mi cabreo, podía hacer que ese maricón se volviera aún más loco.

—Ahora vas a conducir, yo me sentaré de copiloto, a tu lado. Saldremos del *parking*, con una sonrisa de oreja a oreja, y con tu amabilidad habitual. Saldremos también de Ferrol, e iremos a un descampado que conozco en las afueras, ¿me entiendes?

Antonio Rosa no contestó.

—¿Me estás oyendo? —le repetí aún más fuerte.

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Que me contestes, coño!

Entonces movió la cabeza arriba y abajo, parecía un condenado a muerte que acepta su destino. Subimos los dos al coche; le temblaban las manos en el volante, durante unos segundos dudé si podría conducir o no. Le dije, mientras lo encañonaba por debajo, que tenía que parecer el hombre más tranquilo de la ciudad, por su propio bien.

Justo en ese instante, unas compañeras, de camino a sus coches, a unos tres metros, lo saludaron.

—Saluda con alegría, cabrón —le susurré.

Antonio muy obediente, las saludó, temblando, con la mano.

—Lo estás haciendo muy bien. Si sigues mis instrucciones, todo va a ir bien y, aunque tú no sepas quién soy, yo sí sé quién eres tú. Así que hazme un favor y hazte un favor: no hagas ninguna tontería.

Antonio condujo despacio siguiendo mis indicaciones. Era sumiso, aunque de vez en cuando un llanto irreprímible le salía de los ojos.

«¡Me cago en todos los santos, por favor, no llores!», pensaba para mis adentros.

Tenía ganas de pegarle y de abrazarle al mismo tiempo, no podía separar una emoción de la otra.

Al llegar al descampado, antes de bajar del coche, me preguntó si le iba a matar.

—Si me vas a matar, dímelo, por favor, dime, ¿qué es lo que he hecho? Te he dicho la verdad, coge todo mi dinero, coge el coche, déjame lo que quieras... Vete, no diré nada a nadie, no he visto nada, pero, por favor, no me mates...

Bajamos del coche y al pisar el barro del descampado recordé que la última vez que había estado en un sitio parecido, a las afueras de Barcelona, había matado a un hombre, al Tosco. Pero esta vez era todo lo contrario, lo había llevado ahí para salvarle la vida. Le pregunté si conocía a Alfonso Piñeiro. No entendía nada. Se quedó en silencio unos segundos y después me contestó que sí.

—Dime qué sabes de él. Dime toda la verdad si no quieres que te vacíe el cargador en la cara.

Dijo que lo conocía poco, que había sido amigo de su mujer Maribel —la cubana— hacía un par de años pero que habían perdido el contacto desde hacía mucho tiempo. Que habían sido buenos amigos, pero con los nuevos horarios del hospital y la vida que llevaba apenas podían verse. No me lo creí. Pero hice una pausa, encendí un cigarro, le di una calada y mientras el sarasa titubeaba de miedo, saqué la Magnum 357 y le apunté directo en la sien.

—Háblame de sus negocios. ¿Sabes qué negocios tiene entre manos Alfonso Piñeiro?

Suspiró profundamente.

—Algo sé. Lo que se comenta... —respondió entre sollozos.

—¿Qué se comenta?

—Se comenta que trabaja en el puerto. Y que por mediación de él se puede pasar todo lo que uno quiera. Solo necesitas billetes, cuanto más grandes, mejor. Nunca se ha llevado bien con su mujer...

Sonreí.

—Tienen dos hijas... —Y dejó la frase a medio terminar.

Sabía que cada minuto que pasaba Antonio Rosa se estaba cagando de miedo, pero yo pensaba que esa frase era una figura retórica, hasta que, de pronto, vi cómo por su pantalón oscuro empezaba a caer un reguero de pis que le bajaba toda la pernera hasta los zapatos... El muy maricón se estaba meando encima.

—Lo vas a dejar todo hecho un asco. Si eres sincero conmigo, no te voy a hacer nada. Pero, por tu bien, tendrás que decirme toda la verdad, toda.

Alfonso se arrodilló delante de mí, con los pantalones llenos de meado y los zapatos manchados de barro, y me dijo que me diría todo lo que sabía. Entonces le expliqué que Alfonso Piñeiro me había contratado para meterle un tiro en la cabeza

porque, según él, enviaba cartas de amor a su mujer, y la estaba asediando.

Antonio, sin entender una palabra, detuvo su llanto de repente. No se lo podía creer.

—¡Imposible! —gritó—. A mí nunca me han gustado las mujeres. Yo-soy-ma-ri-cón. ¿Tienes alguna duda?

Le contesté que no con la cabeza.

—Soy maricón. —Y se puso de pie, muy indignado por esas falsas acusaciones—. ¿Cómo me van a gustar las mujeres? Y una mierda. ¿De dónde has sacado esa idea tan absurda? ¡Donde haya un buen culo peludo que se quite cualquier braga! ¡Donde haya un buen hombre, musculoso y muy salvaje, que no me vengán con tetas ni historias raras! Pero ¿cómo puedes insultarme de esa forma? Que me secuestres, de acuerdo. Que me pongas una pistola en la cabeza, lo tolero. ¡Pero que encima quieras tacharme de heterosexual! ¡Eso sí que no, joder!

El pavo se puso loco, atacado, así que me di cuenta de que decía la verdad. Por eso le propuse el siguiente plan, que ya llevaba meditado.

—Esto es lo que vamos a hacer. Tú te vas a largar ahora mismo, cuando termine de hablarte. No podrás pasar por casa, no podrás recoger nada, ni ropa, olvídate de todo eso. Toma.

Le di 500 000 pesetas en una bolsa de plástico y le dije que se largara del país, lo más lejos posible, que se fuera a Cuba, que se fuera a la Tierra del Fuego, a Ushuaia —la ciudad del fin del mundo—, que se fuera a la Antártida, que se fuera a la puta mierda, me daba absolutamente igual, pero, sobre todo, que desapareciera. A todo me contestó que sí, pero me preguntó si podía hacer una última llamada a su madre.

—La llamas dentro de un par de meses, cuando ya estés en otro país y aquí las cosas se hayan calmado un poquito.

—Gracias, gracias de todo corazón.

Lo dejé en el aeropuerto y se largó con el primer vuelo hacia no sé qué ciudad. Volví a nuestra casa en el campo, reuní a los chavales y les expliqué la verdad. No había matado a Antonio Rosa, solo era un pobre maricón con mala suerte, pero que no se preocuparan, que era un problema menos.

Y entonces llegaron otros problemas y quizás mayores, cuando Alfonso Piñeiro, contento con nuestro trabajo, quiso una muestra, una confirmación de nuestro acto de buena voluntad.

—¿Qué coño quiere este ahora? —preguntó Cara Cortada.

—Estoy convencido de que lo habéis matado —dijo por teléfono—, pero necesito una prueba, un dedo suyo, por ejemplo, porque, si no, me la podríais haber jugado. O llevadme al lugar donde lo habéis enterrado, me gustaría ver el cuerpo.

—Lo tiramos al mar. Pero, como ya sabemos cómo funcionan estas cosas, fuimos previsores: le hemos cortado un dedo. Así no habrá más dudas, Alfonso. Y ya podrás confiar en nosotros como nosotros confiamos en ti.

—Perfecto. Vamos a cenar esta noche y me lo enseñáis... y así podremos llegar a

un acuerdo de una vez, que me muero de ganas.

Lo más lógico hubiera sido que el Hongos y Nariz Rota se encargasen de encontrar un dedo, un maldito dedo. Se me ocurrían muchos lugares: un cementerio, o una funeraria. Colarse allí, entrar con un cuchillo y cortar el primer dedo que encontrasen. Pero eso era lo más lógico y sabía que la lógica no formaba parte de nuestro equipo. Nosotros no funcionábamos así.

Tenía que hacerlo yo, y me quedaban muy pocas horas. Si hubiera tenido alguna noche más, solo una, me hubiera atrevido con los cuatro a ir a buscar un cementerio, con picos, palas y cuerdas, saltar la verja, y desenterrar el primer cuerpo y listos. Así podríamos cortar tranquilamente un dedo, sin agobios ni prisas, y no habría problemas. Pero el problema era el tiempo.

Fui hacia el Hospital General Juan Cardona ver si en urgencias podía encontrar un cuerpo aún caliente: un accidente en la carretera, un enfermo terminal, incluso un viejo, no tenía preferencias. Pero nada, no encontré nada. Busqué en el listín telefónico dónde caía la funeraria más cercana. Había una a cinco minutos de allí. Ni me lo pensé. Fui allá decidido. Lo cortaría lo más rápido posible y volvería cagando leches para la reunión con Piñeiro.

Al llegar al tanatorio, vi una larga lista de nombres. No sabía por dónde empezar. Demasiada gente. Subí una escalera y eché un vistazo al velatorio más vulgar y más vacío. Me había preparado respuestas para todo tipo de preguntas: era un primo lejano de un pueblo de Zaragoza.

Y en la puerta leí: «Don Mario García».

Me pareció bien. Me acerqué a los familiares a dar el pésame pero intenté pasar lo más desapercibido posible. Si el olor de los hospitales me resultaba repugnante, el olor a muerto de los velatorios casi me daba ganas de potar. Esperé unos cuantos minutos, escogiendo cuál era el mejor momento para llevarme el dedo de don Mario, pero no lo conseguí. Nunca pude quedarme a solas con él, y el cuchillo me quemaba en las manos. Siempre había un hermano, o una prima segunda llorando y llorando, y así es imposible trabajar. No tuve otra elección que buscarme otra vez la vida. Encontré una puertecita justo en la pared de enfrente del velatorio de don Mario. El espacio era muy grande y uno casi podía perderse con tantas flores, tanta música celestial y tanta hostia en vinagre. La tarjeta decía: «Doña Dolores Balboa».

Quizás hubiera sido mejor un hombre, ya lo sé, pero tampoco podía escoger demasiado. Era una señora mayor, de unos setenta años, pintada como una puerta, emperifollada de pendientes y que olía a ambientador de coche. Su misa estaba programada para dentro de una hora, más o menos, aún tenía tiempo; pero, como el reloj me iba en contra y sabía que Alfonso ya estaría llegando a la cena, no lo dudé ni un minuto. Desenfundé el cuchillo delante de la mujer con un rostro entre angelical y diabólico, y mientras le agarraba el dedo meñique, conté hasta tres en voz baja.

—Una, dos... dos y medio y ¡tres!

¡Zas!

Como me resultaba muy desagradable, pensé dentro de mi cabeza que era un dedo del Tosco, pero aun así me costó. Sin mirarlo, lo envolví con un pañuelo y me lo guardé en el bolsillo. Al salir me encontré con un anciano que lloraba —deduje que era su marido— y me preguntó que qué hacía allí dentro.

—Soy un trabajador de la funeraria, pasamos de vez en cuando a revisar que todo esté en su sitio y que no le falte de nada a doña Dolores.

Le di el pésame, lo abracé y de pronto noté cómo lloraba en mi hombro. Pero se me había hecho tarde, me despedí del buen hombre y busqué la primera cabina telefónica para llamar a mis socios, que, chillando por el auricular, me dijeron que dónde me había metido, que me cago en Dios, y que precisamente en ese momento estaba llamando al timbre Alfonso Piñeiro.

—¡Pues abridle, joder! He tenido unos pequeños problemas, pero ya están resueltos. Me he entretenido. La puta gente, que se muere de cualquier forma y es imposible encontrar un dedo como Dios manda.

—¿Y qué coño le decimos a Piñeiro? —preguntó Cara Cortada.

—Que el dedo lo tengo yo... y no sé..., que he salido a hacer unos encargos, que no voy a tardar mucho... ¿entendido? Y si tenéis algún problema, os inventáis algo, que si alguna cosa sabéis hacer es mentir, hijos de puta.

Aquí los tres estuvieron de acuerdo conmigo.

Subí al coche y volé con el BMW, creo que la aguja del cuentakilómetros rozó los doscientos un par o tres de veces. Llegué al pazo y aparqué detrás de la casa. Cuando abrí la puerta y vi las caras de mis socios, que ya no sabían qué decir, que no sabían cómo comportarse, que iban drogados hasta las trancas, supe que solo el dedo de la señora Dolores nos podía salvar. Saltaron de alegría, casi me aplauden, como si hubieran visto bajar la Virgen delante de sus morros.

Alfonso no entendía nada.

Cenamos.

Piñeiro había cambiado su actitud, estaba mucho más relajado, mucho más tranquilo. Nos habló de Maribel —su mujer, una cubana de treinta años que cortaba el hipo y la digestión—. En un momento de la cena, en los postres, me preguntó si iba a demorar mucho la prueba de la buena voluntad o si quería darle más intriga a la situación.

Sonreí.

—Tenemos cosas en común, Alfonso, a ninguno de los dos nos gustan nada las intrigas. Creo que lo que más valoramos de la gente que nos rodea es que vaya de frente, sin rodeos, sin secretos ni misterios, ¿verdad?

Alfonso calló y me miró desafiante. Nariz Rota trajo los postres y, cuando íbamos a hincarle el diente al tiramisú, saqué el supuesto dedo cortado. ¡Mierda! Pero me olvidé de un puto detalle muy importante: Dolores llevaba la uña del meñique pintada de rojo. Alfonso miró el dedo muy extrañado, con una mezcla de alegría y de estupor. Mis socios, pálidos, no sabían dónde coño meterse.

Yo tenía la seguridad de que Piñeiro no podía acceder a la policía para comprobar las huellas dactilares. Y, antes de que las sospechas fueran a más, antes de que Alfonso abriera la boca, le dije:

—Ya sabes cómo era Antonio Rosa... Pero, si no lo conocías, que sepas que era un tío raro...

—Sí, muy raro —añadió rápido Nariz Rota.

—Le gustaba pintarse la uñas, todos tenemos nuestras cosas... —dijo Cara Cortada.

—Sí, las apariencias engañan... —contestó Piñeiro rápidamente.

—Tienes toda la razón, Alfonso, las apariencias engañan... —sentenció.

Los cuatro respiramos aliviados.

Después de cenar y de meternos un par de rayas, Piñeiro sacó una carpeta llena de papeles, se limpió la nariz, y con un gesto de empresario serio y formal de las nueve de la mañana, nos ordenó a todos:

—Ahora vamos a negociar como socios. Así es como van a funcionar las cosas...

CAPÍTULO 4

Carlitos Barbero

Después del tercer *whisky* —un Knockando—, sentado enfrente de mí, Piñeiro era un hombre de negocios de lo más agresivo. Incluso engominado podía despeinarse. Nos contó en qué consistía la entrada del tabaco por el puerto de Ferrol, y su tono volvió a cambiar, como si fuera el hombre de las mil máscaras. Ahora seguro de sí mismo, ahora divertido, ahora convencido de que lo que nos estaba ofreciendo era la panacea y lo mejor para todos.

—¿De qué cantidad estamos hablando? —preguntó el Hongos.

—Toneladas de tabaco... se-ma-na-les... —contestó el gallego.

—¿Y cómo van los porcentajes? —insistió Cara Cortada.

—Aquí es donde tenemos que ponernos de acuerdo porque aún no sé qué cantidad de dinero queréis meter...

Nos miramos. Lo habíamos hablado la noche anterior, entre rayita y rayita. Teníamos que apostar fuerte porque era nuestra única opción. Invertiríamos cinco millones por cabeza. Veinte en total. Era una cantidad muy alta, ya lo sabíamos, pero de esta forma nos asegurábamos de que los porcentajes también fueran más altos, y los beneficios se multiplicarían.

Al oír «cinco millones por cabeza», Alfonso no pudo contener la cara de sorpresa.

—¿Te parece poco? —preguntó Nariz Rota sin entender.

—No, no..., me parece muy bien. Creo que nos vamos a llevar bien.

—Seguro —contesté mirándole a los ojos.

Alfonso nos contó que tenía algún socio más, que le servía de contacto, para repartir entre los chavales del puerto billetes de diez mil pelás y que hicieran la vista gorda. Eran los que movían las grúas y los contenedores, que estaban marcados. Se trataba, según él, de una pequeña inversión que era la base de todo el negocio.

—Así ya saben en qué contenedores no hace falta perder el tiempo —agregó.

—¿Cómo se distribuye? —quise saber yo.

—Lo sacamos del contenedor, de allí lo llevamos a un almacén y en el almacén sacamos el tabaco. Simple. Vosotros solo vais a invertir. Haciendo un cálculo mental con vuestro dinero entran... —contó mentalmente mirando hacia el techo— unas cinco toneladas. Cada cajetilla tiene un coste de diez céntimos, y a los bares se las vendemos por cien pelás cada una. Negocio redondo, ¿verdad, Tiburón?

El cabronazo lo tenía muy bien montado. A bote pronto los beneficios eran millones cada mes, y con todo el tinglado ya montado y sin ningún riesgo. No me lo podía creer, algo tenía que fallar. A Nariz Rota le brillaban los ojos igual que a mí.

—Pero ¿cómo entráis el tabaco y de dónde viene? ¿Es de calidad?

Por primera vez Nariz Rota se atrevía a cuestionar a su amigo de la mili.

—Claro que es de calidad. Viene de América, y de México. Es un buen tabaco. Vosotros de eso no tenéis que preocuparos. ¿Sabes contar, Alberto?

—Con los ojos cerrados. ¿Por qué? —le respondió.

—Porque lo único que vas a necesitar es saber contar para saber cuántos millones estás ganando. —Entonces hizo una pausa para terminar de beberse su *whisky*, hizo un gesto indicando que quería más y continuó—: Lo más divertido es que entramos el tabaco en cajas de juguetes...

—¿Juguetes? —repetí.

—Exacto, las cajas tienen un doble fondo, y nadie se pone a revisar una muñeca con los ojos azules y rubia, con su cocinita y eso... Va todo como la seda.

El encanto de Alfonso Piñeiro se iba multiplicando a cada palabra que pronunciaba y, a medida que los ojos se nos llenaban de ceros, queríamos que fuera nuestro amigo del alma. A simple vista parecía un buen negocio, una buena jugada. Sin trucos. Podía haber fallos, es verdad, como en todo en esta vida, pero si la cosa funcionaba quería decir muchos billetes. Y si Alfonso nos había puesto a prueba, creíamos que era porque en el negocio había mucho en juego.

Pero no todo eran alegrías, de los cuatro, quizás yo era más desconfiado, lo reconozco. Le pedí —por intuición y precaución— que al día siguiente, a primera hora, nos llevara al puerto y que nos enseñara cómo funcionaba todo el tinglado. Alfonso aceptó sin inmutarse, como si fuera una parte más del contrato, incluso le pareció lógico. Después podríamos ir a comer marisco en un restaurante que conocía muy bien, con su mujer Maribel, que estaría encantada de conocernos.

Cuando hablé de Maribel, mis socios me miraron de reojo.

Después de contarnos con todo lujo de detalles cuáles serían nuestros beneficios si metíamos cinco millones por cabeza, le hice un gesto al Hongos, y entendió que debía ir a buscar el dinero. Lo dejamos todo encima de la mesa. Era muy guapo ver tantos billetes de cinco mil y diez mil juntos.

Ni se entretuvo en contarlos. Nos estrechó la mano a cada uno, se llevó el dinero y, al día siguiente por la mañana, puntuales como clavos, estábamos los cuatro en el puerto de Ferrol para que nos hiciera una visita, como si fuera un guía turístico. Miramos un par de yates, y Cara Cortada dijo que en unos meses se compraría uno. Piñeiro nos enseñó por dónde entraría tabaco y nos presentó a los chavales, la mayoría de dieciocho años, con granos en la cara y pinta de pajilleros, que nos saludaban como si fuéramos jeques multimillonarios. Si la cosa iba bien, en un mes podríamos duplicar nuestros cinco millones. No era lo mismo que atracar bancos, es verdad, faltaba el frenesí, la adrenalina acumulada en las venas, pero era un dinero seguro que nos hacía muy felices y que nos permitiría vivir con los lujos de siempre.

Ese mediodía, mientras comíamos marisco de cara al mar, yo no pude quitar los ojos de encima a la cubana de ojos azules, mientras ella, muy sutil, y toda tetas saltonas, me rozaba con la pierna.

Así empezamos uno de los negocios más fructíferos y que más dinero nos dio durante el tiempo que pudimos disfrutarlo. Fueron unas semanas muy buenas, productivas, entraba el dinero a borbotones, y nosotros aprovechábamos para gastarlo, como es normal, en drogas —una coca de primerísima calidad—, putas tan diferentes a las de Barcelona y tan parecidas, y buenos coches porque al fin, y como había prometido Piñeiro, conseguimos los tres cochazos que querían tanto Nariz Rota como Cara Cortada y el Hongos: un Mercedes 300 SL, un Porsche 911 SC y un Rolls Royce. Y como a mí se me pusieron los dientes largos, me cambié el BMW por el siguiente modelo, el 323 IC.



Esas noches duraban todo el día.

Con tanta locura olvidé por completo llamar a mis padres.

En cada momento al borde del delirio, nos hacíamos fotos llenando cada coche de chicas, apostábamos cuántas cabían por coche y a ver quién conseguía meter a más. Ganó el Hongos (evidentemente); aunque nuestros coches corrían más, en el suyo cabían más tías. Todavía no sé cómo pudo meter a veintidós. Todas en bikini y gritando.

¡Qué locura de días! Teníamos buen caballo y nos lo metíamos a partes iguales. Una vez el Hongos tuvo la brillante idea de hacerse la raya más larga de toda España. Juraba que quería entrar en el Libro Guinness de los Récords (estábamos obsesionados con los récords mundiales). La raya empezaba en la puerta de la casa —blanquita y bien cortada—, cruzaba todo el pasillo, subía la escalera, llegaba a la terraza, volvía a entrar por otra habitación, iba por cada baño, comedor o lo que fuera y terminaba otra vez bajando la escalera para fundirse con el principio.

Y entonces gritó:

—¡Que empiece el primer campeonato nacional de esnifadores!

Y competimos para ver quién se esnifaba el trozo más largo de la raya más larga de España.

Pero una de esas mañanas, apareció una carta en nuestro buzón, un sobre con mi nombre y sin remitente. En un primer momento pensé que era alguien de Barcelona, mis padres a lo mejor, o la Bombacha o qué sé yo. Me cabreé al pensar que alguno de mis socios había podido desvelar nuestro paradero.

Cuando la abrí supe que era una carta de Maribel. ¡Me cago en todo! Había fotos tuyas en pelotas, versos copiados de algún libro de poesía, y me invitaba a pasar juntos un fin de semana lejos de Ferrol. No me lo podía creer. Aquella cubana, con unas tetas como dos jarras, y unos labios gruesos, y los ojos almendrados, y la cintura de avispa, podía hacer perder la cabeza a cualquier hombre. Y yo no era la excepción.

Me volví a cagar en todo.

—No lo hagas... —dijo Nariz Rota—, no quedes con ella, te vas a meter en un lío y de rebote nos vas a meter en un lío a todos nosotros. Ya viste lo que quería hacerle a ese Antonio Rosa. Imagínate lo que querrá hacer con nosotros, a lo mejor no nos va a matar, pero nos va a arruinar y eso es mucho peor, Tiburón.

A la cabeza de encima de los hombros puede ganarle la razón, pero el dictador de debajo del ombligo tenía otras razones... Y ¿por qué no? Tenía yo unas ganas de quedar con ella...

Esa misma noche nos encontramos en un lugar de las afueras que conocía muy bien Maribel. Tengo que reconocer que, durante unos minutos, conduciendo hacia allá, pensé que todo podía ser una puta trampa, una estratagema del cabrón de Alfonso Piñeiro para ponerme a prueba, así que tomé mis precauciones. Llegué unos minutos antes —con un calentón como una campana— y me quedé en una esquina, fumando y esperando a ver llegar a Maribel y si estaba o no sola.

Cuando bajó del taxi con sus tobillos finísimos, sus tacones afilados, sus piernas delgadas, su minifalda azul, el ombligo asomando entre la ropa y esas tetas como dos cántaros llenos de agua fresca, perdí los papeles y olvidé las precauciones. Tiré el cigarro, me acerqué, y se lanzó directa a mis brazos.

—¡No sabes qué ganas tenía de verte!

Olía a flores y verano.

Fuimos a cenar y, mientras nos comíamos con los ojos, hablamos de todo un poco, de cómo había llegado ella hasta España, de mis días en la cárcel y mis noches en el Venus. Y, de pronto, me preguntó si ya conocía a Carlitos Barbero.

—¿Carlitos Barbero? La primera vez que oigo su nombre —le contesté.

—Es un socio de Alfonso, ¿no te lo ha presentado?

—No —respondí seco.

—¿Nunca ha mencionado su nombre?

Entonces Maribel cogió mi paquete de tabaco, encendió un cigarrillo y con una mueca un poco extraña, añadió:

—Bueno, a lo mejor se ha olvidado, no es tan importante...

Me quedé pensando, pero poco podía pensar a las tantas de la noche y teniendo ahí delante aquel monumento de mujer. Pagué la cena y nos fuimos a un hotel. ¡Maldita sea! ¿Qué pasaba en los hoteles de Galicia? Estaba lleno.

—¿Ni una puta habitación? —pregunté al chico de recepción, dando un puñetazo en la mesa.

—Ninguna.

—Podemos ir a otro sitio... —dijo ella, ya en la calle.

—¿Adónde...? —Empezaba a estar un poco asqueado.

—Lo importante no es adónde vamos a ir, sino con quién... —Me soltó mordiéndose el labio.

Y me susurró al oído, como una loca, algo que no entendí, pero que me puso los pelos de punta y el pantalón duro.

—No creo que me pueda esperar... —me repitió—. Quiero que me folles aquí mismo.

—¿Aquí? Estamos en mitad de la calle.

Me agarró de la solapa, me llevó hasta unos contenedores, me bajó los pantalones y se metió mi polla en la boca.

Follamos allí mismo, entre los contenedores.

—Dale, papito, dale —murmuraba con la boca llena.

Entonces en mitad del bombeo, me pidió, porque le ponía muy cachonda, que le cantara canciones típicas cubanas.

—¿Cómo?

Yo no sabía ninguna canción cubana, y cuando llevábamos un buen rato empotrándonos entre los contenedores, Maribel no pudo retenerse:

—«María Cristina me quiere gobernar... Y yo le sigo le sigo la corriente, porque no quiero que diga la gente que María Cristina me quiere gobernar...». ¿Seguro, que no te sabes ninguna? —me preguntó entre gemido y gemido.

—Escucha —le dije—, a ti te gusta que te canten, y a mí, como he estado en prisión, también me gusta follar por el culo. —Y la empotré con más fuerza.

Mientras ella repasaba los éxitos cubanos de todos los tiempos yo me la follaba bien a gusto por el culo. Y así llegó al éxtasis y comenzó su retahíla de:

—¡Virgen de la Caridad del Cobre...! ¡Dale papito! ¡Oh Dios! ¡Dale, angelito...!

Yo no sé si estaba en Cuba o en misa, pero fue uno de los mejores polvos en años y una de las noches más raras y más emocionantes de lo que llevaba en Galicia. Todos los hoteles siempre estaban llenos. Pero siempre habrá un lugar entre contenedor y contenedor.

Después, aún con los pantalones por los tobillos, y mientras los gatos empezaban a merodear entre la basura, Maribel me pidió que la llevase a casa.

—Déjame dos calles más abajo. No te preocupes por Alfonso, no se entera de nada. Siempre está trabajando.

Justo antes de bajarse del coche me confesó su secreto:

—No se lo he dicho a nadie antes. Será nuestro secreto. ¿Sabes quién me enviaba las cartas que firmaba Antonio Rosa?

—No...

—Yo misma —contestó con una sonrisa pícaro.

—¿Por qué cojones lo hacías? —Yo estaba alucinado.

—Para llamar la atención de mi marido, porque nunca está en casa, porque estoy harta de andar todos los días con las niñas arriba y abajo. Me trata como si fuera un mueble y tengo todavía mucha marcha...

—Ni que lo digas... Pero ¿sabes toda la mierda...? —Iba a contarle lo que había pasado con Antonio Rosa, pero pensé que la historia era demasiado larga.

—¿Qué mierda? —preguntó con las tetas a punto de estallar.

—Nada, déjalo.

Y me besó en los labios.

—Que tengas unas buenas noches. Descansa, cielo —dijo antes de cerrar la puerta.

Y desapareció.

¡Joder con la cubana!

Cuando volví para el pazo, todavía con el escozor en los huevos, como si fuera un eco lejano, repetí el nombre de Carlitos Barbero. Era muy sospechoso que Alfonso no lo hubiera mencionado nunca. Tenía que descubrir quién era. Preguntar por ahí. Pero —y aquí fue mi error— lo dejé pasar sin saber qué se escondía detrás de ese nombre y de ese socio.



El negocio iba viento en popa.

Yo estaba un poco sorprendido porque no tuvimos represalias desde Barcelona, el plan había salido bien (por primera vez) y nos habíamos desvanecido en la nada de los mapas. Cuando el negocio empezó a funcionar aproveché alguna noche para llamar a mis padres y saber que estaban bien. Eran llamadas muy cortas, de tres o cuatro minutos, porque pensaba que la policía o algún hijo de puta podía pincharnos el teléfono. Ellos me contaron que todo iba más o menos bien, que en el barrio había una calma tensa pero que no habían visto ni amenazas ni nada raro... Al colgar volví a quedarme con mal cuerpo.

Una mañana Nariz Rota me propuso ir juntos a escalar la Peña Trevinca. Me daba pereza. Yo había escalado de joven, y, como insistió, me di cuenta de que era un buen plan porque, de vez en cuando, está bien salir de la rutina de las putas y las drogas.

Así que cargamos el Porsche SC de Nariz Rota y nos fuimos a la Peña Trevinca. Sí, me apetecía andar por la montaña, airearme un poco y pisar el verde de los prados. El viaje, a doscientos por hora, fue plácido como un bebé. Durante el trayecto charlamos de qué haríamos con el dinero que estábamos ganando, teníamos ganas de montar una muy gorda.

Llegamos.

Bajamos del coche, no me fijé en el lugar, anduvimos media hora y de pronto, después de cruzar el bosque, me vino un apretón:

—Nariz Rota, tío, necesito cagar.

—¿Qué?

—Sí, sí... cagar. Me estoy cagando encima. Párate un momento, busco un árbol por aquí cerca, y planto un pino.

—Tiburón, si tienes que cagar, ve para allá, pero ¿has visto la hora que es? Se nos va a hacer muy tarde. Yo sigo andando, todavía tenemos mucho rato, y el primer refugio está a un par de horas. Si vamos tan lentos no vamos a poder llegar con la luz

del día.

Así que me senté, planté mi pino, cerca de un riachuelo con buenas vista, escuché los pajaritos en los árboles y después de limpiarme el culo (con hojas, ¡cuidado, las ortigas!), olí la hierba del campo, y fui a buscar a Nariz Rota.

Pero no estaba.

¡En qué mierdas estaría pensando!

Grité su nombre y el eco de las montañas me devolvió mi propia voz. Entonces, a lo lejos, lo vi gesticulando de forma exagerada. Había subido ya un buen trozo y gritaba:

—¡TIBURÓN!

No debía de estar muy lejos, un kilómetro o así. Me indicó cómo tenía que llegar, cargué la mochila y continué con el paso firme, subiendo, resbalando, porque resbalé un par de veces, volviendo a subir y a bajar. El problema —la puta mala suerte— comenzó, como siempre, por una mala elección. Llegué a una bifurcación, y el muy cabrón de Nariz Rota no me la había señalado bien, así que escogí el camino equivocado.

¿Por qué cojones no había dejado una piedra Nariz Rota en la dirección correcta? ¿Marcándome claramente el camino? ¿Por qué no lo hizo?

No tengo ni puta idea.

El caso es que anduve un par de kilómetros pensando que iba en la dirección correcta, gritando cada dos por tres el nombre de Nariz Rota, pero ya nadie me respondió. Ni idea de dónde estaba. Intenté orientarme pensando dónde estaba el este y el oeste... Nada, no me aclaraba. Pensé que quizás podría dormir en mitad del bosque, entre un par de árboles, o construirme un cobijo... Me puse manos a la obra. Construí una pequeña cabaña, cerca de un riachuelo, Al terminar, estaba tan agotado y tenía tanta sed que me tiré de rodillas a beber. Unos metros más arriba vi unas vacas pastando y cagando en el mismo lugar. Esas horas solo en el campo me sirvieron para reflexionar y para pensar claramente quién era Alfonso Piñeiro y qué quería de nosotros. Algo no cuadraba. Era su peinado siempre engominado, su forma de hablar tan amable, tan simpático (a veces), y tan seguro, y tan distante (otras). No lo sabía explicar, no encontraba el punto exacto donde fallaba nuestro socio. Me quedé largos ratos mirando la nada de los árboles.

¿Pensaría lo mismo Nariz Rota? No, porque era su amigo.

Sin darme cuenta se me hizo de noche en mitad de la Peña Trevinca y con un frío que ni me apetecía hacerme una paja pensando en Maribel.

Al día siguiente todo cambió.

Todas las pequeñas sospechas se diluyeron como cuando llega la primavera y empieza el deshielo. Si no hubiera ido esa mañana a la Peña Trevinca con Nariz Rota, si hubiera hecho caso de mi intuición con el tal Carlitos Barbero rondándome la cabeza, toda la mierda de después no habría existido, o a lo mejor sí, pero de otra forma.

Dejé la cabaña y rehíce el camino del día anterior como pude, me guie por los senderos, pasé por el sitio donde había cagado... fueron seis o siete horas hasta llegar a una casa de campo. Allí pedí un teléfono para hacer una llamada de urgencia. Pero no tenían. Pero los chavales que vivían allí me indicaron muy amablemente cuál era la mejor ruta para llegar a la civilización. Los nubarrones amenazaban tormenta. Todavía me quedaban unas cuantas horas andando. Si me pillaba la lluvia estaba perdido, y, como me sentía con fuerzas y con ganas, empecé a correr. No sabía qué había hecho Nariz Rota. Suponía que me habría buscado y después, como era lógico, habría vuelto también a Ferrol.

Cuando llegué al primer pueblo, entré en un bar y pedí una copita de anís y un teléfono. Llamé a casa, me descolgó Cara Cortada y me chilló:

—¡La hemos cagado! ¡La hemos cagado! ¡La hemos cagado!

Y la comunicación se cortó.

¡Mierda!

Pregunté en el bar si había alguien que iba hacia Ferrol, y me llevó un hombre demasiado hablador que tenía que ir para hacer unos recados. Al llegar a Ferrol pensé que todos me estarían buscando, y así era. Pero no me buscaban porque estuviese perdido en la puta montaña. Al llegar a casa encontré a Cara Cortada y todo lleno de chutas. Parecía un zombi.

—¿Qué te pasa, joder? —pregunté—. ¿Por qué me has dicho por teléfono que la habíamos cagado?

Cara Cortada se serenó de golpe. Se sentó en el sofá y me contó que había estado paseando por el puerto, intentando comprar un yate y de pronto vio que había una redada de la hostia. Paró de contarme la historia, me volvió a mirar y exclamó:

—¡Nos han jodido, Tiburón, nos han jodido!

—Habla, coño. Cuéntame qué ha pasado.

Cogió aire y continuó con la historia:

—Una puta redada. He visto cómo a los chavales, los mismos que nos presentó Alfonso, los de los granos en la cara, se los llevaban a comisaría. Había mucha pestañí. Mucha gente preguntando. Los maderos habían abierto nuestras cajas de tabaco, las de las muñecas, y sabían cuáles eran. Me he acercado y he preguntado entre la gente, disimulando. Dirigía la redada el aduanero Morón. Pero ese no es el problema, Tiburón. Dentro de las muñecas no solo había tabaco, también cocaína. Cabronazo de Piñeiro... Farla de la buena. Creo que han incautado unos cincuenta kilos. Haz los números. ¿Cuánta pasta necesitas para comprar tanta harina? Veinte millones. Nuestros veinte millones. El hijo de puta nos ha usado. Nos la ha jugado.

—¿Cómo tienes toda esa información?

—He soltado un par de billetes a unos nacionales. ¿Qué vamos hacer? —preguntó.

—Iremos a buscar al Hongos, a Nariz Rota, y vamos a saldar cuentas con Piñeiro. ¿Te suena un tal Carlitos Barbero?

Negó con la cabeza.

Y entonces se oyeron las sirenas. Miramos por las ventanas, y había, mínimo, un par de coches de la bofia.

—¡Están rodeados! —gritaba una voz desde un megáfono—. ¡Salgan con las manos en alto!

Desenfundé la Magnum 357, abrí la ventana y le metí dos tiros al coche de policía. Ya eran tres. Eso nos hizo ganar tiempo. Los seis hijos de puta iban armados y con ganas de jaleo.

Me volví hacia Cara Cortada y le dije:

—Vamos a salir de aquí, tenemos que huir.

SEGUNDA PARTE

LA RUTA DE LAS CAJAS RURALES

*Bienaventurados los perseguidos
porque por cojones
tendrán que escapar.*

CAPÍTULO 5

El aduanero Morón

Huir, huir y huir.

Y como si volviésemos al principio del tablero, al punto de partida, otra vez teníamos que largarnos de la ciudad sin saber adónde ir.

Un balazo rompió el cristal de una de las ventanas. Parecía que todo iba a estallar. Cara Cortada agachó la cabeza:

—¡Estos hijos de puta nos van a matar! —gritó con los huevos por corbata.

Yo no lo tenía tan claro, sabía que el BMW estaba detrás de la casa, y que no era fácil encontrarlo, así que ordené a Cara Cortada que, mientras yo retenía a la policía con mi Magnum 357 y su Star, él fuera llenando, lo más rápido posible, las sacas con todo el dinero repartido por la casa.

—¿Pillo también la droga? —preguntó nervioso.

—¡Coge lo que puedas, pero déjate de hostias que nos vamos pitando!

Mientras él iba guardando el dinero y los sacos de farla, yo disparaba con la poca munición que me quedaba. Como tenía una buena posición pude darle a un policía y joderles uno de los coches patrulla. La cabeza me iba a dos mil por hora, necesitaba un plan, una forma de huir... Eran seis, calculé...

Cuando bajó Cara Cortada le dije:

—Los reducimos, cogemos el dinero y nos largamos.

—¿Los reducimos? —El muy cabrón se quedó con la boca abierta.

—Sí, ¿te parece mal?

—No, me parece imposible —contestó, pensándolo mejor—. Pero no tendremos mucho tiempo, seguramente no tardarán en llegar refuerzos, Tiburón.

—Ya lo sé, pero aun así, esta es nuestra última oportunidad. Si no los jodemos antes de que lleguen los refuerzos, ya no podremos escapar. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Cara Cortada me miró y me guiñó un ojo. Después, guardó las bolsas dentro de una trampilla y se metió unos fajos de billetes entre los pantalones y la ropa. Yo me guardé mi Magnum 357. Salió primero Cara Cortada con las manos en alto.

—¡En son de paz! ¡Salimos en son de paz! —gritaba mientras agitaba los brazos.

Los polis se quedaron flipando. Se miraron entre sí. Cuando se le acercaron los dos primeros, de un codazo en la boca y de una zancadilla, Cara Cortada los tumbó y empezó la lucha contra los otros cuatro. Iban a disparar (ya lo había hecho antes), y salí con la Magnum y le metí un balazo en la pierna al primero, y un balazo en el tobillo al segundo.

—¡Hijo de la grandísima puta! —chillaba el policía en el suelo.

Ahora eran cuatro.

A lo mejor sí que podíamos ganar.

El policía más alto saltó encima de mí, luchamos, esquivé un par de puñetazos, me soltó una patada en la rodilla y caí. Aprovechó entonces el otro policía, que me clavó un derechazo en todo el ojo. Me iban a inmovilizar, pero me volví, y pude ponerme de pie. Un puñetazo a la derecha y un puñetazo a la izquierda: al primero le arañé la cara y al segundo lo tiré al suelo. Justo en ese momento, llegó el tercer policía.

¿Qué cojones estaba haciendo Cara Cortada?

El pestañí, al verme con las manos ensangrentadas, subió al coche y se largó a toda hostia.

—Ese hijo de puta va a por refuerzos —dijo Cara Cortada.

—¡Aún tenemos tiempo!

A todo esto, el del disparo en el tobillo se había medio incorporado y ya desenfundaba la pistola. Cara Cortada le pisó la mano. El madero gritaba de dolor como un auténtico canalla, hasta que se desmayó, el muy flojo. Habíamos reducido a todos los pestañís. Pero no teníamos ninguna duda de que eso solo era el principio, que llegarían más y más...

Corrimos adentro de la casa, cerramos la puerta, recogimos las bolsas y nos largamos hacia el BMW. Uno de la pestañí, con las pocas fuerzas y las pocas luces que le quedaban, nos disparó a una rueda, pero ya era demasiado tarde, porque nosotros habíamos cargado el maletero y pisábamos el acelerador dirección Ferrol, a buscar a Nariz Rota y al Hongos. Dejábamos atrás los árboles como si fueran ellos los que estuviesen corriendo. Sabíamos que no había sido una victoria sino una tregua momentánea, que esas horas las sirenas estarían merodeando por Ferrol, La Coruña y toda Galicia.

—¡Lo vamos a conseguir! —gritó Cara Cortada sacando la cabeza por la ventanilla del coche.

—No lo dudes, no lo dudes.



Volvimos, así, a nuestras putas andadas. Con una rueda pinchada —convencido de que tarde o temprano nos escoñaríamos con el BMW— y casi sin gasolina, conduje a toda hostia a buscar a mis socios. El Hongos seguro que estaba en el burdel de siempre, follando con una sudamericana que le gritaba «loco» y que le ponía a mil.

Entré en el burdel dejando el coche mal aparcado en la acera de enfrente. Cara Cortada aprovechó para ir a comprar cigarrillos y algo de comer; la huida podía durar días. Pregunté a la *madame* por el Hongos.

—¿Quién?

Dudé unos segundos. ¿Cuánto hacía que no lo llamaba de otra forma?

—El Lolo^[1]... Manuel.

Detrás de mí corría una chica con las tetas de silicona, perseguida por un hombre de unos cincuenta años, canoso, con la corbata y los calcetines. Ese burdel era una fiesta. Pregunté a un par de chicas. Me costó convencerlas de que no quería follar y, por fin, me indicaron dónde estaba el Hongos. Entre la luz roja y mis nervios era difícil acertar la puerta. De una patada la abrí y me lo encontré con los pantalones bajados hasta los tobillos y la chica arrodillada:

—¡Joder! ¿Cuántas verrugas tienes ahí? —le decía ella.

—No son verrugas, corazón, son amuletos de la suerte —se justificaba él.

—¡Hongos! ¡Nos tenemos que ir pitando!

—¡Cojones! ¿Qué haces aquí? —preguntó sin entender una mierda.

—¡Que nos vamos! —insistí.

—Espera momento. ¿Justamente ahora?

—Sí. ¡Sí! No tenemos tiempo de nada.

—No me toques los cojones. —El Hongos no estaba dispuesto a ahorrarse un polvo.

—Vístete, tenemos el coche afuera y a punto.

—No quiero que seas tú quien me los toque, los huevos, Tiburón, quiero que sea ella.

Lo agarré por la solapa, con los pantalones todavía por los tobillos, y nos largamos del burdel. Cara Cortada nos esperaba intentando cambiar la rueda. Le dije que no teníamos tiempo y que nos pirábamos de allí con o sin rueda, porque el reloj iba en nuestra contra.

Se encogió de hombros, aceptando la orden, y el Hongos me contó que no sabía nada de Nariz Rota, que cómo era posible que no estuviéramos juntos en la Peña Trevinca.

—Es una larga historia y no podemos perder el tiempo.

Además, en la cabeza solo me repetía —como un mantra— la forma de encontrar a Alfonso Piñeiro, resolver quién coño era Carlitos Barbero y salir cagando hostias de Galicia. ¿No descansaríamos nunca?

—Quiero que vayamos a buscar mi coche. Lo he dejado tres calles más para allá —dijo el Hongos.

—Lo llevas claro —le contesté.

—¿Por qué? —preguntó indignado.

—¿Qué haremos con tres coches, desgraciado? Como mucho iremos con dos.

—De acuerdo. El tuyo y el mío —respondió Cara Cortada.

—¿Y el mío? —insistió el Hongos.

La cabeza me iba a estallar con tantas palabras. Así que di un frenazo, se callaron de golpe, me volví y les dije:

—Iremos con los coches que yo diga. Ahora os vais a CALLAR la puta boca,

¿entendido?

Los dos, al unísono, asintieron.

Nos paramos en un semáforo. Y como si una neurona se hubiera conectado con la otra, lo vi claro. Con el BMW no pasaríamos desapercibidos. Vi que, justo a nuestra derecha, mientras el rojo permanecía encendido antes de cambiar al verde, había un Ford Fiesta amarillo, y lo conducía un hombre de unos setenta años. Les ordené al Hongos y a Cara Cortada que bajasen, golpeamos en la ventanilla y le propusimos al vejete cambiar de coche.

El hombre o no entendía nada o simplemente no se lo creía. Insistimos.

—¿Es una broma? —dijo gesticulando.

Saqué las llaves del contacto y se las ofrecí. Le dije que necesitábamos su coche y que, con el intercambio, él salía ganando, pero que solo había un problema: una rueda pinchada...

—¿Un BMW por un Ford Fiesta? ¿No estáis de guasa?

—Pocas veces hemos hablado más en serio —contestó Cara Cortada.

Y sin creérselo aún del todo dijo que sí y, en un tiempo récord, en ese semáforo hicimos el cambiazo. Sentado al volante del nuevo coche, le pregunté al Hongos si había cogido las sacas con el dinero y la droga.

—¡Mierda!

Antes de que el abuelo arrancara el BMW, el Hongos abrió el maletero y, aunque le faltaban manos, pudo con todo.

—Listo. Ya podemos irnos...

A lo mejor Nariz Rota se había perdido en la montaña, haciendo escalada a su puta bola, disfrutando del paisaje, y aún no sabía que nuestro negocio se había derrumbado como un castillo de naipes y que nuestras vidas corrían peligro. Cara Cortada le contó todo al Hongos sobre Piñeiro mientras íbamos directos a casa de Alfonso (memoricé el trayecto cuando acompañé a Maribel). Aunque sabíamos que la bofia estaría husmeando por allí, teníamos que arriesgarnos. Quizás podríamos recuperar parte del dinero o pillar joyas o cualquier hostia que nos sirviera. Al llegar a los alrededores de su casa vimos que la policía había precintado el lugar. Era imposible cualquier maniobra. Había muchos curiosos parados, preguntando, y eso nos hizo dar media vuelta...

¿Qué cojones podíamos hacer? ¿Dónde íbamos a buscar?

Entonces, como si un rayo me atravesara la cabeza, lo vi claro. Agarré el volante, di media vuelta y me dirigí hacia el hotel de cinco estrellas donde no pude entrar con Maribel. Tenía la intuición de que era buen sitio donde esconderse (momentáneamente) y luego largarse. Además, Maribel conocía el lugar y me jugaba los cojones a que Piñeiro la había llevado allí más de una vez para follársela.

Llegamos.

Aparqué delante del hotel, sacamos del maletero el dinero, la coca y las armas y un anciano nos dio la chapa diciendo que allí no se podía aparcar y que si no

retirábamos el coche llamaría a la grúa. El Hongos se volvió para intimidarlo pero ya no le dio tiempo, porque el abuelo se había largado.

Preguntamos en recepción si estaba Alfonso Piñeiro. La cara de la chica fue un poema. Me contestó un no, medio de mentira, medio de terror. Cara Cortada estuvo a punto de sacar la Star y repetir la pregunta, pero esta vez sin tanta educación. Lo frené.

Saqué un billete de cinco mil pelás. La chica sonrió. Arrancó un papel de un taco de notas y me apuntó el número de la habitación.

¡Bingo!

Le di las gracias.

—¿Lo ves, hijo de puta, como no siempre hace falta disparar antes de preguntar...? Si los quieres tener a tu favor, haz que te amen, no que te teman... —le dije a Cara Cortada.

—Eres un utópico de mierda.

Cara Cortada y el Hongos subían por el ascensor con todo el arsenal; yo enfilé la escalera.

Nos encontramos en el sexto piso. Los dos iban con su Star preparada. Yo no quise desenfundar la Magnum, pero comprobé que el cuchillo seguía en su sitio. «Este hijo de puta no merece ni gastar una bala», pensé para mis adentros.

Habitación 610.

—¿Llamamos a la puerta? —preguntó el Hongos.

Todavía no había terminado de preguntar y ya la había abierto de una patada. El muy cabrón estaba con un albornoz tumbado en la cama, con el minibar vaciado y llorando como un chiquillo. El Hongos se quedó vigilando la puerta; Cara Cortada, que no tenía ni puta idea de mis intenciones, empezó a buscar y a rebuscar por toda la habitación por si encontraba alguna maleta o algún bolso cargado de dinero.

Nada. Allí no había ni un puto duro.

Alfonso Piñeiro lloraba como Antonio se había puesto a llorar en el descampado, solo con una pequeña diferencia. Piñeiro no se meó encima.

Cuando nos vio, quería darme un abrazo. Lo aparté. Nos dijo que lo sentía mucho y que estaba perdido. Casi gritaba y le costaba mucho encontrar las palabras, perdidas en su cabeza por tanto alcohol como había pimplado. Empezó a llorar como una nena.

—La policía me va a joder, hostia... No sé qué hacer, no tengo escapatoria...

—Me sudan la polla tus problemas. Por tu culpa nos hemos metido en un buen lío.

—Pero el negocio era bueno y además era seguro...

—¿Por qué nunca mencionaste a tu otro socio? —Detuvo el llanto y me miró—. A Carlitos Barbero. ¿Por qué nunca dijiste nada?

—Porque... porque... No es su culpa, ni la mía..., el aduanero...

—Porque eres un auténtico hijo de puta —le cortó Cara Cortada—. Aquí no hay

nada, Tiburón. Nos tenemos que largar.

—¿Me vais a matar? —preguntó de pronto con un tono muy serio.

—No —le contesté—. Nosotros no hacemos estas cosas, ya te lo dije, no somos matones.

Muy despacio, ante la mirada del gallego, saqué el cuchillo. Lo miré y le dije que se tumbara en la cama. Que si lo hacíamos deprisa y bien, le iba a doler lo menos posible.

—¿Qué coño vas a hacer? —Tenía los ojos abiertos como platos.

—Lo mismo que me pediste la primera vez. Una muestra de confianza. Ahora que nos vamos a largar, necesito que tú me devuelvas la confianza.

El pobre desgraciado no entendía nada.

Entró el Hongos, y con Cara Cortada, lo agarraron de los pies y de los brazos. Apunté con el cuchillo y le corté un dedo. El mismo dedo que le había cortado a aquella difunta, el dedo meñique. La sangre se derramaba entre las sábanas blancas.

—No somos asesinos —repitió el Hongos—. No nos dedicamos a matar a la gente.

Y nos largamos de ahí.

Mientras bajábamos por el ascensor, cargados con las bolsas, solo tenía en mente tres cosas. Primero: Nariz Rota. ¿Dónde coño podía estar? Segundo: la bofia. Y tercero: Maribel, que nos la encontramos en el vestíbulo del hotel. Estaba hecha una furia, como loca. Le dije que se fuera con nosotros, que había sitio en el Ford Fiesta y que, si venía conmigo, iba a vivir los mejores días de su vida.

—Ya lo sé —me contestó—. Pero no puedo largarme, tengo dos hijas. Y sospecharían. Sería pan para hoy y hambre para mañana. Aunque no lo puedas entender, me voy a quedar aquí, en Ferrol.

—Si buscas a Alfonso... —le dije con una media sonrisa—, te está esperando en la habitación 610.

Al salir del hotel... ¡Me cago en la puta de Dios! La grúa se había llevado el Ford Fiesta. Cara Cortada casi se pone a reír de rabia... Íbamos cargados hasta las cejas de dinero, de armas y de drogas. Pero, a lo mejor, no todo estaba perdido. Teníamos un as guardado en la manga. La pestañí ni nos olía y los tres acordamos que el único lugar donde Nariz Rota nos podía encontrar (aparte de la cárcel), era volver al principio de todo, al primer bar en el que nos encontramos con Alfonso Piñeiro.

Fuimos hacia allá. Tantos años juntos de algo tenían que servir, estábamos metidos dentro de la cabeza de cada uno.

—Telepatía —dijo el Hongos.

—¿Y si lo han cogido? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Cara Cortada.

—Encontrarlo, esté donde esté —contesté sin inmutarme.

Nariz Rota, como si fuera un milagro, nos esperaba dentro del bar, bebiendo, medio borracho. Estaba loco. Cuando me vio llegar, se frotó los ojos y me abrazó porque me daba por muerto.

—¿Eres real? ¿O veo doble...? La última vez que lo vi —dijo subiendo la voz para que lo oyera todo el bar— estaba en medio de la montaña cagando entre las piedras...

—No hay tiempo para explicaciones ni lloreras, nos tenemos que ir lo antes posible.

Entre el Hongos y Cara Cortada lo sacaron del bar, apoyado en los hombros, como un torero herido. Mientras íbamos a buscar su coche nos contó que había vuelto al pazo y, viendo cómo estaba de policía, se olió que la mierda nos llegaba hasta el cuello. Al no poder contactar con ninguno de nosotros, se escondió en el bar, hacía ya unas horas. Con su aliento de vino barato, nos contó que había hablado con alguno de los chavales del puerto, y que le habían dicho que, detrás de la redada, estaba el aduanero Morón.

—¿Te suena el apellido Morón? —me preguntó con una lucidez repentina.

—No —contestamos los tres. No lo entendíamos.

—Morón es el apellido del Tosco. Es un primo del Tosco.

Se nos heló la sangre. Desde nuestra huida de Barcelona que no habíamos pensado más en ese hijo de puta, como si no existiera. El muy hijo de puta del aduanero se había enterado de toda la movida. Nos había identificado con la documentación. Investigó y esperó el momento preciso para atacarnos cuando más nos podía doler.

Lo hizo muy bien, hay que reconocerlo.

—No te preocupes —le dije a Nariz Rota para tranquilizarle—, he tenido una idea. Nos iremos de aquí, tenemos algo de dinero.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó el Hongos.

—Unos ocho millones, cuatro en cada bolsa. —Contestó Cara Cortada.

Sin darle más vueltas decidimos abrirnos de una vez. Encontramos el coche de Nariz Rota, con un pequeño problema: en un Porsche SC solo caben dos. Además, un Porsche llamaría la atención...

Les propuse ir en dos coches. Saldríamos de Ferrol y empezaríamos la ruta de las cajas rurales.

—¿Qué es la ruta de las cajas rurales? —me preguntaron mis socios.

—Primero vamos a robar un coche, nos largamos de Ferrol, y ahora escuchad muy atentos, hijos de puta, porque así es como vamos a funcionar...

CAPÍTULO 6

La ruta de las cajas rurales

Necesitábamos otro coche.

Solo con el Porsche SC llamando la atención y con dos plazas, no llegaríamos muy lejos. Así que, en una de las calles estrechas de Ferrol, cerca de rúa Sol, encontramos un 124 *Sport* de color rojo. No era nuestro modelo favorito, pero era ideal porque las sirenas ya resonaban por todas las calles.

El Hongos sabía abrir coches y hacer puentes con una facilidad pasmosa; dijo que lo había aprendido estando con putas, porque uno de sus colegas, mientras le comían los huevos, le había enseñado cómo hacerlo. Juraba que era tan fácil como delicado. Tampoco podía pavonearse demasiado porque los demás también habíamos aprendido, pero el Hongos tenía un don natural, una forma exquisita de disimular delante de la puerta como si fuera el dueño.

¡Clac!

Abrió el 124, entramos Nariz Rota y yo. Una vez dentro, el tapizado olía a perro y a viejo. Y de pronto, a lo lejos, oímos que alguien empezaba a gritar:

—¡Al ladrón!, me están robando el coche. ¡Al ladrón! ¡Esos hijos de puta me están robando el coche!

Me volví para ver de quién era la voz que nos gritaba y ¡maldita coincidencia! Era el mismo anciano que delante del hotel nos había dicho que no podíamos aparcar allí y que llamaría a la grúa:

—¡Es el cabrón de la grúa! —dijo el Hongos.

—¿Quién? —preguntó Nariz Rota.

—¡Tú arranca! —le chillé—. ¡Tú arranca, no mires para atrás! ¡Ya nos encontraremos con Cara Cortada en un par de calles!

El Hongos arrancó el 124 *Sport* y salió disparado por la calle mientras iban saliendo curiosos y vecinos a mirar por las ventanas y los balcones. ¿Quiénes eran esos desgraciados que les habían jodido la siesta? El Porsche estaba tres calles más abajo, tal y como habíamos quedado, y empezamos la ruta. Teníamos que salir de Ferrol pero, maldita sea, a media ciudad, en la rúa Irmandiños, las sirenas de la policía ya iban detrás de nosotros. Seguramente habían atado cabos y habían encontrado ya a Alfonso Piñeiro sin su dedo meñique, quizás a Maribel o al puto Carlitos Barbero, seguramente habían encontrado documentación en el pazo... Total, que cuatro coches patrulla nos mordían el culo por las calles de Ferrol.

—No mires atrás, no mires atrás —le decía al Hongos—. Tú dale fuerte y olvídate de todo.

Nariz Rota, borracho como una cuba, no tenía ni puta idea de lo que estaba

pasando, sacaba las manos por la ventana, saludaba a la gente, daba besos al aire, cantaba el himno del Barça...

Y así empezó una persecución por las rúas del Ferrol, no hizo falta cruzar ni una palabra con Cara Cortada para entender que nos separaríamos, que, si nos íbamos cada uno por su lado, la pasma lo tendría más difícil. Por deducción, nos encontraríamos a las afueras, no sabíamos muy bien dónde, pero daba igual.

Nos saltamos un par de semáforos en rojo y doblamos por una calle peatonal. Íbamos con el 124 *Sport* a 80, 90, 100 por hora, incluso tiramos por el suelo un carrito de la compra (con toda la fruta rodando) de una mujer que salía del mercado. A los coches patrulla se sumaron también unos motoricones, parecía como si toda la pestañí de este puto país se hubiera juntado allí para agarrarnos por los huevos.

El Porsche de Cara Cortada los despistó en un abrir y cerrar de ojos, el muy cabrón. A la que encontró una calle ancha y sin peatones puso la cuarta y dejó atrás las mierdas de los coches de los monos. Mientras, para nosotros pintaban bastos. El Hongos miró por el retrovisor y cada vez las calles eran más estrechas y el ruido de las sirenas más ensordecedor. Estábamos rodeados. ¿Cómo cojones íbamos a encontrar una salida?

No nos conocíamos tan bien Ferrol como Barcelona; cuando atracábamos bancos —años atrás— teníamos un control absoluto de las calles, los semáforos, las rutinas y los posibles problemas, además Barcelona era nuestra ciudad; pero allí —con el olor de mar mezclado con el olor de mierda— era imposible darles esquinazo y ellos tenían mucha más ventaja. Durante unos segundos pensé que de esa no íbamos a salir, pero el gran hijo de puta del Hongos tenía un as escondido en la manga y, cuando los coches de policía nos cerraron el paso, cuando las sirenas de las otras patrullas se nos echaban encima, el Hongos se volvió y me dijo:

—Agarra fuerte a este borracho porque nos va a vomitar encima... sujétalo...

Cogió muy fuerte el volante, apretó los ojos en un intento absurdo de concentración, puso la marcha y arrancó a toda hostia, decidido a chocar con los coches de la policía que nos cerraban el paso. Pero le daba igual, el desgraciado sabía que era la única forma de escapar de allí.

—Mejor salir liándola que terminar arrodillados con una pistola en la nuca... — se justificó mientras le daba caña.

El 124 chocó contra los dos coches patrulla, saltó por los aires y durante una milésima de segundo no vi pasar mi vida por delante, ni una luz bajó a darme la bienvenida, ni nada de eso, pero sí que pensé que íbamos a morir de la forma menos épica posible. Y, la verdad, me tocaba los cojones.

¡Pero, maldita sea! El Hongos, con su dominio del volante, consiguió que dejáramos atrás las patrullas; con el 124 *Sport* abollado, sin gasolina suficiente y con un extraño ruido en el motor que no sabíamos qué cojones era, pero el Hongos no se detuvo y de pronto todas las sirenas volvieron a sonar fuera y dentro de nuestras cabezas.

—¡Que no se escapen! ¡Alto! ¡Detened a esos hijos de puta!

Por si fuera poco, se rompió el cristal trasero cuando uno de los balazos impactó en él y cruzó por delante de nuestras narices. Lo esquivamos por puta suerte.

—¡Estos tíos nos quieren matar! —gritó el Hongos.

Y después ya los perdimos para siempre.



Salimos de Ferrol y llegamos a un pueblecito, Viveiro. Habíamos quedado al norte, pero nunca dijimos qué lugar exacto. Y otra vez la bendita telepatía.

—Un día dejaremos de hablarnos y las cosas nos irán mucho mejor —dijo Cara Cortada mientras sonreía delante de su puto Porsche, fumando—. No necesitamos las palabras. Cuando hablamos, la cagamos.

A Nariz Rota ya se le había bajado un poco la borrachera. Y, a las afueras de Viveiro, con el aire impregnado de sal y de mar, empecé a contarles cuál sería nuestro plan. Y cuando estaba hablando más feliz que una perdiz, de pronto... hubo un detalle que no podía prever, que me hizo estallar los nervios. Estuve a punto de sacar mi Magnum 357 y meterles un par de tiros en la cabeza a cada uno de mis socios.

Con las prisas, del 124 *Sport* al Porsche, entre el uno y el otro, los nervios, «esto lo llevas tú, yo me encargo», vigilando a Nariz Rota, nos olvidamos una de las bolsas con cuatro millones de pesetas.

—¿Cómo coño hemos podido olvidarnos una bolsa?

Se quedó allí, en mitad de la calle. Algún hijo de puta afortunado ya estaría invitando a champán en el bar, comprándose un coche o vete tú a saber el qué... Pensábamos que la cargaría Cara Cortada en el Porsche, y él estaba convencido de que seríamos nosotros los que pondríamos las bolsas en el maletero del 124. Así que de los ocho millones, nos quedábamos con solo cuatro.

—Hoy todo son buenas noticias... —sentenció Cara Cortada.

Eso quería decir que teníamos mucha más prisa para empezar a atracar bancos, y que, a lo mejor, durante unos días, no nos podríamos permitir algunos lujos. Por cierto, la cocaína seguía en nuestras manos. Aunque cada vez quedaba menos.

—El dinero os lo podéis olvidar, pero la farla nunca, ¿verdad, hijos de puta?

Tomé aire. Intenté pasar por alto nuestra estupidez y recordé que un par de horas antes habíamos estado a punto de pasar la noche en chirona. Saqué un lápiz y un papel, y les dibujé, a ojo, el mapa de España y más concretamente el lugar donde estábamos. Les conté cómo íbamos a funcionar: buscaríamos cajas de ahorros. Cuanto más alejadas, mejor. Viajaríamos en dos coches diferentes, pasaríamos por pueblecitos y allí apuntaríamos la información más fundamental: si había vigilancia, qué tipo de vigilancia, cristales blindados, dónde estaba la comisaría o el cuartelillo más cercanos... Después nos encontraríamos en el punto que decidiésemos y

pasaríamos el parte de lo que cada uno había encontrado, y qué posibilidad real había de hacer un atraco rápido y limpio. En los pueblos sería todo mucho más fácil. Menos gente, menos seguridad. Los cuatro estuvimos de acuerdo en que esa era la mejor forma de empezar de nuevo.

—En la ruta de las cajas rurales hay mucho dinero porque los campesinos tienen más dinero de lo que aparentan —les dije muy seguro de mí mismo.

Seguimos unos cuantos kilómetros más allá, llenamos el depósito del 124 *Sport* en la primera gasolinera (aunque sabíamos que el coche no nos iba a durar mucho) y esa noche dormimos en un hotel de tres estrellas, cada uno en una habitación.



Los primeros atracos los hicimos como años atrás, a primera hora de la mañana y preparándolos bien días antes, controlando las entradas y las salidas de los empleados. Al principio estábamos nerviosos como unos chiquillos.

—No os preocupéis, atracar es como ir en bicicleta, nunca se pierde —nos animó Cara Cortada.

En nuestras rutas habíamos encontrado en muchos pueblecitos una caja fácil, sin vigilancia, sin cristales blindados y con muy pocos empleados. Aquello iba a ser una mina de oro.

El primer atraco, el primero de nuestra nueva etapa, fue en un pueblo a unos sesenta kilómetros de Santander, San Vicente de la Barquera. No lo olvidaré nunca. Primero, porque el Hongos había propuesto que volviésemos a ir vestidos de abuelas como al principio de la banda. La banda de los travelos. Evidentemente la idea nos pareció una patada en los cojones. Habíamos cogido tal fama (en todo el país) que si, de golpe y porrazo, nos veían entrar vestidos de abuelas solo nos traería problemas.

—Pero ¿no nos vamos a disfrazar? —preguntó Nariz Rota—. ¿Iremos así, a cara descubierta?

Diez años atrás, sin la experiencia que ahora teníamos, no nos lo hubiéramos ni preguntado, hubiéramos entrado a cara descubierta, con unas gafas de sol, repartiendo tarjetas o el DNI directamente, o con unas medias que nos apretaran demasiado el cuello.

Les dije que lo mejor era caracterizarnos, pero de una forma que pareciera auténtica, real. Inventarnos otra identidad. Les dije que había leído en una revista —de no sé dónde— que en Andorra vendían unas lentes de contacto para cambiar el color de los ojos, que podríamos comprar pelucas, postizos, algunas prótesis...

—¿Protiqué?

—Las prótesis que nos cambiarán la forma de la cara, seremos hombres sin entidades.

Los tres me miraron con cara de flipados. Lo pensaron y les acabó pareciendo una

idea genial y, así, a través de los contactos que hicimos y que el Hongos conocía a no sé quién, en un par de días nos llegó desde Andorra todo el material, las prótesis y las lentillas (cada uno con el color que le apetecía más). Nos miramos delante de los espejos, ya cambiados, y casi no nos reconocíamos.

Cara Cortada dijo:

—¿Os acordáis de la primera vez que atracamos vestidos de travelos? Estabais muy buenas, estabais para follaros enteras.

Le habría soltado un guantazo si no fuera porque en el fondo sabía que reír en esos momentos era fundamental.



Las ocho menos diez de la mañana. Cara Cortada, que conducía el 124 *Sport*, aparcó dos calles más arriba. Habíamos controlado los alrededores y sabíamos que la cuartelillo más cercano estaba a más de veinte minutos. Los tres bajamos despacio, silbando, tranquilos. Yo llevaba mi Magnum 357 en la espalda y ellos dos las Star 28, y unas cuantas bolsas vacías.

—Cuidado, que las Star 28 ya sabéis que se encasquillan —dijo Cara Cortada.

—No vamos a disparar —replicó el Hongos.

Entramos en la caja enseñando la Magnum.

—¡Quieto todo el mundo! ¡Esto es un atraco! —grité.

Miramos a un lado, miramos al otro... y no había nadie, ni un cliente, ni un empleado en la sucursal. Estaba completamente vacía. Me volví para mirar al Hongos y a Nariz Rota, que se encogieron de hombros sin entender nada.

Repetí, esta vez más fuerte:

—¡Me cago en Dios! ¡Quieto todo el mundo! ¡Esto es un atraco!

Y otra vez un silencio sepulcral. No salió nadie. Allí no había ni un alma.

—No lo vuelvas a intentar, Tiburón —dijo Nariz Rota con una sonrisa de oreja a oreja—. Cogemos la saca, la llenamos y nos vamos.

Dicho y hecho.

—Pero necesitamos al empleado para que nos abra. Está cerrado. Si no, nos podremos llevar el dinero —dijo el Hongos.

Tenía razón el muy cabrón. Toda la razón. Era un pequeño detalle que habíamos pasado por alto. ¿Y dónde íbamos a encontrar a ese hijo de puta? Pero como si fuera un animal, por instinto, salí de la caja y, nada más pisar la calle, vi que en la esquina había un bar. Estábamos en España, todo el mundo sabe que las mejores oficinas son el bar de la esquina. Con la tranquilidad típica de los pueblos, el empleado había salido a fumarse un cigarrillo y a desayunar un poco. Entré en el bar, me acerqué a la barra y pregunté si estaba el encargado del banco. Desde el fondo, en una mesita, un hombre levantó la mano diciendo que se terminaba el café y que me venía a atender

lo más rápido posible. Le dije que no había prisa, bueno que había un poco de prisa pero que se podía terminar el café tranquilamente.

—Me pones un orujo —le pedí al chico de la barra.

El empleado, más contento que unas pascuas, terminó el desayuno y, aún con los labios manchados y con el corazón en la boca, salió a la calle.

—¿Quiere hacer un ingreso? ¿Retirar dinero? ¿Necesita un plan de pensiones? Estoy a su disposición...

—Me lo estoy pensando... —le contesté muy calmado.

Nada más pisar la sucursal y cuando vio a Nariz Rota y al Hongos, le expliqué que nada de eso, que era muy amable, pero que habíamos venido a otra cosa. Desenfundé la Magnum 357 de mi espalda y, encañonándole la sien, le pedí:

—Queremos atracar esta oficina.

—¿Qué? —Empezó a temblar.

El Hongos llenó las bolsas lo más rápido posible. El hombre, quizás de los nervios, empezó a encontrarse mal —o quizás el desayuno se le atragantó— y empezó a vomitar a chorros.

—¡Joder! —gritó el Hongos.

Parecía una puta fuente de vómito. Cogí las llaves con las que el hombre nos había abierto y lo encerré detrás del mostrador. Y más vómitos. Y salimos cagando leches de allí.

—¡Qué pasen ustedes unos buenos días! —dijo ya detrás del mostrador, entre vómito y vómito.



Teníamos dieciocho millones, más los otros guardados. Si hacíamos un par de atracos más, podríamos comprarnos una casa muy guapa donde fuese, en Albacete, por ejemplo. Es donde le hacía ilusión a Cara Cortada.

—En Albacete no hay nada... —protestó el Hongos—. Si fuera una puta, ¿te la follarías? Seguro que no, cabrón.

—Mejor, será nuestro centro de operaciones. Estaremos más tranquilos y seguros.



Antes de llegar a Albacete, pasamos por muchos pueblecillos; en cada uno cogíamos lo que podíamos de dinero. Habíamos recuperado la forma. Era cierto, ir en bicicleta nunca se pierde. Y atracar era más adictivo de lo que recordábamos.

Por esas cosas de la carretera llegamos a Benavente, No conocíamos bien el pueblo, pero no parecía haber problemas a la vista. Viendo que no había vigilancia, gritamos:

—¡Esto es un atraco, quieto todo el mundo!

Había dos clientes y un empleado de espaldas. Solo un cliente se tiró al suelo, el otro nos miró y el empleado ni se inmutó, como si no nos hubiera oído.

—¿No me has oído, hijo de la gran puta? ¡Esto es un atraco! Te vuelves y metes todo el dinero que tienes en esta puta caja o te meto tantas balas en el cuerpo que parecerás una estatua de metal...

—Es sordo —dijo uno de los clientes—. Lleva una nota escrita por su hermano, que está de baja, ahí lo explica todo.

Me acerqué al cristal y justo en ese instante se volvió chaval, que tenía unos orejones como Dumbo y gafas de culo de botella. Me hizo un gesto con la mano y me pasó un papel que decía:

Disculpen las molestias, por una enfermedad hoy estoy de baja y he enviado a mi hermano, quien ahora mismo le ha pasado el papel. Sufre una disminución auditiva, le ruego sea comprensivo.

Empecé a vocalizar mucho:

—Es-to es un a-tra-co. Da-me to-do el di-ne-ro...

El chaval no sé si hacía el sordo, el sueco o si realmente no entendía una mierda de lo que pasaba. Y eso que yo llevaba mi Magnum. Por suerte, el cliente, muy amable, me dijo que él era intérprete de signos.

—Si quiere, usted me va diciendo y yo voy traduciendo.

De esta forma poco ortodoxa, llenamos las bolsas. Al chaval se le veía muy tranquilo por ser su primer atraco. Justo cuando íbamos a irnos, el traductor me pidió:

—Oiga, ¿me podría dar el cinco por ciento?

—¿El cinco por ciento? No sabemos cuánto dinero hemos cogido... —Le intenté explicar.

—Está bien... pero algo sí, ¿no?

—De acuerdo, de acuerdo. —No quería escucharle más y se nos hacía tarde.

Saqué un fajo con billetes de cinco mil y se lo lancé.

Alguien a lo lejos comenzó a gritar:

—¡Policía! ¡Policía! ¡Policía! ¡Policía! ¡Policía!



Bajamos con los coches hasta Extremadura. Si seguíamos así, nos haríamos toda la geografía española. Zafra, muy bonito, de postal. Otra fuente de dinero fácil.

Entramos en un banco.

Estaba todo casi vacío, solo había un empleado y un cliente. Como siempre, como

si fuera una rutina, saqué la Magnum 357 y grité haciéndome el feroz:

—¡Esto es un atraco, todo el mundo al suelo!

Los dos se quedaron mirándome como si no entendieran nada.

—Sí, sí, a vosotros dos os lo digo, que ya estáis sacando el dinero, que esto es un atraco.

Ellos se volvieron a mirar y entonces empezaron a reírse de una forma exagerada. No se lo creían. El cliente, con un tono jocosos, dijo:

—Esto es una broma, Paco. Estos tíos están grabando un programa de esos para la televisión. Esto tiene que ser una broma.

Los miré con cara de pocos amigos.

Pero el empleado de detrás del cristal le siguió la corriente:

—Sí, tiene razón, don Casimiro, mire qué caras llevan estos tíos. Seguro que salen de la televisión, han escogido a actores monstruos. Esto no puede ser verdad...

Y volvieron a reír.

Nariz Rota, que ya tenía la paciencia por los suelos, encañonó, a uno directamente a la cara. Ellos se volvieron a mirar y dijeron:

—Ahhh, claro, lo que tenemos que hacer es seguirles la corriente para la televisión.

Miré a Nariz Rota y le propuse:

—Déjame a mí... —Me acerqué a los hombres—. Sí, sí... es todo para la televisión, pero tenemos que hacer que parezca lo más real posible. Si no, nos van a echar.

—De acuerdo —dijo el empleado—. Pero ¿dónde están las cámaras?

—Fuera —contesté—. Nos están esperando. Ustedes, lo que tienen que hacer es llenar las bolsas con el máximo dinero posible. Y después, al salir, les darán una felicitación y unos billetes para ir a Madrid, a Televisión Española, a un concurso. Será genial.

—¿Cómo se llama el concurso? Lo digo por si lo veo, o por mi mujer, que está todo el día enganchada...

—Se llama... se llama... —No sabía qué cojones decir.

El Hongos intervino.

—Se llama *Un atraco perfecto*.

—Y si lo hacen muy bien —añadí—, les darán un premio.

—¿Qué premio? —dijo el cliente encantado.

—Un viaje muy lejos, y un piso en... Torre vieja.

El empleado, más contento que un ocho, me llenó las bolsas de dinero.

—Pero ¿esto lo van a devolver?

—Sí, sí, claro —respondí—. Esto solo es para la televisión, lo enseñamos y luego se lo vuelven a quedar. Pero lo tiene que hacer lo más rápido posible, porque, si no, no le van a dar el premio.

Nunca había visto a un empleado de banca llenarme las bolsas de dinero con tanta

alegría y tanta efectividad. Al salir les dijimos que esperaran un par de minutos, que ya llegaban los de la televisión, y, mientras ellos esperaban, nosotros huíamos para siempre.



Y, por fin, pusimos rumbo hacia Albacete. Ya era hora.

Cuando nos compramos la casa (un palacete) con un terreno de 300 metros cuadrados, montamos una fiesta de lujo. Invitamos a la mayoría de las putas de la comarca. Yo avisé a mis socios de que no era buena idea que estuvieran por ahí porque teníamos el dinero, la droga y las armas, y las muy cabronas podían husmear más de la cuenta.

Pero reconozco que la primera noche en nuestra mansión de Albacete fue un pasote, venga caballo y coca, con coños en cada habitación, tres o cinco coños por cabeza. El Hongos iba loco de un coño a otro.

—Es una cuestión culinaria. Quiero saber si saben todas igual. Y tengo una teoría: cada coño de cada continente tiene un gusto... que no tiene nada que ver. Es especial...

A las doce del mediodía del día siguiente echamos a las putas porque empezaban a merodear por donde no debían. Me subí a mi cuarto, y entonces tuvimos una visita inesperada. Yo ya estaba en la cama, y de pronto oí el timbre, después un silencio, gritos de alegría, después otro silencio y por fin, alguien subiendo la escalera.

—Tiburón, ¿estás durmiendo? —Era el Hongos, casi susurrando.

—Sí. ¿Qué coño pasa?

—Tienes una visita.

—¿Ahora? No me jodas... —dije aún con los ojos cerrados.

—¿Te acuerdas de la Bombacha? La argentina que trabajó en el Venus. La novia de don Pedro...

¡Hostias! Como si alguien me hubiera vomitado los recuerdos, vi la cara de la chica y recordé su voz, su acento, su culito pequeño pero afilado y las veces que había dado la cara por nosotros cuando estábamos en apuros. Me incorporé.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Baja. Tenemos que contarte algo.

Por la cara del Hongos intuí que las cosas, que parecían mejorar, volvían a pintarse de mierda. Bajé la escalera lentamente hasta el salón. Y entonces la vi sentada en el sofá, con los ojos de haber llorado (o de haber fumado demasiado), y le temblaban las manos sujetando la cerveza. Me acerqué a ella para abrazarla y, cuando la tenía entre mis manos, con un hilo de voz dijo:

—Tiburón, tu padre ha muerto.

CAPÍTULO 7

Tanatorio de Sancho de Ávila

Las palabras de la Bombacha quedaron flotando en el aire como no si fueran reales. El tiempo, de golpe y porrazo, se paró. A lo mejor no lo había entendido bien, a lo mejor era un sueño, y aún estaba arriba, en mi habitación, y dentro de unos segundos me despertaría.

Me froté los ojos.

¿Había entendido perfectamente cada sílaba de las palabras que habían salido de su boca?

—Tiburón, tu padre ha muerto.

Me quedé inmóvil, de pie, mirando a mis socios, y, de pronto, todo el alcohol, toda la droga que tenía dentro de mi cuerpo se desvaneció por arte de magia. Me tambaleé un poco, y antes de caerme, me senté en el sillón del salón que tenía más cerca. La argentina no lo pudo evitar y, con las manos que le temblaban sujetando el vaso, empezó llorar. El Hongos le preguntó:

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? ¿Cómo lo sabes? ¿Quién cojones te lo ha dicho?

—Desde que os largasteis de Barcelona, las cosas han cambiado —contestó un poco más serena—. El comisario Ramírez se ha vuelto loco, hay menos sitios donde putear, casi tenemos que escondernos en la calle. Algunas estamos en las Ramblas, por la calle Pelayo... —Hizo una pausa para coger un poco de aire—. Todo es mucho más difícil. El ambiente no es lo que era, porque, después del atraco en el Vegas Gold, todo se estropeó.

La Bombacha era muy pequeñita, incluso podía parecer una muñeca frágil, pero yo la había visto lidiar con más de un hijo de la gran puta y tenía una fuerza que le salía de las entrañas. Ahora parecía un pajarito moribundo. Nunca la había visto así...

Según nos contó, ella se había enterado por la señora Remedios, la amiga de mi madre. Se encontraron por la calle. Mi padre había muerto el día antes. La Bombacha empezó a devanarse los sesos para encontrarme. Y lo hizo gracias (nunca lo hubiéramos dicho) a los hongos de los huevos del Hongos. ¡Menuda redundancia!

La Bombacha había seguido el rastro de los hongos y de las infecciones que había ido dejando el Lolo, como si fueran las migas de pan de Hansel y Gretel. Una de sus amigas, puta como ella, había hablado por teléfono con una puta de Ferrol que hacía unas semanas que no podía trabajar porque uno de sus clientes, «un hijo de puta que olía fatal y follaba peor», le había contagiado unos hongos en el coño.

Y así, de hongo en hongo y de coño en coño, y tiro porque me toca, la Bombacha, más lista que una zorra —¡menuda redundancia otra vez!— me había localizado.

Los tres se quedaron mirando al Hongos, que, con una media sonrisa, no sabía qué decir. Yo estaba absorto, sentado en el sillón, perdido dentro de mí mismo como si fuera un laberinto, buscando a mi padre, pensando en la última vez que lo vi, y pensando en la última vez que hablé con él.

No podía imaginar lo que estaría sufriendo mi madre... y calculé rápidamente que, si mi padre había muerto el día anterior, el tiempo iba en mi contra. Tenía que coger el coche lo más rápido posible e ir corriendo al entierro. No podía dejar sola a mi madre ni un minuto más.

La Bombacha ya no podía ayudarme. Me comentó que el entierro estaría muy vigilado por la policía —eso ya lo suponía yo—, y que seguramente tendría muchos problemas para moverme tranquilo, que las calles ahora estaban llenas de chivatos. Tenía que ser muy precavido. Pero yo quería darle mi último adiós, quería saber cómo había pasado, porque la última vez que hablé con mis padres por teléfono estaban bien. Quizás un poco angustiados por mi huida, pero nunca noté en su tono de voz ni un atisbo de peligro...

—Creo que fue un accidente... —dijo la Bombacha.

—¿Un accidente?

—Eso dicen —contestó insegura.

—¿Qué tipo de accidente? ¿Con el coche? ¿Por la calle, resbalando?

Pero la Bombacha tampoco tenía las respuestas. Acordamos, al recoger mis cosas, que ellos se quedarían allí, en Albacete, que se relajarían, que dejarían los atracos por un tiempo porque teníamos el dinero suficiente. Cara Cortada y Nariz Rota buscarían contactos para empezar a vender droga. Seguro que podían mover algo por Albacete. Algunos contactos, algunos billetes... No podía ser muy complicado.

Pero en mi cabeza yo solo tenía a mi padre.

Eran las doce del mediodía, no había dormido una mierda, tenía los ojos como platos, pero no podía tardar ni un minuto más, sabiendo que mi madre sufría sola, a unos seiscientos kilómetros. Les dije que me llevaba el Porsche SC. Y antes de arrancar me di cuenta de que me dejaba lo más imprescindible: los postizos, las lentillas, una bolsa con un fajo de billetes y unas Star 28.

La Magnum 357 siempre iba conmigo.

Me largué a toda hostia a Barcelona. Pisando el acelerador, como si mi pie fuera una tabla, me planté allí en tres horas. Me detuve en una gasolinera para llenar el depósito y comer algo. No tenía ni pizca de hambre, pero lo necesitaba para filtrar la mierda que llevaba dentro. Durante las tres horas de trayecto me acribillaron los recuerdos y las dudas. Me acordé de la primera vez que mi padre me enseñó a cazar en el pueblo, a sujetar la escopeta, cómo se colocaba el cuerpo, la paciencia, la puntería, la tenacidad y sobre todo recordé su voz, dándome consejos para luchar contra la vida.

—Fíjate, los animales se aclimatan o se aclimueren. Esto lo tienes que tener muy claro, Hugo.

Me acordé de la mañana de primavera que, paseando por el bosque y apuntando a un jabato, intenté disparar al más pequeño de toda la manada. Justo cuando iba apretar el gatillo mi padre me dio un codazo y me hizo fallar el disparo.

—¿Qué haces, papá? Ya lo tenía en el punto de mira, no podía fallar... —No entendí su reacción.

—Nunca dispires al más pequeño, Hugo, siempre tienes que apuntar al más grande, al que tiene poder. Nunca hay que aprovecharse de los que no tienen nada, la gente que dispara a los más pequeños son unos verdaderos cobardes...

Mi padre, a su manera, durante aquellos largos paseos me enseñaba las cuatro nociones básicas de la ética y la lealtad, que me sirvieron después para toda la vida.

Acercándome ya a Barcelona, me vino de sopetón las tardes que con once o doce años me enseñaba a conducir. Como aún no llegaba a los pedales, me sentaba en sus rodillas. Y él controlando los pedales y yo con las manos en el volante, me hacía aparcar el coche o bajarlo por la rampa del *parking*. Mi padre me enseñó que el cuidado de un coche era como el de una pistola: si uno no lo manejaba bien podía matarte.



Yo tenía tantos enemigos en Barcelona que era imposible saber si había sido un accidente o no, o quién coño había movido los hilos para que lo pareciera. Podía ser algún amigo del Tosco, algún familiar suyo —como ya nos había pasado con el aduanero Morón—, podrían ser el Fumatis o el Espía, que, después del atraco en el Vegas Gold, no habíamos sabido nada de ellos, si estaban en la trena, o si habían podido escapar, y si querían desquitarse por haberlos dejado en la estacada. Quizás había sido cosa del comisario Ramírez, que nunca pudo conmigo cuando me torturó en aquella comisaría hasta hacerle perder la paciencia, porque yo aguantaba como un loco. O cualquier hijo de puta que echamos del Venus, cualquier resentido... Era imposible saberlo...



Lo primero que hice al llegar a Barcelona, fue dejar el coche en un *parking* justo en la entrada de la Diagonal. No podía dejarlo en ningún descampado, (era un Porsche) y tampoco quería moverme por la ciudad con él porque llamaría demasiado la atención. Antes de bajar del coche, me puse la peluca, las lentes de contacto, los postizos que me cambiaban la cara, el pañuelo alrededor del cuello... Mirándome en el retrovisor vi que daba el pego, ni me reconocía yo mismo...

Además ya llevaba la ropa que no tenía nada que ver con la vestimenta habitual del Tiburón. Parecía un comercial, o un ejecutivillo.

Volver a pisar Barcelona fue una sensación muy extraña. Paré el primer taxi y me dirigí hacia casa de mis padres. No sabía dónde se celebraba el funeral y quería estar por el barrio, ir al bar de siempre, y escuchar alguna conversación. Si podía encontrarme con mi madre, en algún lugar que nadie nos viera, le explicaría que era su hijo y la abrazaría con todas mis fuerzas.

Entré en el bar, donde conocía al matrimonio que lo llevaba desde que yo era un enano, y no me reconocieron. Eso me tranquilizó, porque si ellos que me habían visto crecer no se habían dado cuenta de que era Hugo el Tiburón, lo más seguro era que ni Ramírez ni los socios del Tosco, ni nadie, supieran quién era yo en realidad.

—Un café solo.

—Marchando, joven —dijo Manuela con su aire desaliñado.

Fingí que leía el diario, para poder escuchar las conversaciones. Cualquier información era buena. Pero nadie dijo nada. Se veía demasiado ajeteo, un ir y venir constante de gente... Pregunté a Manuel si había pasado algo y me contó que Miguel (mi padre), un hombre muy querido en todo el barrio, muy trabajador y con un negocio de coches desde hacía unos años, había sufrido un accidente la noche pasada por el barrio.

—¿Un accidente? ¿Qué tipo de accidente? —pregunté, procurando disimular mi interés.

—No se sabe muy bien. Parece que lo atropelló un coche al cruzar un semáforo en rojo —contestó Manuel.

Se me cayó la cuchara del café en el suelo.

—¿Al cruzar en rojo? ¿Quién, mi padre o el coche?

—¿Cómo?

—Perdón... estoy algo confuso. ¿Quién cruzaba en rojo?

—Miguel —contestó, y una voz desde el fondo del bar le pidió un carajillo.

Las máquinas tragaperras con su música repetitiva y colores relucientes me distrajeron hasta que Manuel volvió.

—¿Se encuentra usted bien? —me preguntó.

—Sí, sí —respondí—, solo que he dormido poco.

—Usted no es de aquí ¿verdad? —me dijo—. Me suena pero no sé de qué... Por aquí pasa mucha gente, a lo mejor me confundo... A ciertas edades uno ya no sabe lo que es verdad y lo que no...

—«Lo que es verdad y lo que no» —repetí en voz baja.

Yo sabía que mi padre nunca cruzaría un semáforo en rojo, quizá lo hubiese hecho (caso improbable) con treinta años, pero con casi sesenta...

Las piezas no encajaban.

Salí a la calle, a ver si veía a alguien en casa de mis padres, pensé que mi madre estaría en el tanatorio, esperando que pasara la gente a saludar, los vecinos, los compañeros de la fábrica, los primos del pueblo... Yo quería acercarme, pero estaba convencido de que algún curioso preguntaría que de qué lo conocía, que cuándo

habíamos coincidido, y todo el etcétera...

No me apetecía responder a preguntas.

Por unas vecinas que pasaron comentándolo supe que mi padre estaba en el tanatorio de Sancho de Ávila. Fui hacia allá en un taxi. Una vez allí, intenté pasar lo más desapercibido posible; husmeaba en los otros funerales, de vez en cuando salía a fumarme un cigarrillo, a comentar la jugada con alguno que pasaba por ahí, y, cuando vi a tantísima gente en la capilla ardiente de mi padre, intenté escabullirme entre la multitud. Reconocí a mi madre, y mi madre me reconoció a mí.

—Hugo... —susurró mirándome.

Le hice un gesto muy pequeño. Pero lo entendió todo. Intenté acercarme y decirle algo, buscar un lugar más idóneo. Ella, muy discreta —con auténtica telepatía—, se limpió las lágrimas, y se fue hacia el lavabo. Dijo a la señora Marina (una amiga suya que vendía flores en las Ramblas) que quería estar sola y yo entendí el mensaje.

Entró ella primero y, después de un par de minutos, llamé a la puerta del baño de las mujeres y me abrió. Nos abrazamos. Queríamos decirnos muchas cosas, pero entonces solo podíamos llorar. Le dije que no podía estar allí, que todo el mundo quería mi cuello, y le pregunté por papá.

—Todo fue muy raro, Hugo. Recibimos una llamada a las siete de la tarde, diciendo que llamaban de tu parte.

—¿Quién?

—No recuerdo el nombre. Además, contestó tu padre. Dijo que era muy importante que fuera para allá. «La vida de tu hijo, el Tiburón, está en juego, si no le ayudas ya te puedes despedir de él»...

A mi madre le costaba encontrar las palabras. Le acaricié la cabeza para calmarla.

—Tu padre estaba muy nervioso. Pensamos que te había pasado algo. Yo le dije que no fuera, que tú nunca hacías esas cosas, que nunca nos involucrabas en tus historias, pero tu padre decía que si estabas en apuros te tenía que salvar. Bajó y en un semáforo un coche se lo llevó por delante.

—¿Qué coche? ¿Tienes la matrícula?

—Nadie lo vio —contestó mi madre, un poco más serena—. Salimos todos los vecinos para echar un ojo a la calle, porque el ruido fue terrible.

Después nos volvimos abrazar.

Alguien llamó a la puerta. Era Remedios.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—No te preocupes, Remedios, ya salgo.

Casi sin voz, le dije que la iba ayudar y que, aunque ahora no podía abrazarla delante de la gente, esa noche, en casa, hablaríamos tranquilamente. Mi madre, con la sonrisa triste y los ojos húmedos, me dijo que no me preocupara por nada, que tenía a Remedios y a Marina.

Cuando salió mi madre, aproveché para meterme una raya. Tenía el cuerpo a punto de caérseme al suelo del cansancio y necesitaba tener las ideas más claras. Al

cabo de cinco minutos, salí del baño y me confundí entre las caras de los amigos y familiares.

Pero, de pronto, entre la multitud reconocí un rostro que no tenía nada que hacer allí: el comisario Ramírez.

Se me descolocó el cuerpo.

¿Qué hostias hacía allí el comisario Ramírez?

Al momento pensé que, evidentemente, estaba allí para llevarme directo a comisaría, porque sabía a ciencia cierta que yo volvería por el entierro de mi padre, y era una oportunidad de oro. Me fijé en que iba con un par de policías, dos armarios vestidos de paisano. Buscaban de un lado a otro, a ver si me encontraban, y durante una fracción de segundo el tío me miró a los ojos (como mi madre), pero el comisario Ramírez no me reconoció.

Yo era un absoluto desconocido.

La misa fue como todas las misas, aburridas y tristes. Para mí, más triste de lo normal. Reconozco que quise llorar pero tuve que guardarme el llanto solo para mí. Sentí que un dolor inexplicable me atravesaba los huesos. Estuve casi toda la ceremonia sentado y cabizbajo. Salieron unos primos del pueblo a hablar de mi padre cuando era joven y recordaron un montón de anécdotas. Su voz —muy lejana— resonaba en mi cabeza como si fuera un eco en un valle.

Mi madre no dejaba de llorar en brazos de Marina y de Remedios. El cura, venido desde Montserrat (se encargó de repetir un par de veces lo duro que había sido el viaje), la miraba con compasión y no sé muy bien por qué en el sermón prometió que la bondad en la tierra será gratificada en el cielo y que la maldad en la tierra tiene sus consecuencias tanto en la tierra como en el infierno...

¡Menudo hijo de puta! No podía dejar de mirarle sin pensar que alguien le había untado los bolsillos para decir esas cosas.

Después de la ceremonia quise acercarme a mi madre. Pero era imposible, estaba rodeada de primos y amigos del barrio. Ella me miró un par de veces y nos entendimos. Así que —sabiendo que las cosas no estaban claras y necesitaría más información— me acerqué a Ramírez, aprovechando que no me reconocía y que los dos maderos de paisano, como no me habían encontrado, se habían ido con el rabo entre las piernas. Salió del tanatorio de Sancho de Ávila y en mitad de la calle, mientras esperaba a no sé quién, se encendió un cigarro.

Entonces, vestido de calle y casi irreconocible, el cura de Montserrat apareció al otro lado y, con un silbido, lo llamó.

¿Qué cojones tenían en común Ramírez y el cura?

Ahí algo olía mal.

Decidí entonces que sería lo más discreto posible. El comisario Ramírez cruzó la calle y se abrazó con el cura. Se dijeron un par de palabras y fueron andando muy despacio hacia un bareto de allí cerca.

Al ver que no tenían ningún miedo a ser descubiertos, yo salí del tanatorio,

controlando constantemente que ninguno de los dos policías de paisano apareciera de repente. Los seguí hasta el bareto.

Se sentaron al fondo del bar. Yo a la barra, a cierta distancia prudente, para no ser reconocido y poder escucharles. Me pedí un cortado, y el cura dijo:

—Me vuelvo esta misma tarde para Montserrat. Esto no me gusta nada. —Tenía un tono muy severo y un poco nervioso—. ¿Por qué me has puesto en tal situación, hermano? Tú sabes que puedes contar conmigo, pero estoy harto de ir detrás de ti teniendo que limpiarte la mierda...

El comisario Ramírez, después de dar un largo trago a su cerveza, le contestó:

—Tiburón es el hijo de puta más grande de esta península. He hecho todo lo posible para cogerlo. El muy cabrón, aparte de ser un atracador, un asesino y un narcotraficante resulta que era un putero, ¿sabías que, de un mordisco, le arrancó la yugular a un policía de los míos? Además, ya estuvo en prisión y allí tuvo altercados. Está en busca y captura, y nadie sabe dónde cojones está... Necesito encontrarlo, necesito tenerlo cerca...

El cura parecía muy nervioso. ¿Era su hermano? Todo me parecía entonces más claro. Tramaban algo.

—Esta vez no se escapará —concluyó el comisario.

—Me parece muy bien —contestó el cura—, pero tus métodos, ya lo sabes de siempre, hermano, me parecen demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Demasiado brutos.

—Tenemos algo en común, no te lo voy a negar, a los dos nos gusta repartir hostias. —Entonces lo cogió de la mano—. Lo sé, no te preocupes, por eso te compenso como puedo. Yo también hago esfuerzos y te estoy muy agradecido.

El comisario Ramírez sacó un fajo de billetes de un sobre y disimuladamente se lo entregó al cura, que no tuvo ningún reparo en contar cada billete allí mismo.

—Está bien... —dijo el cura un poco más aliviado—. Pero esto no se nos puede ir de las manos, si se enteran en Montserrat nos va a caer el pelo.

Me quedé congelado. Se me cayó la cucharita del cortado en el suelo. Un camarero, muy educado, me la recogió.

—¿Está bien? —preguntó al verme pálido como el papel de fumar.

—Sí —contesté sin mirarlo.

Si había entendido bien, Ramírez estaba detrás del accidente de mi padre... Ramírez le puso la trampa. Lo había sospechado vagamente desde el principio, pero ahora que sus palabras hacían de mis sospechas unas verdades como puños... me temblaban las piernas y no podía dominar la furia de saltarle encima y arrancarle la yugular de un mordisco a él también. Respiré profundamente y supe que tenía que pensar con claridad, no podía dejarme llevar porque, si ahora me cargaba a Ramírez y a su hermano, el cura, sería, en palabras de mi padre, «pan para hoy y hambre para mañana».

Después se levantaron, se abrazaron delante del bar y cada uno se fue por su lado. Mientras se alejaban, miré al comisario Ramírez y supe que tarde o temprano mis manos (o las suyas) terminarían manchadas de sangre.

Lo dice la Biblia: «Ojo por ojo, muerte por muerte».

O debería decirlo.

CAPÍTULO 8

La calle de los besos

Aunque había policías merodeando cerca de la casa de mis padres, decidí pasar la noche con mi madre. Ya no tenía nada que perder, incluso me apetecía un poco de *rock'n'roll* con algunos maderos. Cuando Remedios y Marina se fueron del piso, pasada la medianoche, entré en el portal, subí al rellano, me limpié las botas, llamé al timbre, y mi madre me abrazó con todas las fuerzas que no había podido durante el entierro.

Todo estaba igual que antes. Cada mueble, cada cuadro, las vistas desde el balcón. Mi habitación también estaba intacta, los mismos pósters, la misma cama donde años atrás había planeado el primer atraco con la banda de los travelos, donde me había propuesto montar una discoteca (el Venus) y donde mi padre charló conmigo para contarme los secretos de una empresa fantasma para que nunca nos pillara la policía.

Después de cenar hablé con mi madre y le conté que por mí no se tenía que preocupar, que yo estaría unos días por Barcelona solucionando unos problemas y que después me volvería a donde estaba.

—¿Dónde estás, Hugo? Dime dónde estás.

—No puedo, mamá —le contesté muy sereno.

—¿Por qué? Me gustaría saber de ti, enviarte cartas o ponerme en contacto con más facilidad.

—Te entiendo. Pero cuanto menos sepas, mejor.

Encendí un cigarrillo y continué:

—Mira, haremos una cosa. ¿Sigues yendo cada martes a casa de la señora Remedios a jugar?

—Claro. Ahora nos hemos aficionado al póquer.

—¿Cómo?

—Sí, sí..., pero no te creas que apostamos mucho dinero. Apostamos legumbres. Garbanzos de Fuentesauco, judiones de La Granja...

Me quedé a cuadros.

—Está bien. Tú procura ir cada martes a casa de la señora Remedios. Yo me pondré en contacto contigo llamando allí. Así, seguro que nadie sospechará.

Ella, con lágrimas en los ojos, y un pañuelo en la mano, me contestó que no me preocupara, que sabía cuidarse sola, que tenía a sus amigas, que estaba bien y que podía ir tirando. Su única preocupación era que yo no sufriera y que pudiera seguir con mi vida.

Antes de dormir, eché un vistazo por la ventana por si seguían allí los pestañí, pero no había ni rastro de ellos.



Mientras tanto mis socios continuaban en el palacete de Albacete. Por lo que sé, la Bombacha se hartó de ellos. La entiendo... Les decía que no tenía ganas de follar, que la dejaran en paz, y cada noche el Hongos llamaba a su puerta y le ofrecía cinco o diez mil pelas por una mamada.

—Precio de amigo. Ganas mucho más comiéndome la polla a mí, que en tres días en la calle Pelayo.

Al principio todos se lo tomaban a risa, incluida la Bombacha, pero la argentina se acabó hartando y, una vez, con un cuchillo estuvo a punto de rajarle el cuello del Hongos.

—No te sulfures, muñeca, solo quería probar.

—Soy puta. ¿Sabes qué quiere decir eso? Que yo mando sobre mi cuerpo.

—No eres tú la que mandas, es este. —Y Nariz Rota le enseñó un billete.

Finalmente, la Bombacha, con uno de los mejores culitos que he visto en mi vida y con uno de los caracteres más fuertes que he conocido, decidió largarse para no tener más problemas.

Se fue a media tarde, después de comer, sin avisar a nadie. Nunca supieron adónde.

Así que Cara Cortada, Nariz Rota y el Hongos empezaron a hacer contactos, y nuestro nombre ya sonaba por algunos barrios de Albacete donde se vendía droga. Es verdad que la droga manchega no era muy buena, no era muy buena comparada con la que nosotros nos metíamos y repartíamos por las calles. La droga, como las palabras, pasa de nariz en nariz, y de boca en boca, y rápidamente se supo que a las afueras de Albacete había cuatro chavales con dinero y con ganas de comerse el mundo. Yo ya les había advertido un montón de veces. Les había repetido que no invitaran a más putas, que nunca tenían que venir más putas a nuestra casa. Pero descubrí que si Mahoma no va la montaña, la montaña va a Mahoma... por extraño que parezca.

Salían por las noches a algunas discotecas de la zona y a menudo se enzarzaban a puñetazos con los primeros que encontraban. Luchas de puta madre, según sus palabras. Sin balas, que siempre joden porque siempre hay algún tiro perdido que va a parar a donde no debe. Pero a veces iban con premeditación. O sea, con bates de béisbol o puños americanos. El resultado: dientes rotos y sangre chorreando.



Yo soñé con Maribel y me desperté tarareando sus canciones.

A la mañana siguiente me despedí de mi madre. Salí de nuevo a las calles del Turó de la Peira, con mis postizos y mis lentillas. Tenía que hablar con un par de

contactos, gente que me pudiera decir dónde vivía el comisario Ramírez.

Me vino a la cabeza el camarero de ojos azules del Zurich, en plaza Cataluña. Siempre atento y siempre silencioso. Él fue de los primeros que me vio salir de la trena, un buen contacto cuando las cosas iban mal. No nos conocíamos mucho, es verdad, pero la intuición me decía que podía confiar en él. Estaba todo el día con el ojo puesto en la calle y tenía unas buenas orejas para escuchar. Me acerqué al Zurich, y no pude evitar el recuerdo, al ver la esquina de la calle Pelayo, de la Loli, en su sitio de cada tarde, saludando a los clientes y con un cigarrillo a medias entre los dedos. El camarero de ojos azules no me reconoció. Me senté a una mesa de la terraza, levanté la mano, le pedí un anís y cuando volvió le pregunté:

—¿El mar sigue lleno de tiburones? —Y le guiñé un ojo. Se quedó callado, sin saber qué decir, con una mueca de extrañeza en la cara. Parecía que no había entendido bien la pregunta. Me miró y le hice un gesto para que fuera discreto. Entonces sí, lo entendió todo. Se sentó unos minutos conmigo y yo le expliqué toda la situación: nuestra huida a Ferrol, nuestros problemas con la policía y la muerte de mi padre. Él me contó que corría por las calles de la ciudad que el Tiburón volvía a nadar. Pero que esta vez había más pescadores que nunca, y con ganas de darle al anzuelo y cortarle la aleta.

—La gente no sabe si estás aquí o si te has largado.

—Eso es bueno. Así no lo saben.

—Si te cogen, te van a joder vivo.

—Que lo intenten —le dije con calma—. Eso no me preocupa, lo único que necesito...

—Dime, lo que quieras —me contestó atropellando mi frase.

—Necesito una información.

—¿Cuál?

—Necesito saber dónde vive el comisario Ramírez.

Se quedó unos segundos en silencio. Por supuesto, no era una información fácil, se necesitaban contactos, dinero, y nos jugábamos su piel y la mía. Dudó. Yo veía cómo su cerebro iba a mil por hora. No le quise presionar, pero le hice entender que para mí era muy importante y que sería recompensado de la mejor forma.

—¿Qué estarías dispuesto a dar?

—Todo.

—¿Todo? Piénsalo bien, Tiburón.

—Todo —repetí aún más convencido.

Me dijo que no tenía esa información, y que no sabía muy bien cómo conseguirla. Lo llamaron de otra mesa. Se levantó y yo aproveché para tomarme mi anís. Miré el reloj. Se me hacía tarde. Justo cuando iba a pagar, volvió a aparecer, me sujetó de la mano y me citó:

—A las doce de la noche en la calle de los Besos...

No tenía ni puta idea de dónde estaba esa calle. Le pregunté a un taxista. El tío no

lo sabía pero sacó la guía urbana de Barcelona y la encontró. Era una callejuela muy estrecha por el Arco del Triunfo.

No tenía otra opción.



El Hongos, una noche, propuso a ir a un local de Alicante. Por una vez parecía que iban a hacerme caso.

—No sé si son mejores putas. Pero son nuevas, creo que las traen de Rumanía, muy jóvenes y guapas, y huelen bien... Aquí la mayoría de las putas huelen a fracaso.

Así que cogieron el coche y en un santiamén se pimplaron 170 kilómetros como quien se bebe un trago largo de cerveza... Se sentían jóvenes como las primeras madrugadas que celebrábamos los atracos. Los tres iban de caballo y cocaína hasta arriba, incluso querían probar cosas nuevas, mezclar pastillas de colores... Querían meterse de todo hasta el culo. No podían dejar de troncharse. Encontraron la discoteca, llamada Inferno, y bailaron sin buscar pelea porque tenían ganas de follar y las putas se les frotaban como si puliesen cera. Lo cual les pareció de perlas, porque iban los tres empalmados desde el minuto uno.

Las chicas les comentaron que si querían pasar una noche con ellas, eran diez mil, y todo un día, cincuenta mil.

—¿Con quién tenemos que hablar? —preguntó Cara Cortada.

Y entonces se presentó la *madame*. Una mujer de unos sesenta años, bajita, con bigote, nada que ver con la *madame* francesa del Vegas Gold. Su nombre era Rosa, pero la llamaban la Sargento. No sonreía nunca, tenía tan mala hostia que ponía firmes a todos los porteros de la discoteca, e iba tan perfumada que a metros de distancia uno podía saber que estaba en la misma habitación que ella.

Negociaron un precio con la Sargento. Les dijo que por llevarse a seis chicas — dos por cabeza— les hacía una rebaja de diez mil pelras por día y por chica.

Total: 40 000 por cabeza.

6 chicas: 240 000 pesetas.

Les dejaron cuarenta mil de propina, porque para Cara Cortada mejor ir con los números bien redondos. Joder... Pero antes de irse, en un privado de la discoteca, quisieron ver un pase de las chicas para escoger cuáles serían las afortunadas.

—¿A alguna de vosotras le gustan mucho las setas? —propuso Cara Cortada en tono de intriga.

—¿Por qué? —preguntó una rusa.

—A mí, sí —contestó una española.

—Puede que sea tu noche de suerte...

—No te entiendo...

—Cuando le veas los huevos a este —dijo señalando al Hongos—, lo vas a

entender.

Se llevaron dos nórdicas, dos cubanas y dos españolas.



Esa misma noche, en la calle de los Besos, me esperaba el camarero de los ojos azules. Yo había llegado diez minutos antes de la hora fijada y estaba apoyado en una pared, fumando. Se me acercó sigilosamente.

—Ahora llegará mi contacto; a mí no me puede ver, porque nunca nos hemos visto la cara, solo nos conocemos por teléfono y un nombre en clave, no sabe de qué trabajo, no sabe nada de mí. Tiburón, dijiste que estabas dispuesto a todo, ¿recuerdas? No se trata de dinero. Hablad. Me parece que quiere algo que solo puedes ofrecerle tú.

Asentí con la cabeza, y me quedé pensando qué coño le podía ofrecer yo..., pero antes de abrir la boca, el camarero de ojos azules ya se perdía en el trajín del borne. Quise gritarle para que reulara, pero me fue imposible.

Iba pasando gente por la callejuela, y en cada uno yo veía a mi confidente (un anciano, un hombre de negocios, un chaval de quince...), pero todos pasaron de largo, hasta que de pronto, una chica de unos treinta y pocos, con el pelo muy corto, se me acercó por detrás y, sin tocarme la espalda, se me quedó mirando el pescuezo.

—No digas nada —dijo—. Sé perfectamente quién eres, y tú no sabes quién soy yo.

Me la quedé mirando con una media sonrisa; la chica sabía perfectamente lo que quería.

—Te voy a dar la información que necesitas. Está todo aquí, dentro de este sobre. —Entonces bajó el tono de voz—. Sé dónde vive el comisario Ramírez, sus rutinas y sus horarios... Es un verdadero hijo de puta. Te paso la información porque somos un grupo especial de asuntos internos. Queremos echar a ese mierda del cuerpo, queremos limpiarlo de arriba abajo, ¿me entiendes?

—Sí. —Y me quedé escuchando.

—Pero no te voy a dar esta información —continuó ella con su tono de confidencia— si tú antes no me das la información que yo necesito.

—¿Qué información? —Me olía que las cosas no iban a ser fáciles.

La chica hizo una pausa y se me acercó. La calle de los Besos de pronto estaba desierta.

—Necesito que me entregues a uno de tu equipo. Al Lolo, Andrés o Alberto, el que tú quieras.

—¿Cómo? Eso no lo voy a hacer —le dije convencido.

—Me parece muy bien —contestó ella—. Pero entonces, toda la información que necesitas del hijo de puta de Ramírez no la vas a tener.

No sabía que se trataría de una negociación. Recordé las palabras de mi padre: «Nadie da sin esperar nada a cambio», y tenía razón.

Dudé durante unos segundos... al final le dije que de acuerdo, que si ella me daba información de Ramírez, le iba a dar a uno de la banda.



En el casoplón de Albacete follaron a gusto con las cubanas, las nórdicas y las españolas. Quizás se lo pasaron demasiado bien porque, en medio del éxtasis, en medio de la raya y en medio del caballo, una de las chicas —una nórdica— les dijo que sus jefes —no la *madame*—, «sus jefes», repitió para que se coscaran bien, les querían conocer y hacer negocios con ellos.

Seguramente la chica no escogió el mejor momento para la propuesta, porque Cara Cortada, cachondo como un león, con los ojos en sus tetas, pensando en cómo se la iba a follar, le contestó:

—A la mierda con tus jefes, trae para aquí ese culito...

No sabíamos quiénes eran sus jefes, no sabíamos que, después de dejar a Cara Cortada sobando en la cama, más seco que el palo de un pobre, la nórdica aprovecharía para robar unos cuantos fajos de billetes y un par de bolsitas de coca.

Pero, de toda nuestra ignorancia, lo que pagaríamos más caro era no saber que la fiesta duraría tres horas más de lo que habían pagado, y que eso era una ofensa para los italianos, que eran los jefes de aquellas putas, y muy particularmente para Don Pietro.



—Me entregaré yo mismo —le contesté a la policía de asuntos internos en mitad de la calle de los Besos.

Se quedó con cara de no creérselo.

—Si quieres a alguien de la banda, seré yo.

Saqué las llaves del Porsche SC y le dije que se las daba. Que yo haría lo mío y que después, esa misma madrugada, me entregaría en la comisaría que ella me indicara. No me creyó. Así que tuve que insistir en que me daba igual perder algún año más en prisión, si con eso podía vengar la memoria de mi padre.

La de asuntos internos se quedó mosqueada, con las llaves de mi coche en la mano. Me miró de arriba abajo y aceptó. Entonces me entregó el sobre con toda la información sobre el hijo de la gran puta de Ramírez.

No me demoré, y esa misma noche decidí ir a buscarlo. A medio camino me entró el pánico: ¿no sería una trampa...?, me había puesto en manos del camarero de ojos azules... Agazapado en una de las esquinas de la calle París, Ramírez —según los

horarios que yo tenía—, debía sacar a pasear al perro. Y como marcaba el reloj y el uniforme, respetuoso de sus buenas costumbres, el comisario Ramírez salió.

Su pastor alemán, fuerte y ladrador, movía la cola entre nervioso y feliz. Paseaban disfrutando del atardecer. Me pregunté cuál sería la mejor forma de matarlo. En la Magnum todavía tenía balas. Pero si el muy cabrón había hecho parecer que lo de mi padre había sido un accidente, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo?

Estuvo paseando al perro unos diez minutos. Después saludó con la mano a los que debían de ser un par de vecinos, y volvió hacia su piso. Entré detrás de él, unos treinta segundos después, porque justo cuando iba a cerrar la puerta puse el pie, y Ramírez, sin darse cuenta (vaya mierda de policía), subió en el ascensor.

El pastor alemán empezó a ladrar...

Dentro del sobre había una de esas llaves maestras con las que puedes abrir todas las cerraduras. Subí por la escalera muy despacio, sin hacer ruido, atento a si aparecía algún vecino por la escalera. Justo antes de sacar la llave, pensé en cuál sería la mejor la mejor forma de huir. Respiré profundamente. Estaba en el rellano, delante de su puerta. Introduje la llave maestra.

Por fin, ya estaba dentro.



La noche siguiente, volvieron a repetir con las mismas putas. Error. Grave error. La nórdica que había robado el dinero y las bolsitas de droga informó a la familia de Don Pietro de que esos niñatos (es decir, nosotros) guardaban más material de lo que aparentaban.

Yo se lo había dicho miles de veces que no trajeran siempre las mismas chicas a casa, porque tarde o temprano serían un problema. Por suerte, Nariz Rota, el más precavido, había cambiado de lugar el dinero, el material y las armas.

Mucho después, Cara Cortada intentó justificarse: «Esas putas de Alicante follaban con tanta alegría y tanto desparpajo, Tiburón...».

La segunda noche, una de las chicas —una de las dos cubanas, creo— insistió en que sus jefes se morían de ganas de conocerlos. Nariz Rota le contestó que nunca hablaría con sus jefes, que le daba igual quiénes fueran, que lo único que querían era follar y pasarlo bien.

Era la segunda vez que la familia de Don Pietro nos brindaba una oportunidad, que nos abría sus manos y nosotros escupíamos en ellas. Así que esa misma madrugada, antes de que saliera el sol cuando las chicas casi se iban, cuatro todoterrenos metalizados las vinieron a recoger.

¡Me cago en la Hostia Santa!

De los coches bajó lo que les pareció la familia al completo de Don Pietro. Eran unos camorristas napolitanos que se habían instalado en Alicante para traficar con

droga y vivir más tranquilos. Y querían tener una charla muy tranquila con nosotros.

¿Qué concepto de la tranquilidad tendrán esos macarroni trajeados?

El Hongos reconoció a uno de ellos. Era el niño que se habían encontrado en la gasolinera mientras escapábamos de Barcelona, el mismo al que pincharon una de las ruedas del coche.

—Si el mundo no es un pañuelo, España es un moco.

De todos modos, los tres se quedaron blancos viendo tantos tíos y tantas armas. Se miraron entre sí. Nariz rota el más peleón, salió afuera el primero. Cara Cortada cogió las dos Star y se las guardó en la espalda, y el Hongos agarró el subfusil de asalto que guardábamos para las grandes ocasiones y se subió al piso de arriba, para tener una buena visibilidad y mejor posición de tiro.

Cara Cortada, aprovechando la confusión, encerró un par de chicas en una habitación (nunca se sabe cuándo necesitarás rehenes). Nariz Rota, como portavoz, les plantó cara.

—¿Qué queréis?

Paolo *el Gladiador*, uno de los hijos mayores de Don Pietro, fue el primero que se acercó. Le llamaban el Gladiador porque iba con un cuchillo tan largo que parecía una espada y, según decían, nunca rajaba un cuello, siempre daba una estocada romana.

—Sabemos quiénes sois, sabemos lo que queréis y, lo más importante, sabemos lo que tenéis —dijo Paolo con su sebo acento italiano—. Un buen montón de fajos de billetes y de droga. Y nos gustaría que, como un acto de buena voluntad (era la segunda vez en pocos meses que escuchaban esa expresión), nos dierais una parte.

—¿Una parte? —repitió Nariz Rota—. ¿Y por qué?

—Por la buena voluntad —insistió Paolo.

—Estás flipando, italiano de mierda.

El hijo de Don Pietro ni se inmutó. Se quitó las gafas de sol, se acarició el anillo que llevaba en el dedo meñique, y señalando a una de las españolas, dijo:

—¿Ves a esa chica de ahí?

—Sí —contestó Nariz Rota.

—Esa chica lleva más de tres años trabajando con nosotros. Es buena, trabajadora, formal, nunca llega tarde, nunca tiene una queja, le da igual el tipo de cliente, puede comer pollas moribundas o dejarse petar el culo por un senegalés con el rabo como un cañón. ¿Verdad que sí, nena? —La chica no contestó—. ¿Sabes por qué? Porque sabe que nosotros la cuidamos. Pero lo más importante —hizo una pequeña pausa— es que sabe que nosotros tenemos el poder.

La chica empezó a temblar.

—Marisa, acércate —le ordenó Paolo—. Y arrodíllate.

La chica se acercó y se arrodilló. Entonces Paolo sacó su largo cuchillo y, mirándole a los ojos, mientras la chica gritaba, dijo:

—Si ella, que es muy importante para nosotros, que nos hace ganar mucho

dinero, puede terminar así —y con el cuchillo le dio una estocada en el cuello—, imagínate lo que puedo hacer contigo y tus socios.

La sangre cayó lentamente por su cuerpo hasta salpicar el suelo, y Marisa cayó como un saco de patatas.

TERCERA PARTE

LA VIRGEN NEGRA

*Bienaventurados seréis cuando
os injurien y os persigan,
porque a cada cerdo
le llega su San Martín.*

CAPÍTULO 9

La familia de Don Pietro

Yo ya estaba dentro del piso.

Se oía un televisor encendido, daban un programa de deportes. Había algunas luces encendidas. Los papeles del sobre no aclaraban si Ramírez estaría solo o no, pero, como no decían nada al respecto, y por el lujo de detalles que me habían dado, yo había deducido...

Cogí la Magnum 357 y de sopetón, ¡pam! Un golpe de puerta, y me apareció el perro. Antes de que pudiera ladrar, de una patada lo metí en la cocina y cerré la puerta.

Respiré hondo.

Entonces oí la voz del comisario Ramírez gritando:

—¿Estás bien, *Troy*? ¿Necesitas algo?!

Justo en ese momento me lo encontré de cara. Se quedó de piedra. No intentó ningún movimiento extraño, sabía que le había llegado su hora. Se arrodilló y lo encañoné con la 357. Iba dispararle, iba a hacerle estallar la puta cabeza porque él había matado a mi padre, pero, de pronto, oí unos pasos en alguna de las habitaciones. Miré a Ramírez, que, con los ojos vencidos, también me miró. Debería haberle puesto la pistola en la boca —como me hizo él en comisaría— y contar hasta tres, pero en ese momento una niña, viniendo del salón, gritó:

—¡Papá, papá...! ¿Has visto lo que ponen ahora en la tele?

Nos quedamos los tres en silencio.

La niña, de unos ocho años, me miró y después miró a su padre. No dijo nada porque lo entendió todo. Parecía que iba llorar, pero el comisario Ramírez se volvió y, con una dulzura escalofriante, le dijo:

—No te preocupes, cariño, no pasa nada. Ve a tu habitación y cuenta hasta treinta; sabes contar hasta treinta, ¿verdad? —La niña asintió con la cabeza—. Y después llama a mamá.

Su hija se fue muy despacio, intentando entender dentro de su cabecita qué era lo que acababa de ver. Ramírez se volvió.

—Si lo tienes que hacer, hazlo rápido.

No sé qué coño me pasó por la cabeza, seguramente me acordé de mi padre. A él, aunque había sido una víctima, no le habría gustado tener un hijo verdugo. ¿Por qué no me habían avisado? ¿Por qué no decían nada de eso los papeles del sobre?

Me cagué en la puta de oros, en la Madre de Dios y en el Espíritu Santo. Oía los pasos de la niña alejándose y veía los ojos llenos de lágrimas de Ramírez. Y se me aflojó la Magnum. Le pedí que cerrara los ojos, lo hizo, le dije que allí no terminaba

la historia. No contestó. Y le metí un puñetazo en la cara que casi le revienta un ojo.

Cayó al suelo.

Después cerré la puerta y me largué. Tenía que volver a encontrar a aquella policía, tenía que recuperar mi Porsche.



El Hongos, desde el piso de arriba, apuntó con el subfusil a la cabeza de Paolo, pero tuvo un momento de lucidez, y decidió apuntar un metro más a la derecha; de esta forma rompería un cristal del coche, pensando que quizá ganarían una tregua.

Pero ahí se lio la gorda, porque los hombres de Don Pietro sacaron sus armas y empezaron a repartir tiros. El Hongos disparó a un par de ellos a bulto, unas cuantas ráfagas. Cayeron y quedaron malheridos.

Las chicas, muertas de miedo, se escondían donde podían sin dejar de gritar.

Cara Cortada desenfundó de su espalda las dos Star 28 y también comenzó a disparar.

Pero los hombres de Paolo tampoco eran mancos ni lentos, y tenían un buen dominio de las armas. Y empezaron a volar balas de un lado a otro. Dentro de la casa, Nariz Rota se tiró al suelo y se escondió como pudo. Como todo pasó tan deprisa no tuvo tiempo de salir ni de coger su arma, oyendo cómo las balas le silbaban por encima de la cabeza, aprovechó la ensalada de tiros y gritos para esconderse detrás de la casa mientras el Hongos vaciaba su subfusil.

Por su parte, lo que no había controlado Cara Cortada, es que esas Star 28 no estaban cargadas del todo, y además era un tipo de arma que se encasquillaba muy fácilmente. Eso hizo ganar tiempo a los hijos de puta de los camorristas, que pudieron llegar al maletero y coger una de sus armas de largo alcance y acribillaron la fachada del palacete.

¿Cuánto tiempo podrían estar disparando? Hijos de la gran puta. ¿Cuándo se les terminaría la munición? El Hongos no se daba por vencido.

Las dos chicas que habían encerrado en una habitación gritaban acojonadas:

—¡Dejadnos salir! ¡Dejadnos salir de una puta vez, por favor!

Pero el Hongos, que era el único que las podía oír, tenía la cabeza en otro sitio, apuntando y disparando y cagándose en toda Italia.

Una de las balas, una bala perdida de mierda, impactó en la pierna de Nariz Rota, que estalló en un grito de dolor.

Mientras, la Bombacha, que estaba en el pueblo de al lado, se enteró de toda la movida, no me preguntéis cómo. La tía se acojonó por nosotros, preguntó en un par de bares, buscó en los listines telefónicos y lo único que le vino a la cabeza (bendita zorra) fue llamar a mi madre.

—Tengo que hacer algo... tengo que llamar al Tiburón...

Se sentía como una mierda porque era el mensajero que siempre traía malas noticias.

Bendita fue su llamada.



Después de salir de casa de Ramírez, con las dudas y los remordimientos a flor de piel, pensé que tenía que solucionar los problemas con la chica esa de asuntos internos, que me pediría que me entregase, y yo le diría que ni hablar, porque finalmente no había llevado a cabo el plan.

Aun así no podía confiar en ella, porque nadie nunca se puede fiar de la policía. Con la bofia se puede luchar, se les puede escupir, se les puede vomitar, incluso se les puede pagar, pero confiar en la policía... Mejor dejarlo para las novelas policiacas.

Aunque, pensándolo bien, a esa policía le daba igual si había hecho el trabajo o no, ella me había dado la información que yo necesitaba y, a cambio, me quería en chirona. Mejor olvidarse del Porsche y volver a Albacete. Fui a casa de mi madre para despedirme de ella. Nada más llegar al piso, y con los ojos rojos de no poder dormir, me dijo que había llamado una chica argentina y que parecía muy importante:

—La chica esa estaba muy alterada, dijo algo de Albacete, dijo algo de unos mafiosos, unos mafiosos de Alicante, ¿Don Pietro...? Pero no sabía... me costaba mucho entenderla, hijo, porque estaba tan nerviosa que... Dijo que tienes que ir lo antes posible, que las cosas se han puesto muy feas, y que no sabe cómo va a terminar todo.

—¿Te dijo algo más?

—Nada, colgó porque dijo que tenía que irse.

Me senté.

Parecía que estaba maldito, como predestinado siempre a correr de un lado a otro. Ni un minuto de descanso, y ni un momento para poder disfrutar de nada, la mierda siempre pisándome los pies, la de asuntos internos, que estaría detrás de mí, mi padre enterrado, y los hijos de puta de mis socios buscándose problemas con una mafia italiana... Todo pintaba de puta madre.



Se cansaron de disparar. Esa noche solo venían a avisarnos, y la cosa se complicó. Pero después de recoger a sus dos hombres malheridos, Paolo y sus secuaces se subieron a sus coches, destrozados por las balas, y se largaron.

Entonces quedó el silencio, un silencio que lo dominaba todo, un silencio como los muebles de la casa, como los agujeros de las balas, como el paisaje de la noche... Incluso Nariz Rota, con su pierna sangrando, se tragó las palabras. Sacamos a las dos

chicas de la habitación y las echamos a patadas. Dijeron que no las volveríamos a ver nunca más, y nosotros les pedimos que se llevaran el cadáver de su amiga. Pero iban tan drogadas, y estaban tan acojonadas por lo que había pasado que se fueron sin más, dejando a la pobre española tendida en un charco de sangre, inerte, ya sin vida.

Así que no tuvieron más remedio que enterrar a la chica de madrugada. Como dijo Cara Cortada, no podían dejarla allí, entre los perros merodeando, se acercarían las ratas, los vecinos comentarían, sería un desastre tener un cadáver delante de la puerta. Pensaron en llevarla al hospital, para que se encargaran ellos, pero eso solo supondrían más problemas...

Al otro que no podían llevar a ningún sitio era Nariz Rota. El Hongos le aseguró que había aprendido con no sé qué puta a curar las heridas.

—De las putas todo se puede aprender. Desde una buena mamada (técnica que merecería un curso en la universidad), hasta limpiar un buen balazo —dijo orgulloso de sí mismo y de sus conocimientos.

Nariz Rota no se fiaba una mierda, pero no tenía otra elección. El Hongos lo tendió en la mesa del comedor e intentó, con unas tijeras y un par de cuchillos, sacarle la bala.



Cerca del Turó de la Peira, robé un Volkswagen Golf GTI, 16 válvulas, con 139 cv. Fue el primer coche decente que encontré, y, aunque yo no tenía el talento del Hongos robando coches, tenía mi oficio.

Llené el depósito en Tarragona porque ya me pitaba la reserva y ya no volví a pararme. Aunque tardé tres horas y poco más en ir de Albacete a Barcelona, en el viaje de vuelta, de madrugada, y sabiendo que había follón por en medio, rebajé mi marca a dos horas y cuarenta y cinco minutos. Al Golf GTI le salía humo de las ruedas; por unos momentos pensé que estaba compitiendo en la Fórmula 1. Cuando llegué, Cara Cortada estaba enterrando a la pobre chica, más fría que el mármol. Y el Hongos había podido sacar la bala de la pierna de Nariz Rota.

Yo necesitaba unos días de reposo. Días que no teníamos, porque, como comentó Cara Cortada:

—Esos hijos de puta van a volver en cualquier momento.

Ahora estaba yo y sabíamos de qué pie calzaban, sabíamos sus virtudes e intuíamos sus debilidades. Les conté cómo me había ido por Barcelona.

—¿Por eso has vuelto con un Golf? —preguntó irónicamente Nariz Rota.

—¿Preferías que volvería en el Porsche y te entregara a la pestañí? —le solté.

Excepto Cara Cortada, ninguno de ellos pudo entender por qué no había terminado con el comisario Ramírez. Entonces les hablé de mi padre, lo que me había enseñado: no éramos asesinos. Y lo habíamos aprendido con el encargo del

desgraciado de Piñeiro.

Lucharía contra los hijos de puta de Don Pietro y después liaríamos una gorda.



Volviendo con el coche a las tantas de la madrugada recordé lo que había aprendido en prisión. Solo gana el que va tres pasos por delante de los demás, me lo enseñó Hassan jugando al *backgammon*. Y también lo enseña el ajedrez: hay que ir tres pensamientos por delante del adversario. Y lo que no sabían los de la pestañí es que yo sabía que el comisario Ramírez tenía un hermano en el monasterio de Montserrat. Si la policía nos quería joder, nosotros íbamos a joder a la policía, a los curas y a todo el puto país.

Se quedaron atónitos.

—Tengo que acabar de terminar bien el plan dentro de mi cabeza pero, una vez que haya atado todos los cabos sueltos, os lo voy a contar... Pero ahora terminemos con esos espaguetis de mierda...

Quien da el primer golpe, tiene las de ganar. Esta es una ley universal que también aprendí en el talego. Con mis socios podíamos ir a buscar a la familia de Don Pietro. Sabíamos por alguna de las chicas que tenían otro local donde se reunían, y ahí íbamos a ir encapuchados, armados hasta los dientes para ajustar las cuentas.

No sabíamos cuántos eran. Iba en contra de nuestras normas tanta ignorancia; cuando atracábamos bancos, por ejemplo, observábamos bien los alrededores, sabíamos cuánta gente podría haber, pero ahora no teníamos tiempo para tanta preparación, ni ninguna duda de que si fallábamos esos mafiosos nos iban a coser a balazos y nuestros cuerpos terminarían juntitos, enterrados al lado de los huesos de la puta española.

Les dije a mis socios que me esperaran dentro del coche.

—¿Cómo vamos a saber si necesitas algo?

—Telepatía —dije riéndome.

Entraría yo solo, porque a mí no me conocían. Atónitos, mis socios asintieron con la cabeza porque me vieron tan decidido que era imposible llevarme la contraria.

—Vamos, andando, que no saben que les espera un infierno.

Bajé del coche, entré en la discoteca y vi cómo de alborotada estaba la gente, bailando y bebiendo. Pregunté a una de las chicas si estaba Paolo. Se quedó callada de golpe, me preguntó que qué quería, le dije que quería hablar de unos negocios, que teníamos muchos amigos comunes y que, a lo mejor, no me estaba esperando, pero que sería una visita de su agrado.

La chica, que olía a perfume caro, dudó y después me envió a otra chica más guapa de ojos azules y un culo redondo como una pelota de fútbol, que me presentó a la *madame*.

La Sargento.

La miré de arriba abajo. Como me habían dicho mis colegas, realmente era más fea que pegarle a un padre. Me preguntó que qué quería, le dije que traía un negocio que seguro que le interesaría a Paolo, y que, como su jefe se enterara de que no me había dejado pasar, le iba a caer un puro.

Silencio. Ahora fue ella la que me miró de arriba abajo.

Si dudó, lo disimuló de puta madre; la muy hija de puta tenía mejor olfato que cualquier zorra.

—No te puede atender, va muy ajetreado.

—Pero ¿está aquí? —le pregunté.

Hizo una pausa que la delató.

—No... —contestó.

Paolo estaba en el local. Con sus socios o con su padre, Don Pietro. Fijo.

—Te he dicho que no te puede atender —insistió un poco más agresiva.

—Me toca los cojones lo que me hayas dicho. Vengo a hablar con él, y hablaré con él. Aparta, bicho... —le dije mientras la hacía a un lado empujándola con la mano en la cara.

Entré en la zona privada, y a mis espaldas ella gritaba:

—¡Quieto! ¡No sigas! ¡Avisaré a seguridad...!

—Avisa a quien te salga del bigote —le contesté, yendo ya directo a una puerta donde había dos armarios.

No crucé una palabra con ellos. Al primero le metí un gancho de derecha que lo tumbé, y al segundo, después de esquivar un golpe, una buena patada en la rodilla. Saqué un cuchillo que tenía guardado y se lo puse en la garganta.

—Ahora me vas abrir la puerta muy educadamente. Vas a ser un buen tío conmigo como yo lo voy a ser contigo. Después abrirás la puerta tranquilamente, sin hacer ningún ruido, porque, al mínimo movimiento, te juro que tu garganta terminará por el suelo, como si fuera una canica. ¿Lo has entendido bien?

El tipo asintió con la cabeza. No le quedaba otra. Abrió la puerta. Yo llevaba la Magnum 357 preparada, iba a ser el más rápido en disparar, pero también estaba un poco desorientado porque no conocía el sitio. Las luces que iban de un lado a otro, la música a todo trapo resonando en mis oídos, hacía que mis sentidos no estuvieran agudizados del todo.



Entonces los vi discutiendo.

Solo por cómo estaban sentados, por su colocación, ya pude deducir quién era quién. Había tres matones. Un par de socios. Don Pietro estaba sentado frente a mí. A su lado, Paolo.

Estaban tan enfrascados alzando la voz, seguramente discutiendo cuál sería la mejor forma de jodernos, que fue cojonudo, porque pude acercarme ellos casi sin que se dieran cuenta. Antes de que Don Pietro pudiera señalarme con el dedo y avisar a los matones, ya les había metido un par de hostias a los dos. Uno se rebotó, pero con tanta mala fortuna que, cuando esquivé su golpe, se dio directo contra la pared y cayó al suelo, muerto de dolor. Entonces Paolo intentó sacar su arma, pero yo desenfundé primero.

—Me cago en los putos macarrones, ya os estáis largando todos, y nos dejáis a solas con el abuelo.

En silencio, Don Pietro les hizo un pequeño gesto para que se fueran.

En el reservado quedamos él y yo.

Sabía que cuando saliera me estarían esperando cinco o diez hombres. No tenía mucho margen de maniobra, pero me daba igual. Estaba decidido.

Te aclimatas o te aclimueres.

Yo no era consciente ni de lo que hacía. Estaba como poseído.

—¿Qué es lo que quieres? —me preguntó Don Pietro con una voz muy dulce.

—Saber por qué, ayer por la noche, tus hombres vinieron a nuestro palacete a molestarnos.

—Estabais con nuestras chicas. Y os habías pasado de la hora.

A Don Pietro le gustaba jugar al límite.

—Si el problema era la hora y la tarifa, lo podríamos haber solucionado con unos cuantos billetes.

—Los billetes son el problema y la solución de todo, ¿verdad, Tiburón?

Y sonrió, contento de demostrarme que sabía mi nombre y que, obviamente, tenía mucha más información. Nos quedamos en silencio.

—¿Y qué vamos a hacer? —le pregunté en son de paz.

—¿Vamos? —repitió—. Vosotros no vais a hacer nada. Vosotros vais a ver cómo Paolo y mis hombres entran en vuestro palacete y se lo llevan todo: las armas, el dinero, la droga, lo que sea... Vosotros, como mucho, lo que vais a hacer es ver cómo os lo quitamos todo delante de vuestras narices.

Río y, de pronto, esa voz tan dulce se convirtió en una sonrisa insoportable.

—Y no vais a hacer nada. ¿Sabes...?

No le dejé terminar la frase.

«No somos asesinos... te aclimatas o te...». El Tosco, la rabia, la música, mi padre... Las voces se mezclaban dentro de mi cabeza, pero en ese instante, mientras ahí dentro todo eran ecos, mi mano aprovechó para agarrar el cuchillo y, a la velocidad de la luz, rajarle el cuello a Don Pietro.

La última palabra que dijo fue «¿sabes...?»; después del tajo empezó a sangrar por la corbata.

Y no, no sabía...

CAPÍTULO 10

El Uruguayo

¡Mierda!

Me froté los ojos, miré el cuchillo ensangrentado y recé al cielo para que todo fuera un sueño. Detrás de la puerta se oyeron unos ruidos, gritos, incluso disparos. Pensé que ya habían llegado sus refuerzos, que estarían rodeándome, y que sería imposible salir de allí.

Y ahora sería mucho peor, porque el cadáver de Don Pietro era el billete perfecto para una muerte segura. Durante unos segundos, moviéndome de un lado a otro, nervioso, limpié el cuchillo, intenté esconder el cuerpo. En un ataque de desesperación, se me ocurrió decir una mentira: «Se ha ido..., no lo sé, dijo que os iba a buscar...».

No, no funcionaría. La cabeza me iba a mil por hora buscando una solución que no encontraba. ¿Qué coño me había pasado? Al final entendí que afrontaría mi destino y que, por muchas vueltas que le diera, luchar contra ellos no era una posibilidad, sino la única salida.

Detrás de la puerta seguían los gritos, los disparos, todo cada vez más caótico, más jaleo, así que, por curiosidad, no fue valentía, con el cuerpo todavía caliente de Don Pietro en el reservado, abrí la puerta para ver lo que pasaba.

¡La puta que los parió!

Tendría que haberlo pensado antes.

TELEPATÍA.



Mis tres socios, que me esperaban fuera de la discoteca, al ver que tardaba más de lo previsto, calcularon que podría estar en problemas y se decidieron a entrar. Incluso Nariz Rota con un bastón y cargado con un par de Star.

La discoteca Inferno se había convertido de veras en un infierno. Todo el mundo corría de un lado a otro, chillando. De golpe y porrazo nos quedamos únicamente los hombres de Don Pietro y nosotros. Como mis chicos entraron por sorpresa, y los hijos de puta de Don Pietro estaban convencidos de que había venido solo (menuda estupidez), los habían cogido por sorpresa y los fulminaron.

Fue una batalla sangrienta: Nariz Rota rompía narices —incluso con el bastón—, Cara Cortada rajaba caras y el Hongos disparaba con el subfusil.

La música paró.

Vi a mis amigos, me acerqué a ellos y yo también empecé a disparar. Ellos parecían haberse triplicado. Pero, aunque nosotros no nos conocíamos bien la discoteca, yo tenía la seguridad de que les íbamos a ganar. Primero, porque habíamos rajado a su líder. Segundo, porque los habíamos pillado por sorpresa. Y tercero, porque habíamos cogido buenas posiciones para disparar.

—¿Estás bien, Tiburón?! —gritó Nariz Rota desde el fondo de la sala.

—¡Sí, no os preocupéis...! ¡No soy yo quien va a perder la cabeza!

—¡No te oigo bien con tanto disparo! ¡Grita un poco más!

—¡Que sí, que estoy bien! ¡Joder! ¿Y tu pierna?

Justo en ese instante, Paolo, que se había escondido como una rata, entró en el reservado y se encontró con el cuerpo tibio y ensangrentado de su padre. Con el poco valor que le quedaba, salió gritando a sus secuaces que el Tiburón había matado a Don Pietro, que no me podía escapar, que nos tenían que eliminar como si fuéramos cucarachas. Eso envalentonó a los hijos de puta italianos, que vaciaron los cargadores de sus armas a toda velocidad.

Como estaba pendiente de Paolo —no quería perderlo de vista—, me despisté durante unos segundos, y uno de sus tíos aprovechó para darme una patada en la mano y tirarme la Magnum al suelo. Cuando me volví, de una hostia en el ojo consiguió tumbarme. Lo que no sospechaba el pobre desgraciado es que, una vez caído, tendría tiempo de recuperar mi 357 y encañonarlo en un santiamén.

—O te largas de aquí o te reviento la cara de un balazo.

El pobre hijo de puta aún está corriendo.

¿Quién se iba rendir primero? ¿Nosotros? Evidentemente no, porque, rindiéndonos, firmábamos nuestra sentencia de muerte. El otro problema era saber cuántas balas nos quedaban. Yo había vaciado el 357. Conté a ojo que ellos eran ahora unos siete u ocho hombres, y nosotros tres y medio. Paolo había desaparecido —le perdí la pista— y uno de ellos se dio cuenta. Eso los despistó, y nosotros aprovechamos para dar un par de disparos certeros que jodieron bien a aquellos hijos de puta italianos. Entonces grité:

—¡Esto lo podemos terminar por las buenas o por las malas! Nuestra banda solo saldrá con los pies por delante, pero vosotros tenéis más opciones. Si queréis que la cabeza de Don Pietro valga más que vuestras cabezas, adelante. Pero, si no, dejémoslo aquí... Y así saldréis con vida.

Después de un silencio muy largo, hubo un par de tiros. El Hongos, cagándose en Dios, disparó con el subfusil y tumbó a otro.

—¡Soy el Tiburón! ¡Es vuestra última oportunidad!

Y después dos de ellos se rindieron, y eso fue definitivo.

—¡Está bien, está bien... lo dejamos!

—¡Hacéis bien, chavales! ¡Nadie os hará daño!

—¡Tiburón, nos gustaría formar parte de tu banda!

Se me acercaron un par, desarmados. Y con un tono muy amable les expliqué que

lo sentía mucho, que se podían largar, que no habría represalias, pero que en nuestra banda solo éramos nosotros cuatro y que no necesitábamos a nadie más.

La pelea había terminado de una forma muy extraña, a grito pelado. Tiraron todas las armas en mitad de la sala de baile de la discoteca y salieron los que quedaban. Ni rastro de Paolo, que, cagado de miedo y viendo cómo el cuello de su padre no dejaba de sangrar como una fuente, decidió huir para siempre. Seguramente ya estaba en el aeropuerto, a punto de embarcar...

—¡Qué maricón! ¡Mira que huir el Pablito ese! —dijo Cara Cortada.

—Oye —respondí—, que nosotros nos hemos pasado la vida huyendo...

Y se calló la boca.

—¿Qué vamos a hacer con ellos? —preguntó el Hongos, mientras recogía del suelo el mayor número de armas posibles.

—No vamos a matar a nadie.

Sentamos a los seis tíos en mitad de la sala de baile, y los atamos de pies y manos con unas cuerdas. Nariz Rota fue a buscar el coche y mientras vaciábamos las cajas de la discoteca, me acerqué a ellos y les expliqué:

—Uno de vosotros será nuestro rehén, porque no nos fiamos de que, dentro de unos días, no nos vengáis a tocar los cojones cargaditos de armas o que llaméis a la bofia. Seguro que tenéis un contacto con ellos. Y sí, le he cortado la cabeza al viejo, pero ha sido sin querer. Un accidente, de verdad. Me estaba tocando los huevos... — Le eché un vistazo al careto de los seis—. Nos llevaremos a este. —Señalé con el dedo el más gordo de todos, que también parecía el más chulo.

—¿Yo? ¿Y por qué? —preguntó.

—Porque me sale del santísimo rabo. ¿Te parece bien?

Le pusimos un pañuelo en la boca para no tener que oírle y que no nos tocara los huevos en el trayecto, lo sacamos de la discoteca y lo subimos al coche. Teníamos los huesos molidos y necesitábamos descansar; detrás quedó el Infierno, Paolo desaparecido, el cuello rajado de Don Pietro y las pistolas aún calientes de tantos disparos...



En el camino de regreso, de pronto, me asaltó el deseo incesante de tirarme a Maribel. Tenía ganas de follar. Pero no con cualquier puta. No solo era meterla en caliente... Estaba cansado de follar siempre con putas, todas diferentes, pero que en el fondo eran todas la misma. Me moría de ganas de volver a montar a esa cubana hija de la grandísima puta, que, cuando movía el culo, hasta la Antártida podía derretir.

Lo segundo que necesitaba sacar de dentro era el plan contra el comisario Ramírez, así que nada más llegar a nuestra casa en Albacete encerramos al gordo

dentro de una habitación, a oscuras, con un poco de agua y un poco de pan.

—Cabrones, sacadme de aquí. Mis colegas no os van a hacer nada.

—Cállate la puta boca —contestó Cara Cortada.

—Solo hay agua y pan...

—Mejor, así harás régimen, que buena falta te hace.

Una vez todos en el salón, tumbados, metidos hasta las cejas y yo con la nariz blanca de tanta farla les dije que durante mis trayectos de ida y de vuelta a Barcelona había reflexionado.

—Joder, ya llegó el budista a comernos las orejas.

—La tuya no, Cara Cortada, que se te cae a pedazos.

—En vez de las orejas, que nos coma las pollas —contestó el Hongos con las pupilas dilatadas.

No les hice caso y continué contándoles que, después de perdonarle la vida al comisario Ramírez, me había dado cuenta...

—¿Cuenta de qué? —me interrumpió Nariz Rota.

—Cuenta de que estoy harto de atracar bancos, que estoy harto de ir de un sitio para el otro, harto de ver poco a mi madre, de saber que mi padre se ha muerto porque la Bombacha siguió tu rastro —miré al Hongos— por toda la geografía española... De todo, estoy harto de todo.

—¿Y qué quieres hacer, Tiburón? —preguntó Nariz Rota—. ¿Quieres dejarlo?

Me limpié la nariz. Los tres habían dejado de hacer bromas. Me puse de pie.

—Cuando tuve delante al comisario Ramírez, cuando estuve a punto de apretar el gatillo y apareció su hija, pensé que matando no se soluciona nada.

Cara Cortada se puso a reír.

—Ya lo sé —continué—, acabo de cargarme a un puto macarroni, pero ha sido un impulso. Si ahora pudiera volver atrás, no lo haría. Tenemos que pensar en grande. Solo si pensamos en grande vamos a poder salir de esta, y viviremos como nos dé la santísima gana. Leed los periódicos, mirad a esa gente que gana tanto dinero que ni sabe lo que tiene. Los nombres de los más importantes nunca salen impresos en ningún lado. Ni nunca salen en las fotografías. Pero están ahí. Así que he pensado que tenemos que hacer un gran secuestro, el mejor secuestro de la historia. Que lo tengan que estudiar en las escuelas dentro de cincuenta años.

Todos se quedaron en silencio. Al cabo de unos instantes solo el Hongo se atrevió a hablar:

—No somos asesinos, pero tampoco secuestradores, Tiburón.

—Tenemos un gordo secuestrado en la puerta de atrás, Hongos. —Respondió Nariz Rota. Comentario que era un punto a mi favor. Ya tenía a Nariz Rota prácticamente en el bolsillo.

—Os habéis pasado de la raya, compadres. ¿Por qué cojones quieres secuestrar a algún hijo de puta? ¿Qué será, un famoso? ¿Un multimillonario? Menos esnifar y más razonar, Tiburón.

¡Qué tocacojones estaba Cara Cortada!

—¿Quién coño ha hablado de secuestrar a una persona? No me estáis entendiendo.

—No —repuso Cara Cortada.

—¿Sabéis quién ofició la misa de muertos de mi padre? El hermano de Ramírez, un cura que vive en Montserrat. ¿Conocéis Montserrat?

Los tres asintieron con la cabeza y yo continué, sabiendo que los podía convencer:

—En Montserrat, aparte de un museo importante de arte, y aparte de que los hijos de puta de los nazis buscaron allí el Santo Grial, está la Moreneta. ¿Sabéis de qué hablo? Esa Virgen negra... —continué con más ganas—. Y no solo está la Moreneta, también están todas las joyas y todo el relicario, que valen más dinero que todo lo que podremos ver en nuestras vidas. ¿Sabéis qué rescate pagaría la Generalitat por la Moreneta? Nos podría dar media Cataluña... no, no... Cataluña entera. Nos daría tantos millones que nos podríamos ir a vivir a cualquier sitio y hacer lo que nos diera la real gana el resto de nuestras vidas...

Los tres se quedaron mudos.

Solo se oían los golpes del gordo pidiendo salir.

—Parece un buen plan —dijo Nariz Rota al cabo de unos segundos—, pero demasiado complicado. Debe de ser jodido de cojones, Tiburón. Tendremos que pensar en muchas cosas, en los horarios de los curas, qué hacemos con la Virgen esa una vez secuestrada, dónde la guardamos, dónde exigimos que nos entreguen el dinero... Todo son oportunidades para pillarnos. ¡Joder! Tenemos todas las de perder. Si nadie lo ha hecho todavía —concluyó—, debe de ser por algo.

Me levanté muy convencido.

—No os propondría un negocio como este si no hubiera pensado antes todas las alternativas y todos los problemas. Tú, Nariz Rota, me preguntas que cómo haremos lo del dinero; muy fácil, aquí entrará una quinta persona.

—¿Qué? —Alucinó el Hongos.

—Un uruguayo —continué— que conocí en prisión y que estaba allí justamente por encargarse de este tipo de cosas.

Tuvimos que bebemos un par de *whiskys* más y esnifarnos otro par de rayas para que yo pudiera explicar quién cojones era el Uruguayo y cómo tenía pensado contactar con él. Cara Cortada, que había compartido conmigo algunas tardes en la cárcel, había oído hablar de él, pero yo lo conocí bien.

Era alto, calvo, de unos sesenta años, con algunos tatuajes en los brazos: el nombre de su madre y una rosa con espinas. Tenía la mala costumbre de leer mucho. Lo sabía todo, opinaba de todo y eso, lógicamente, le traía más de un problema. Fue amigo de Hassan, quien me inculcó cómo sobrevivir en chirona sin meterme en muchos líos. Pero el muy cabrón del Uruguayo sabía cómo funcionaba el *backgammon* y el gran mundo. El Uruguayo únicamente entró en la cárcel porque,

según él, su socio de entonces lo había jodido bien.

—Cuando hablo del gran mundo, hablo de dinero... La noche antes de salir de permiso y desaparecer, me dio un papel con su dirección y una pulsera de piel.

Recordé entonces que todas mis cosas de esos días estaban todavía en casa de mis padres.

—«Ya sabés que puedes contar conmigo», me dijo después de un fuerte abrazo. «La gente es mala, Tiburón, uno ya no puede ni confiar en su santa madre», me repetía con su acento sudaca.

»Y a mí me gustaba escucharlo y preguntarle, porque había estado en lo más alto de la pirámide del dinero. Para mí, hablaba un idioma diferente, esperanto o ruso... Conocía todos los bancos, a los directivos, y la gente de la cárcel, incluso los funcionarios, le preguntaban siempre dónde tenían que invertir el dinero. Era el puto amo. Hablaba muy despacio, conocía las fluctuaciones de la Bolsa, sabía cuándo había que comprar y, lo más importante, cuándo había que vender. Y después le venían los halagos, los privilegios, en forma de comida, alcohol o tabaco, porque sus consejos siempre daban beneficios. Mi palabra favorita: “beneficios”...

»Siempre me dijo: “Cuando estés en apuros, Tiburón, cuando necesites un buen consejo con la guita, loco, vos, que siempre andás con los bancos, y con el Venus (un día me tenés que llevar para garcharme una de buena), te puedo ser de mucha ayuda, ¿entendés?”.

»Yo le dije que sí, que por supuesto. Fue de esas conversaciones en las que uno promete pero sabe que nunca va a suceder nada.

Y mira por dónde, iba a suceder. Esa misma noche, en Albacete, enfarlopados, con el subidón de haber terminado con los italianos, tendidos en el sofá...

—Pero una vez secuestras a la puta Moreneta, ¿cómo pides el rescate? —quiso saber Nariz Rota.

—Ahí es donde entra el Uruguayo.

—Por cierto, ¿cómo se llama? —quiso saber el Hongos.

—Nunca me dijo su nombre —contesté—. Pero sé que tiene contactos en las islas Caimán.

—¿Eso dónde cae? —preguntó Cara Cortada.

—En la quinta hostia, me parece. Su socio, el nuevo, no el hijo de puta que lo jodió, es un pez gordo de las islas Caimán, conoce a un montón de gente y tiene buenos contactos. La pasta estaría a su nombre en el banco, y él nos podría asesorar, conoce bien los trucos, sabe cómo negociar, él podría hacer los movimientos bancarios justos para triplicar los beneficios.

Se quedaron mirando a la nada, como si mis palabras no les terminaran de convencer o los dejaran hipnotizados. Nariz Rota se metió otra raya. El gordo que teníamos encerrado parecía más calmado. Entonces, les increpé:

—¿Qué, cabrones? ¿Sí o no?

Levantaron la cabeza y con un tono de yonquis pasados de vueltas me contestaron

que sí, que vale, que lo que yo dijera.

—¿Cuándo te hemos dicho que no? —dijo nariz Rota haciendo de portavoz de todos.

—¿Os parece bien?

—Si sale bien, sí. Será la mejor idea que has tenido. Si sale mal, será nuestro final.

Me había costado un huevo, mucho más de lo que pensaba, pero los convencí. Tenían razón. Era un salto al vacío. Al día siguiente volvería al tema y ultimaríamos los detalles, para ser —como antes— eficaces y brutales.

Y entonces se fueron a sobar.

Yo me acerqué a la habitación del gordo, porque no podía dormir, y le llevé un plato de jamón de Jabugo recién cortado. Cuando lo vio casi me besa los pies. Le expliqué que no le íbamos a hacer daño, que solo queríamos que tuviera el pico cerrado y que, si seguía todas las órdenes, no tendría que haber ningún problema. Él asentía con la boca llena.

Finalmente me dormí calculando cuántos millones íbamos a pedir por la Moreneta... Sacudiríamos a todo un país, toda una religión. Y los pelos se me ponían de punta.

Antes de cerrar los ojos, imaginé que Maribel me susurraba al oído: «María Cristina me quiere gobernar, y yo le sigo, le sigo, la corriente, porque no quiero que diga la gente...».

Fueron dulces sueños.

CAPÍTULO 11

500 millones de pesetas

Esa misma mañana, antes de decidirnos a hacer inventario de todo nuestro material, aprovechamos para cambiar de coches. Compramos un Audi A100, de color negro, lleno de prestaciones y un todoterreno. Un Toyota ranchera Land Cruiser.

Entonces sí, ya estábamos a punto.

Era muy importante saber con qué podíamos contar y con qué no. Así que esa mañana, mientras el gordo de la banda de Don Pietro aún dormía encerrado en su habitación, los cuatro socios sacamos toda la munición, todas las armas, el dinero y la droga de la que disponíamos.

Lo dejamos todo en el comedor; era guapo ver los fajos de billetes encima de la mesa, en los sofás, incluso en el suelo. Y la droga y las armas allí todas juntas tenía su punto. Debíamos hacer un recuento muy exhaustivo porque no podíamos perder detalle, una bala al fin y al cabo podía decantar nuestra suerte. Cara Cortada y Nariz Rota contaban el dinero, mientras el Hongos y yo nos encargamos de la munición y las armas. Lo último era la droga, porque las necesidades de cada uno eran diferentes.

Había casi unos doscientos millones. 198 millones para ser exactos. Cara Cortada dijo:

—En total son casi unos cincuenta millones por cabeza. No está nada mal. Si alguien se quiere salir y largarse, ahora tiene una buena oportunidad. Quizás la única.

—Aquí nadie quiere largarse —contesté yo.

Teníamos dos subfusiles, porque le habíamos quitado uno a la banda de Don Pietro, seis Star, un par de revólveres, una escopeta de caza, y armas blancas.

Mi Magnum 357 seguía en el lugar de siempre.

Pero andábamos cortos de munición.

—¿Dónde vamos a comprar la munición? —preguntó Nariz Rota.

Había por ahí cerca, en Albacete, una tienda de caza, pero no podíamos pedir toda la munición que necesitábamos, porque eso levantaría sospechas y al cabo de unos días tendríamos otra vez a la pestañ merodeando por nuestro palacete. De droga, calculamos que teníamos medio kilo de coca. Además de pastillas y caballo.

Una vez contado todo, les expliqué como íbamos a desarrollar mi plan. Antes Nariz Rota y Cara Cortada, que alguna vez habían ido a escalar por Montserrat, me dibujaron un mapa del monasterio y de la zona, y analizamos las posibilidades reales de entrar en el edificio donde se alojaban los monjes. Nariz rota me contó que, escalando por ahí, había visto que las ventanas de las habitaciones de los monjes estaban muy cerca de algunas de las paredes que pintaban mejor. Quizás no se podía acceder allí de forma directa, pero, para un par de escaladores bien experimentados,

abriendo vías y con mosquetones, podían llegar sin demasiadas dificultades y entrar en el edificio. Entonces Nariz Rota preguntó:

—¿Qué vamos a hacer si las ventanas están cerradas?

—Abrirlas —le respondí con una carcajada.

Yo confiaba plenamente en mis socios. Nos repartiríamos en los coches y esa misma tarde nos largaríamos a Solsona, y nos alojaríamos en el hotel Gran Sol. Ese hotel sería nuestra base estratégica. Desde allí iríamos a Andorra porque necesitábamos hacer algunas compras con discreción. La ubicación era perfecta, estaríamos suficientemente lejos de Barcelona para que nadie nos buscara (ni los amigos del Tosco ni el comisario Ramírez). Y matábamos dos pájaros de un tiro porque, si volvían los hijos de puta de Don Pietro, encontrarían el palacete de Albacete lleno de las trampas que les habíamos dejado preparadas, pero vacío.

Lo recogimos todo, y dejamos que el gordo que teníamos encerrado se marchara casi ya de noche. Nos gustaba más viajar de madrugada porque con el Audi y el Toyota podíamos pasar más desapercibidos, cargados hasta las cejas de todo tipo de cosas ilegales. Si nos paraba la Guardia Civil estábamos perdidos, solo tendríamos una salida: aclimatarnos o aclimorirnos.

El gordo, lo último que dijo mientras corría montes a través, entre los matorrales, fue:

—¡Gracias, muchas gracias! Os deseo toda la suerte del mundo, ojalá nos volvamos a encontrar... ¡Ah!, y el jamón de Jabugo estaba cojonudo.

Mis socios me miraron flipando y yo solo pude encogerme los hombros. Antes de salir hacia Solsona, quise llamar a Maribel. No lo había hecho todavía desde que salimos de Ferrol, y me había dado su número de teléfono la misma noche de los contenedores, pero después de cortarle el dedo a Alfonso Piñeiro... no sabía cómo sería su reacción. Había que averiguarlo. Me armé de valor, porque hacía unos días que pensaba en ella, incluso había soñado la noche anterior con su cuerpazo y su carita, y la llamé. Su voz dulce me contestó desde el otro lado de la línea.

—¿Dígame?

—¿Cómo estás? —le pregunté en un tono de voz muy precavido.

Y se hizo un silencio muy denso, muy largo.

—¿Quién es? —preguntó ella. Yo la había reconocido solo con las dos primeras sílabas que pronunció, pero ella era evidente que no.

—Soy yo, el Tiburón. ¿Te acuerdas de mí?

Otro largo silencio, durante el cual yo no supe qué pensar, si me colgaría el teléfono o no. De pronto Maribel estalló en un llanto.

—¿Cómo no me voy a acordar de ti, Tiburón? —dijo con la voz temblando—. ¿Dónde estás?

—Lejos, no estoy en Ferrol, ni en Galicia. Mejor que no te lo diga para no traerte problemas —le contesté—. ¿Y tú cómo estás? —quise saber.

Y ella me dijo que seguía en Ferrol, que Alfonso Piñeiro la había abandonado,

que se había quedado con sus dos hijas y que suerte que había ido una amiga suya japonesa, Sayuri, y que juntas iban a montar un negocio. Pero que ya no tenía los lujos de antes y que debía dinero a media ciudad. Por su voz entendí que se sabía muy perdida.

—¿Qué ha pasado con Alfonso? ¿Dónde está?

—Ha desaparecido. Después de que os largarais fui a buscarlo a la habitación de hotel, y era un hombre completamente distinto. Ni me miró, estaba avergonzado. Esa misma noche lo cogió la policía, y ya no he vuelto a saber nada de él, tampoco me importa. Ahora en mi vida solo me importan mis hijas y mi felicidad.

—Tengo ganas de verte —dije—; tengo un negocio entre manos muy grande, ahora me voy a Solsona, allí tengo que solucionar unos asuntos, pero cuando termine todo esto, me gustaría que estuviéramos juntos, que nos conociéramos mejor, con tiempo, y cantar contigo todas las canciones cubanas del mundo...

Ella se puso a reír, con aquella risa cubana que contagiaba ganas de vivir.

—Pues date prisa —contestó—, termina ese negocio cuanto antes y ven a buscarme, nos iremos juntos a vivir a Cuba.

Entonces esa idea se iluminó dentro de mi cabeza y me estalló en mil pedazos. Me pareció el mejor plan posible. Ganaríamos muchísimos millones, iría a buscar a Maribel y juntos tomaríamos el primer avión a la Habana.

Era un plan perfecto... Bueno quizás no tan perfecto, porque, cuando colgué el teléfono, me di cuenta de que no le tendría que haber explicado nada de un negocio y mucho menos nada de Solsona. A veces un detalle tan pequeño puede causar una desgracia multiplicada por mil...

Pero, claro, cuando escuchaba la voz aterciopelada de Maribel, toda mi sangre se concentraba en la bragueta y así era difícil pensar con claridad.



—Sin llamar la atención... Llegaremos en plena madrugada, a las cuatro o las cinco —dijo Cara Cortada, sacándome de mis pensamientos.

—Es la mejor hora de todas —le contesté—. Así nadie se enterará de nada. Y, además, en los hoteles, si pagas, cierras bocas.

El viaje fue tranquilo; yo iba con Cara Cortada, y dentro de mi cabeza, aparte del recuerdo de mi padre, como si fuera un gran puzzle, iban encajando todas las piezas de cómo iba a ser el gran secuestro de la Virgen Negra. Ya me imaginaba la cara de mierda del presidente de la Generalitat.

Según habíamos quedado con un contacto que tenía en Barcelona, pararíamos un momento cerca de Lérida para recoger toda la documentación falsa que necesitábamos y así no tener que preocuparnos más. El dinero que nos costarían los papeles nuevos era ridículo en comparación con los problemas que nos ahorrarían.

—¿Te follarías a Solsona si fuera una mujer? —me preguntó Cara Cortada mientras tiraba el cigarro por la ventana.

—Solsona es una ciudad santa, llena de curas y de monjas...

Lo cual a él no lo detenía, al contrario, le ponía mucho más.

—¿Sabes el gusto que debe de dar follarse una monja? —dijo Cara Cortada.



Acordamos con el Uruguayo que quedaríamos directos en el hotel Gran Sol de Solsona. Lo había localizado porque llamamos a casa de la señora Remedios y le pedimos por favor que fuera a casa de mi madre y que buscaran entre mis cosas una libretita con teléfonos. Ella no podía decirme que no, se había llevado el cinco por ciento de lo que sacamos en el atraco del Vegas Gold. Una vez tuve el teléfono, llamé al número y me salió el tío de una barbería. El hombre conocía al Uruguayo, pero hacía días que no asomaba la cabeza por ahí, así que me dio otro número y finalmente pude localizarlo. El Uruguayo estaba más contento que Dios de oírme:

—¡Por fin saliste! Me enteré de que diste un palo guapo. Me alegro mucho. Tengo ganas de verte y que nos pongamos al día.

Cuando le dije que le llamaba para ofrecerle un negocio, el Uruguayo cambió de tono.

—Iré a donde vos digás —me contestó—, ya sabés, quedamos, comemos juntos y me explicás la situación y yo te explico lo que te puedo ofrecer y la plata que quiero llevarme por mi colaboración.

Me gustaba el Uruguayo porque siempre iba al grano, porque era directo y transparente y nunca había malos entendidos.

Nosotros llegaríamos los primeros a Solsona y él se hospedaría en otra *suite*; tardaría un poco más, calculábamos que al día siguiente, porque quería encargarse de unos cuantos negocios y así de repente no se había podido organizar.

Cuando llegamos al hotel decidimos ir a dormir y al día siguiente, bien temprano por la mañana, empezaríamos con nuestra rutina de trabajo.

Antes que nada tendríamos que ir a Andorra, porque allí Nariz Rota podía comprar un buen material para la escalada, ya que el equipo que necesitábamos no era de aficionados y, además, en Andorra sabíamos dónde comprar grandes cantidades de munición. Aparte de eso, había que ir a Montserrat e inspeccionar bien cuáles serían los caminos y las carreteras. El teleférico no era una opción, solo podíamos llegar con el coche y preparándolo bien. Tendríamos que usar dos coches: uno para llegar justo al monasterio y el otro para huir.

Además, no teníamos ningún mapa, ni croquis de los pasadizos, las plantas o las habitaciones. Solo podíamos ir a visitar a la Moreneta, como turistas o devotos, y ver exactamente qué disposición tenía todo sin llamar la atención.

Una vez allí Nariz Rota y Cara Cortada me enseñaron la pared que quedaba más cerca de una de las ventanas del monasterio. Era exactamente a la otra punta de donde estaba la capilla con la Moreneta, pero era suficiente para entrar. Según mis cálculos y, gracias a la maldita educación cristiana que había recibido, sabía que las últimas oraciones de los monjes eran las Completas —sobre las nueve de la noche—, después vendrían las Matines, oficios de medianoche, después los Laudes, al amanecer —habitualmente sobre las tres— y para terminar la Prima, a las seis de la madrugada.

Así que podíamos escoger cuál era la mejor hora para entrar. Y siempre tendríamos un máximo de tres para ejecutar el secuestro. Tres horas nos parecía mucho *a priori*, pero también íbamos con la ignorancia de no sabernos mover por allí y luego sería un desastre si todo se arruinaba por cinco o diez minutos de más.

Tras esto, decididos y emocionados, fuimos a visitar el templo con la Moreneta, y ahí —después de hacer la señal de la cruz como es debido— hicimos uno de los descubrimientos más importantes de todos: la Moreneta no estaba encerrada en ninguna urna ni nada parecido. Incluso el Hongos se atrevió a moverla con las dos manos y a levantarla delante de todo el mundo.

—¡Quieto, que estás llamando la atención!

Encima, había un montonazo de ofrendas que habían hecho los creyentes. Allí había de todo: coronas de oro, joyas, pendientes, centros de piedras preciosas, cálices de oro, copas de plata, relicarios de lujo... Nunca había visto tanto dinero sin forma de billete y encima tan mal vigilado.

Era más fácil que robarle un caramelo a un niño a la puerta del colegio.

—¡Qué maravilla! —exclamé mirando a mis socios—. Además de la Moreneta nos llevaremos toda esta sorna. Será para nosotros. Así que habrá que venir con mochilas y dentro de las mochilas meter más bolsas.

—¿Quieres que nos lo llevemos ahora mismo? —propuso el Hongos en un ataque de locura.

—¿No lo dirás en serio? —preguntó acojonado Nariz Rota.

—¿Por qué no? —insistió el Hongos.

—Estas joyas se van a quedar aquí, por ahora —dije para zanjar el tema.

Y entonces Cara Cortada hizo un descubrimiento genial. Antes de bajar la escalera, había un pequeño pasadizo, con una cinta y un cartel que decía «EN OBRAS». Ni que decir tiene que hizo caso omiso del aviso, pasó por debajo de la cinta y nosotros con él. En el pasadizo descubrimos que había una salida a un par de metros de altura que nos ahorraría mucho trabajo para transportar a la Moreneta y todas la joyas.

¡Cojonudo!

Por allí, con un cabestrante, nuestro plan sería mucho más fácil y agradecido de ejecutar. Con la emoción, no controlamos los gritos de alegría. Para calmarlos un poco y no levantar sospechas, dije:

—A finales de semana volveremos y no dejaremos aquí ni la fe. Pero antes tenemos que hablar con el Uruguayo, él es la pieza más importante.



Volvimos al hotel Gran Sol contentos de ver que las posibilidades de tener éxito en nuestro plan eran muy reales y que esa locura que yo les había propuesto unos días antes en Albacete se podía materializar. Nada más llegar al hotel, el recepcionista nos dijo que un señor uruguayo nos estaba esperando.

El Uruguayo, tan puntual como siempre, y como siempre impoluto. Estaba sentado en un sofá leyendo el periódico. Era él, el tiempo quizás lo habría cambiado un poco en algún detalle, pero no su aspecto general: calvo, alto y con una sonrisa de oreja a oreja.

Le presenté a cada uno de mis socios. Entonces, medio en serio, medio en broma, le dije que no sabía ni su nombre ni su apellido, que solo lo conocía como el Uruguayo a secas. Él, con cara de sorpresa, me contestó que se llamaba Uruguayo de apellido, y que esa era su nacionalidad y también su apellido.

Rafael Uruguayo.

Decidimos ir a comer y durante la comida nos pusimos al día de nuestras vidas. Más tarde, ya en mi habitación, con unos *whiskys* en la mano, le explicamos cómo iba a ir nuestra operación. Con más ganas que conocimiento, le transmití lo que tenía en la cabeza: cómo íbamos a entrar, cómo íbamos a robar todas las piezas de oro para fundirlas y después ganar más dinero, la cantidad de dinero que pediríamos por la Virgen a la Generalitat...

El uruguayo flipaba en colores.

—Os parecéis a Eric el Belga; ¿sabéis quién es?

—Claro, Rafael. Él es nuestra inspiración. —Nos reímos—. Por cierto, ¿todavía tienes un socio en las islas Caimán? —le pregunté.

Él me aseguró que no era solo su socio, sino que era un primo hermano con el que había crecido y que había estudiado en las mejores universidades de Sudamérica, que conocía a mucha gente y que nuestro negocio le iba a ir como anillo al dedo.

—Ya sabes —le señalé— que lo más problemático de un secuestro siempre es la entrega de dinero o del sujeto, que ahí es donde la pasma te pilla y donde cae todo el mundo. Pero para eso también tengo una idea. —Bebí un sorbo de mi *whisky*—. Cuando nos hayan hecho el ingreso en el número de cuenta del banco de las islas Caimán, nosotros les daremos la dirección de dónde estará guardada la Moreneta, ¿entiendes? Para eso nosotros tendríamos que haber dejado a la Virgen en ese lugar un par de horas antes para que no haya ni rastro cuando llegue la policía.

—¿Y ya sabes dónde la quieres dejar? —preguntó el Uruguayo.

—¡Claro! —mentí.

Pero al momento entendí que tenía que ser lo más sincero posible con él.

—No, no..., la verdad es que todavía no sé el lugar exacto pero, por aquí, en Solsona, hay muchos lugares en la montaña donde uno puede dejarla tranquilamente bien guardada y nadie la encontrará. Es mucho más fácil de lo que crees y si no lo ha hecho nadie antes —le dije mirándolo— es porque nadie lo ha pensado. Eric el Belga todavía no ha pasado por aquí.

El Uruguayo nos veía tan decididos que no dudó ni un segundo en ofrecirme sus servicios. Él sería el negociador, y sabíamos que nuestra cifra estaba en torno a los quinientos millones de pesetas por el secuestro. Estábamos dispuestos a cargarnos la Virgen si hacía falta, porque para nosotros no tenía ningún valor ni sentimental, ni patriótico, ni religioso.

Su porcentaje por la negociación sería del diez por ciento.

—Necesitamos dos coches. Tú nos tienes que esperar. Porque no solo quiero que negocies, también te quiero allí, con nosotros. Te conozco y sé que no nos vas a fallar. Ahí hay mucho colorado, compadre.

Me miró, me leyó el pensamiento y respondió:

—De acuerdo, pero entonces mi porcentaje tiene que subir.

—¿Cómo? —preguntó el Hongos como si no lo hubiera entendido.

—Quiero el veinte por ciento.

Al Hongos no le pareció nada bien y puso el grito en el cielo, pero el Uruguayo, con su tranquilidad latinoamericana, dijo que ahí no había debate, que el veinte por ciento o que en ese mismo momento pagaba la cuenta de la habitación, nos daba un abrazo a cada uno de nosotros y se largaba para siempre. No me hizo falta hablarlo con mis socios, le dije que el veinte por ciento nos parecía bien. A fin y al cabo eran cien millones. Todavía nos sobraban cuatrocientos millones. Nos quedarían cien millones por cabeza. Y él se encargaría de los contactos y la negociación. Era justo. Y nosotros tendríamos el dinero suficiente para estar el resto de nuestras vidas mucho más que tranquilos.

Acordamos que el Uruguayo se encargaría de llamar a la Generalitat para pedir el rescate. Llamaría justo por la mañana. Dejaríamos un par de horas de dudas celestiales, para que los monjes pensaran que, por un milagro de Dios, la Moreneta había desaparecido en la nada o en el cosmos.

—Que ha bajado Jesús y se la ha follado, por negra. ¿Qué os parece? —dijo Cara Cortada.

El Uruguayo tenía distorsionadores de voz y sabía —porque formaba parte de la rutina de su trabajo— que tenía que llamar desde diferentes cabinas telefónicas, nunca repetir la misma, para que, así, la policía no pudiera seguirle el rastro. Nos dijo que incluso alguna llamada sería desde fuera de España y que eso los jodería, porque todavía resultaría más difícil de rastrear. El procedimiento sería el siguiente: llamaríamos a la Generalitat, y así las órdenes serían nuestras, nosotros tendríamos el mando.

Ellos solo tendrían que obedecer.

Después de los *whiskys*, de unas rayas y un estrechón de manos, el Uruguayo me confesó que se alegraba de que todo me fuera tan bien. Entonces hablamos de Hassan y recordamos las partidas de *backgammon* y ajedrez en prisión, luego le conté que el hijo de puta del Tosco estaba muerto y me contestó que ya lo sabía. Se nos hizo de noche y no podíamos perder más tiempo en nostalgias absurdas, porque al día siguiente, a primera hora, iríamos a Andorra a comprar la munición y todo el material de escalada que necesitábamos.

En un par de días, por fin, llegaría la hora de la verdad: El secuestro de la Virgen Negra.



A la mañana siguiente, en una hora y media ya estábamos en Andorra. Cargamos el Audi A100 y el Toyota con esquís, y compramos los *forfaits* para disimular por si nos daban el alto...

Mis socios nunca habían estado en Andorra y quedaron fascinados con lo fácil que sería robar un banco allí. Incluso el Hongos en un ataque (siempre bendito) de locura dijo:

—Podríamos secuestrar el país, es mucho más fácil de lo que parece.

El muy hijo de puta tenía razón. Pero no nos sobraba el tiempo para esa aventura, lo dejaríamos para más adelante. Ahora lo que teníamos que hacer era comprar arneses (Furca), los globales, varias cordadas de 60 metros mamut, buriles, martillos de escalada, poleas, guantes, cuatro yumas, cuatro *dresslers*, mosquetones, y varios ochos, una escalera metálica, *walkie-talkies*, linternas, botas de montaña Camet, y un lápiz de diamante... De eso se encargaron Nariz Rota y el Hongos.

Mientras tanto, Cara Cortada y yo fuimos a otro de mis contactos de los días en la cárcel: un exmilitar franquista con un buen arsenal de armas.

—No queremos armas —le dije cuando entramos en su tienda, aparentemente un taller mecánico—, lo que necesitamos es munición.

El tío, nada más verme, me abrazó, me dijo que tenía todo lo que estábamos buscando y nos condujo a la trastienda, después de cerrar automáticamente la entrada de su taller. Una vez en la trastienda abrió una trampilla y bajamos a un subterráneo. De allí, escogiendo y probando, nos llevamos más de cuarenta cajas llenas de diferentes tipos de balas: para el subfusil, la Magnum y las Star.

Volviendo a Solsona, me quedé en silencio, muy concentrado, y recordé entonces la noche que asaltamos el Vegas Gold: era el mismo silencio, el silencio justo antes de la tormenta, el silencio que decide quién es el ganador y quién es el vencido.

CAPÍTULO 12

El secuestro (parte I)

Llegó por fin el día.

No habíamos dormido esa noche, estábamos nerviosos como niños esperando a los Reyes Magos. El invierno en Solsona nos jodería, porque la nieve y el hielo dificultarían la escalada, y sería mucho más compleja si cabe para un escalador como yo que no era un gran profesional. Nariz Rota abriría camino, yo iría detrás, el Hongos después y Cara Cortada cerraría el paso. El Uruguayo nos esperaría en el coche, fuera del monasterio.

Comimos muy temprano y a media tarde nos dirigimos a Montserrat, cargando con las mochilas y las bolsas. Recordábamos los pasadizos y las escaleras para llegar de forma directa y sin dar rodeos hasta la capilla de la Moreneta. Dábamos por hecho que nos encontraríamos con un par de monjes haciendo la guardia y que los tendríamos que reducir de una manera fácil, sin romper demasiados dientes y sin hacer demasiado ruido. Entonces empezaría la parte más dura: llenar las bolsas de joyas, cargar la Moreneta, que no sabíamos lo que pesaba (pero imaginábamos que demasiado), y llevarla hasta el coche, sacándola por la pared de la escalada.

Sincronizamos los relojes, comprobé que mi Magnum 357 no se había separado de mí, y cuando ya eran casi las ocho avisé a los chavales de que íbamos para allá.



Llegamos con los dos coches. Uno lo dejaríamos escondido en un recodo del camino.

El Uruguayo sudaba de nervios, yo de emoción. Nos abrazamos, cruzamos la explanada y fuimos directos a la pared de la ventana.

Empezamos a escalar a las 8.57 minutos. Yo concentrado y avanzando despacio, pero seguro. Cuando en algún momento resbalaba, miraba atrás y el Hongos o Cara Cortada me tranquilizaban con un gesto.

—No te preocupes, Tiburón, lo más complicado se lo va a comer Nariz Rota. Él abrirá la vía, ya sabes que él puede escalar hasta las torres gemelas.

El hijo de puta me daba confianza.

A mitad de la pared, calculábamos que los curas ya estarían encerrados en sus habitaciones, los más pulcros quizás en los baños. De pronto, vislumbramos la ventana por donde tendríamos que entrar. ¡Me cago en todo! Me pareció que estaba a kilómetros de distancia. «No sé si voy a llegar», pensé para mis adentros. Nariz Rota, muy tranquilo, subió unos metros más arriba de la altura de la ventana. Al no

encontrar ningún punto seguro, tuvo que clavar un buril, para asegurar el electro con un mosquetón. Aseguró su cuerda y, entonces, hizo un salto de rápel, (porque el muy cabrón llevaba el *dressler*) y llegó, por fin, a la jodida ventana. Aseguró el electro arriba y tiró tres metros de cuerda (más que de sobra) para cuando saltásemos los demás.

Perfecto.

Los otros tres solo tuvimos que subir hasta el seguro.

Si hubiera creído en Dios le habría echado un par de padrenuestros. Allí estaba, colgado, estirándome con todas mis fuerzas para llegar a la maldita ventana y, justo cuando lo iba hacer, Nariz Rota me frenó.

—¿Qué hostias pasa? —le pregunté susurrando.

—Está cerrada.

—Lógico —contesté. Yo disimulaba mi nerviosismo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó colapsado.

—Traes el lápiz de diamante, ¿verdad?

Nariz Rota asintió con la cabeza. Sacó el lápiz con el diamante que habíamos comprado en Andorra y sin hacer ruido, preciso y elegante, cortó el trozo justo para poder meter la mano y abrir el picaporte.

—Mira que no haya ningún cura en la habitación, si no, estaremos perdidos...

Nariz Rota echó un vistazo y levantó el pulgar, gesto inequívoco de que no había moros (o cristianos) en la costa. Guardó el lápiz de diamante, colocó la mano y ¡plaf!, el cristal se le quedó en la mano. Nariz Rota metió la mano por el agujero y abrió el picaporte de la ventana. Miramos los relojes; ahora sí, todos los curas —por cojones — tenían que estar ya en la piltra.

Quizás fueron los nervios, pero no me aclaré con el ocho, me agarré mal a la cuerda y resbalé. Justo en el momento de resbalar se me escapó un «¡Mierda!» que resonó en las montañas. Mis tres compañeros —con los ojos abiertos como platos— me miraron acojonados. Nos quedamos quietos como estatuas, esperando oír algún movimiento, pero no oímos nada.

Entró Nariz Rota, después yo, el Hongos y luego Cara Cortada. Una vez dentro comprobamos el lugar: las paredes eran gruesas, el suelo hacía resonar nuestros pasos, los techos eran muy altos. Sacamos las Star y las linternas.

—No, no os quitéis los guantes —les aconsejé.

Teníamos todo Montserrat para nosotros.



Eran las nueve y cuarto.

Entonces oímos unos pasos que venían de muy lejos, resonaban. Nos agazapamos entre las paredes y las columnas. Los pasos eran lentos y parecían tranquilos. Me

volví, Cara Cortada me hizo una señal, y entendí que quería reducir al tipo.

—Mejor no hacer nada —le contesté en un susurro.

Nos quedamos allí un buen rato. Después, otra vez se hizo el silencio.

Avanzamos muy despacio, eran ya las nueve y veinticinco. Según nuestras intuiciones solo encontraríamos un par de vigilantes, pero aún faltaba un buen trozo; íbamos lo más rápido posible, pero no podíamos correr. Esos pasadizos me parecían casi infinitos y las puertas como espejismos. Cuando estábamos a punto de cruzar una de las primeras puertas, de pronto una mano me agarró por la espalda.

Era Cara Cortada.

—¡Qué susto, hijo de puta! ¿Qué te pasa?

—Necesito cagar. Me ha venido un apretón, necesito cagar —repitió.

No me lo podía creer.

—No, ahora no puedes cagar —sentencié.

—¿Por qué no? —insistió.

—A ti te pasó lo mismo en la montaña, ¿te acuerdas? —dijo Nariz Rota—. O cagabas o te cagabas encima...

—¡Callad! —soltó el Hongos.

—¿Me queréis joder o qué os pasa? Vete a cagar ahora mismo.

—Gracias, es que, si no, no os podré ayudar y será un desastre —se justificó.

Mientras yo también me cagaba, pero en la puta, buscamos un baño para Cara Cortada, y seguimos adelante. A medida que avanzábamos todo eran puertas cerradas y abrirlas era un peligro, pero visto lo visto, más peligro era ver la mierda de mi socio chorreándole por el pantalón...

En una de las habitaciones (en la que abrimos la puerta muy despacio) encontramos unos hábitos de monje. Nos miramos. ¡Eureka! ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

—Nos vamos a disfrazar. Como al principio, como cuando éramos la banda de los travelos —dijo contento Nariz Rota.

—Ahora seremos la banda de los monjes —contestó el Hongos cabreado.

Nos quitamos la ropa. Teníamos un espejo delante. Dábamos el pego.

—Espérame afuera —dijo Cara Cortada—, voy a cagar aquí mismo.

—¿Aquí? —le pregunté—. Si no hay baño, ni nada.

—Ya no aguanto más, Tiburón. Puedes estar tranquilo, será un momento, una cagada y para fuera.

—¿Y cómo te vas a limpiar? —preguntó Nariz Rota.

—No sé... —contestó—, con el traje de algún monje...

—Tira la mierda por la ventana, no podemos dejar rastro...

Lo esperamos fuera y, mientras el cabrón giñaba, nos tuvimos que volver a esconder porque otro monje pasó por ahí cerca. No, no debía de ser otro. Debía de ser el mismo. Dedujimos que era el mismo de antes. Debía de estar haciendo la ronda, paseando por todo el monasterio, vigilando. Y tardaba unos cuarenta minutos en dar

cada vuelta.

Si manteníamos el control, no debía suceder nada. Pero sucedió.

Cuando salió Cara Cortada con el culo limpio y vestido de monje, hizo un ruido ensordecedor al abrir la puerta, y los pasos del monje, en la otra punta del pasillo, se detuvieron. Enfiló directo hacia nosotros. Le hicimos un gesto al cagón, que no vio nada, y se encontraron de frente.

El monje se fue acercando. Cara Cortada, un poco nervioso, se volvió y le dijo adiós mano con la mano.

—¡Hermano Román, hermano Román! —gritó el monje.

—Sí, soy yo, hermano Luis.

—No soy el hermano Luis...

El monje estaba a dos metros.

—Disculpad, la oscuridad no me deja ver bien.

—¿Qué le pasa en la voz? Suena muy extraña, hermano Román...

—Es culpa del resfriado, hermano... —respondió Cara Cortada.

Y antes de que pudiera decir nada más, cuando el monje reconoció que el rostro de Cara Cortada le era desconocido, nuestro socio le saltó encima. El tío le iba a romper el cuello, pero me adelanté con mucha rapidez y antes de que le pudiera hacer daño ya lo había frenado.

Al monje le tapamos la boca y lo atamos con un par de cuerdas que llevábamos.

—¿Qué queréis hacer con él? —preguntó Cara Cortada.

—Muy fácil, lo encerramos ahí mismo, donde nos hemos cambiado.

—Pero ahí..., he cagado... —respondió Cara Cortada un poco inseguro.

—¿Lo has limpiado todo? Piensa que la mierda es como las huellas dactilares...

—Sí, pero huele fatal...

—¿Qué me importa a mí...



Eran las nueve y treinta y cinco.

Íbamos un poco retrasados según el horario que nos habíamos marcado, pero tampoco era demasiado tarde. Una vez encerrado el monje, los cuatro disfrazados y con las bolsas aún vacías, seguimos con nuestro cometido. Caminábamos muy despacio, sin encontrarnos con nadie más. Más pasadizos y más puertas. Y por fin entramos en el templo...

Nariz Rota se arrodilló.

—¿Qué coño estás haciendo? —le preguntó Cara Cortada.

—Respetar los símbolos, desgraciado.

—Sí, tanto los vamos a respetar que nos llevamos a la Virgen para casa, no me jodas.

Con las linternas controlamos toda la capilla... realmente era magnífica. En nuestra visita previa no me había percatado. La verdad, yo también me hubiera arrodillado, y me habría quedado ahí toda la noche meditando, pensando en mi padre y mis cosas...

Subimos la escalera lateral y nos plantamos delante de la Moreneta. El Hongos ya estaba dispuesto a romper el cristal de un puñetazo, pero con un gesto Nariz Rota le enseñó el diamante con el que ya habíamos cortado el vidrio de la ventana para entrar. Sacamos las bolsas de las mochilas y empezamos a cogerlo todo. Nunca habíamos visto tanto oro, nunca habíamos tenido tanto en nuestras manos, parecíamos el tío Gilito del puto Pato Donald rodeados de oro, copones, cetros de quince quilates, joyas, imágenes de la Moreneta todas hechas en oro...

—Mira —me dijo el Hongos—, aquí hay una inscripción que dice que es de 1750...

—Me da igual la fecha —le respondí.

—El oro no tiene fecha de caducidad —agregó Cara Cortada.

Yo solo podía pensar en el momento en que lo fundiríamos y entonces, por arte de magia, los lingotes se convertirían en billetes y los billetes en felicidad. Pero teníamos que ir con ojo. Si en algún momento nos podíamos retrasar más de la cuenta, era precisamente ahora, relleno hasta arriba las bolsas de las mochilas.

—Y ahora es cuando aparece el puto fantasma del monje asesino... —susurró Cara Cortada por puro cachondeo.

—No me toques los huevos —contestó Nariz Rota.

Cuando ya teníamos todo el material dentro de las bolsas, cuando ya íbamos cargados hasta las cejas, llegaba el momento más importante: coger la Virgen Negra y llevarla por el pasadizo con el paso prohibido para bajarla hasta el Toyota con el cabestrante. Podía hacerlo uno solo, pero era demasiado peligroso, porque un resbalón, por ejemplo, y nuestros futuros se irían a tomar por el culo.

Mejor repartir el peso. La agarraríamos entre dos. Moví a la Virgen Negra de un lado a otro y fue mucho más fácil de lo que creía. En un abrir y cerrar de ojos la Moreneta estaba en el suelo.



¿Ya está? ¿Así de sencillo?

Las diez y diez.

Tiempo de sobra para seguir con nuestro plan si no había más imprevistos.

Finalmente cogieron a la Virgen entre Cara Cortada y Nariz Rota, y yo iba delante de ellos con la linterna. «Con cuidado... con mucho cuidado...», me decía yo. Todo iba como a cámara lenta. El camino de vuelta a un ritmo como aquel, si mis matemáticas no fallaban, nos llevaría casi treinta cinco o cuarenta minutos.

—Un momento —avisó Cara Cortada.

—¿Y ahora qué cojones te pasa? —le pregunté.

—Me pica la nariz. ¿Me la puedes rascar?

—¿Estás de puta broma?

—No, no, no... por favor, es insoportable...

—Primero cagar, ahora la nariz... Después querrás que te haga una paja...

—Eso cuando lleguemos a Solsona para celebrarlo, ¿de acuerdo, Tiburón?

Y le rasqué la nariz. Pero en mitad de la iglesia, otra vez oímos unos pasos de un lado a otro. ¡Mierda!

—Si no son fantasmas, son las ratas, Tiburón —dijo Nariz Rota.

No podían ser ratas. Esos pasos no era de un roedor, ni de un animal más grande.

—Si fuera un cura, ya nos habría dicho algo —continuó Nariz Rota—. Olvídate de que somos una banda, míranos bien, ¿te das cuenta? Vamos vestidos de monjes, tenemos las de ganar.

Tenía razón, y eso me tranquilizó.

Continuamos avanzando mientras ellos cargaban con la Moreneta y yo con las bolsas llenas de oro. Íbamos muy despacio, en las puertas donde era más difícil hacer pasar a la Virgen; entre los tres maniobrábamos.

—Yo tengo la cabeza...

—Cuidado con el niño, que no se nos vaya a romper...

—Que si se nos rompe, me cago en Dios... estamos perdidos.

Cortamos la cinta que supuestamente impedía el paso al pasadizo en obras. Nos adentramos en el pasillo con las linternas y cargados con la Virgen. Y llegamos a la pared idónea para bajar la Moreneta y todo el colorado. Cara Cortada bajó hasta el suelo haciendo rápel, preparó el cabestrante con Nariz Rota, que usó una columna que quedaba justo detrás para el cable, y una vez fijado, sacamos las bolsas.

Perfecto. El reloj iba a nuestro favor.

—Ahora la Virgen —dijo el Uruguayo por el *walkie-talkie*, que había estado sobre aviso.

De pronto, volvimos a oír unos pasos. Nos quedamos los tres congelados como piedras. Esperamos. ¿Habría dos vigilantes? Podía ser. ¿Habíamos oído los pasos los tres? Sí, seguro. Pero puede que solo hubiese sido nuestra imaginación... Decidimos seguir con lo nuestro.

Pero entonces llegó un contratiempo gordo: la Virgen, que pesaba lo suyo, no pasaba por el agujero y era imposible bajarla por el cabestrante...

—¿Qué hacemos? —preguntó el Uruguayo otra vez por el *walkie-talkie*.

—Mierda...

Pero teníamos un plan B. Habíamos dejado parte del material en la habitación por donde habíamos entrado y con Nariz Rota, que era un experto, y el Hongos, juntos, podrían intentar bajarla por ahí.

—No es complicado —dijo Nariz Rota—. Montamos allí otra vez todo el tinglado

y listos... El Uruguayo y Cara Cortada la meterán en el coche...

Y entonces ya fue definitivo.

Esos pasos que tanto nos habían atormentado y que nos hicieron creer en fantasmas se personificaron en un monje muy bajito con nariz respingona y que nos atravesaba con la mirada. Juro que nos miró y abrió la boca con un gesto de sorpresa que no parecía muy católico. Nosotros también nos lo quedamos mirando. Todos nos quedamos en silencio... ¿Quién iba a dar el primer paso?

Y de golpe y porrazo el monje empezó a correr, a correr con todas sus fuerzas.

—¡Hostia puta! ¿Qué vamos a hacer? —dijo el Hongos.

—Iré a por él —contesté—. Vosotros, tirad para la habitación de entrada, sed precavidos. No os preocupéis, que luego nos vamos a encontrar, fijo.

Sin más palabras mis socios obedecieron. Despacio —pero sin pausa— atravesaron los mismos pasadizos a la luz de las linternas. Y volvieron a oír unos ruidos, ¡maldita sea! Abrieron la primera puerta que les quedaba más cerca y allí dejaron la Virgen Negra. Pero la mala suerte nos perseguía... ¡Maldito sea el Vaticano! En esa habitación había por lo menos cuatro monjes.

Me cago en la puta...

Nariz Rota, el más rápido de los dos, desenfundó la Star y los encañonó.

—O silencio absoluto, o vais directos al cielo sin extremaunción.

Los curas, acojonados y sin entender nada, se frotaron los ojos, por si aquello era un sueño, levantaron muy despacio las manos y les aseguraron que no harían ninguna tontería.

—Realmente habéis hecho voto de obediencia... —dijo el Hongos con una sonrisa de cabronazo.

Mientras ellos hacían nuevos amigos, yo corría por los pasadizos de Montserrat sin tener ni puta idea de qué se escondía detrás de cada pared. Sabiendo que perseguía a un monje bajito que nos había visto, y que seguramente lo primero que iba hacer, en cuanto tuviera la oportunidad, sería tocar las campanas, dar la alarma o llamar a la policía...

Reconozco que con ese monje cabrón estuve a punto de darme por vencido. Aquello se convirtió en el juego del gato y el ratón: yo me paraba, quieto, esperaba a oír sus pasos y, a medida que él se movía, yo iba detrás. Estoy convencido de que él hacía lo mismo: cuando oía mis botas resonar por las paredes buscaba un lugar donde esconderse o cambiaba de dirección.

Pero, aunque él conocía bien el terreno, sus sandalias no le ayudaban a correr. En cambio, mis botas, que delataban que en realidad no era un monje, me hacían avanzar y ganarle distancia a cada paso. Cuando estaba a punto de agarrarlo por la espalda, dobló de golpe y porrazo en una esquina y entró en una habitación. Yo abrí lentamente la puerta, sin saber con qué me iba a encontrar. Aquello parecía un laberinto y yo continuaba un poco desorientado, ya no sabía si por ahí había pasado un par de veces, o simplemente era la primera. Y ahora que lo pensaba... ¿Por qué

ese cura cabrón no había avisado a nadie todavía? Era muy extraño.

Pero Dios esa noche estuvo un poco de mi parte, y cuando tuve a ese puto monje delante de mi nariz, entendí que le faltaba una tuerca, o quizás el Espíritu Santo lo había trastornado. Hacía unos gestos muy raros, muecas, se metía los dedos en la boca y no se le entendía nada. De pronto se puso a cantar:

—Soy Carlos... «Camina la Virgen de Egipto para Belén, y en el medio del camino el niño tenía sed, no pidas agua, mi vida, no pidas agua, mi bien, que bajan los ríos turbios y no se puede beber...».

—¿Está todo bien, hermano? —le pregunté con mucha serenidad.

—Sí, soy Carlos...

Él me empezó a hablar de milagros, de los evangelios apócrifos, de san Pablo, de los diez mandamientos, mezclaba frases... Ahí me di cuenta de que no era ningún peligro para nosotros. Lo até a una silla con una cortina, lo dejé en calzoncillos y le tapé la boca con su hábito porque, si alguna cosa podía hacer ese monje loco, era gritar.



Cuando terminé con él, antes de salir, eché un vistazo y unas risas de unas chicas inundaron el aire. Silencio. ¿Había oído bien? Alguien les mandó callar... Joder, yo pensaba que las noches en Montserrat eran mucho más tranquilas, pero visto lo visto... Y delante de mí, ni se dieron cuenta, porque pude esconderme, cruzaron dos chicas. Eran putas, las reconocí. Otra cosa no, pero las putas las reconozco a kilómetros de distancia. E iban con dos monjes cogidas de la mano.

—Esto sí que es un palo santo, hermano —decía una de las putas con una sonrisa pícara.

El monje, avergonzado y rojo como el fuego, les pedía por favor que no hicieran mucho ruido, que si se levantaban los otros hermanos tendrían problemas. Uno de ellos les dio unos cuantos billetes de cinco mil pelás. Yo aproveché para seguirlos de cerca y así descubrir otra salida alternativa, por si no nos atrevíamos con la ventana. Si cometíamos un error al bajarla, lo más fácil era que la Virgen Negra terminara hecha añicos.

Hombre precavido vale por dos.

Detrás de ellos, me di cuenta de que el camino que seguían ellos para salir era mucho más fácil, pero tenía un problema, un grave problema: estaba a la vista de todos. Era mucho mejor salir por detrás. Cuando las dos putas se largaron, me volví a buscar a mis socios.

Y otra vez desorientado, merodeé por los pasillos como un fantasma. Las agujas del reloj no las detenía nadie y mi cabeza estaba a punto de estallar, pero —quizás por aburrimiento o por suerte— al final los encontré.

—Aquí estamos, Tiburón —me avisó el Hongos con una mano saliendo de la oscuridad.



Volvimos a calcular el tiempo.

Las once en punto. Teníamos una hora exacta para sacar a la Virgen. Ellos, por su parte, habían atado y cerrado la boca a los cuatro monjes de la habitación. «Si seguimos así —pensé—, al final vamos a secuestrar toda la montaña con toda la gente dentro, no va a quedar ni uno».

Salimos de la habitación organizados de la misma forma: ellos cargaban con la Virgen y yo iba con la linterna, por delante, viendo si había alguien al acecho. Seguimos avanzando... Y cuando estábamos a punto de llegar, vislumbrando nuestra puerta de salida, empezaron a sonar las campanas. Eran las 11.15. No podía ser, no tocaba ninguna oración. El Uruguayo dijo algo ininteligible por el *walkie-talkie*, y un monje a la carrera se puso a gritar:

—¡Ladrones! ¡Hay ladrones! ¡Han entrado ladrones en Montserrat!

CUARTA PARTE

LA MORENETA

*Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán el dinero.*

CAPÍTULO 13

El secuestro (parte II)

¿Qué cojones podíamos hacer?

¿Se podía complicar más la cosa?

Siempre.

Entonces pensé que nosotros pasábamos desapercibidos, porque íbamos vestidos de monjes, es verdad. Pero nos delataban las botas de escalada, así que les pedí a los chavales que se las quitaran lo más rápido posible.

—¿Cómo vamos a caminar? —Gruñó el Hongos.

—Descalzos —le contesté.

—Es una locura —dijo Nariz Rota—, nos van a reconocer igual. Estos tíos viven enclaustrados aquí, se conocen demasiado, saben quién es uno y quién es el otro. Y, además, echarán en falta a los otros. A los que tenemos encerrados.

Me quedé unos segundos meditando una solución, me puse la capucha, porque esos trajes de monjes llevan capucha, y con aquella oscuridad pensé que podríamos hacerlo mientras fueran saliendo los monjes de sus habitaciones. Llegué a la conclusión (jodida según mis socios) de que no había sido una mala noticia que dieran la alarma. Al contrario, ahora reinaba el caos y sería mucho más fácil escapar por un lugar o por el otro. Les pedí que ellos se encargaran de bajar la Moreneta con el cabestrante. Al fin y al cabo, eran mejores escaladores que yo, y sobre todo que por mí no se preocuparan, porque yo me quedaría dentro del monasterio... que ya pensaría una solución.

Entretendría a los monjes y luego saldría por mi propio pie. Así que el plan, en mitad de la noche, quedaba cambiado otra vez por las nuevas e inesperadas circunstancias.

—Pasamos del plan B al plan C —dije con un tono pomposo.

—Nunca ha existido el plan B, Tiburón, ni el C —contestó el Hongos.

—Pues ahora sí.

Me uní a la multitud de los monjes, y pensé que podría hacerme pasar por uno de ellos durante un buen rato, tiempo suficiente para que mis compañeros se largaran de allí con la Virgen Negra.

—¿Adónde tenemos que ir? —le pregunté a uno de los monjes.

—El padre Ramón nos ha pedido que nos reunamos todos en la iglesia. Dicen que ha desaparecido la Moreneta...

—¿La Moreneta? Madre del amor hermoso... —dije yo—, no puede ser, es imposible. Será obra del diablo.

Noté que el hermano me miraba como si intentara descifrar un enigma, pero yo

estaba más tranquilo que un ocho y supongo que eso le hizo dudar. Nos dimos prisa para llegar con los demás a la iglesia. Al ir descalzo cada piedrecita me jodía los pies y tenía que tragarme el dolor y disimular como un jabato.

Una vez que estuvimos todos reunidos, el padre Ramón, que hablaba muy despacio pero con un tono muy severo, dijo que había sido un robo, que no solo se habían llevado a la Virgen sino que también habían sustraído todas las ofrendas de los devotos.

Los monjes exclamaron horrorizados de la sorpresa.

El cura continuó asegurando que lo más seguro era que los ladrones aún estuvieran en Montserrat, no en el monasterio (respiré tranquilo), sino escapando por las montañas. Otro monje aseguró que era imposible, que aún debían de estar en el recinto, porque hacía muy poco que había oído las risas de unas chicas por los pasillos (¡las putas!). Un tercer monje, uno muy alto y con voz de bobalicón, a Dios ponía por testigo de que faltaban cuatro hermanos y que, a lo mejor, sin acusar a nadie, ellos tenían algo que ver o sabían alguna cosa.

Estaban todos muy agitados, yo solo podía pensar en Nariz Rota y el Hongos. Ya me los imaginaba cargando el lastre de la Virgen pared abajo.

El padre Ramón, ordenó que fueran a buscar a los monjes que faltaban a sus habitaciones. ¡Mierda! Todo iba de mal en peor. Tenía que pensar una solución. De pronto, la iglesia se inundó de silencio y todos empezaron a rezar:

—Oremos —pidió el ayudante del padre Ramón.

¿No iban a llamar a la policía?



Mientras tanto, mis socios, ajenos a la oración y muertos de miedo por no cagarla, intentaron sacar a la Virgen por la ventana, pero segundo fallo de previsión: tampoco cabía. Era imposible, ni maniobrando... Así que solo había una solución posible —la última—, sacarla por la puerta principal, pero ahora, con el aviso del padre Ramón había muchos más monjes subiendo bajando escaleras y buscando a los ladrones o a sus compañeros desaparecidos.

Sería imposible.

Nariz Rota le pidió al Hongos:

—Dejémosla, dejemos a la Virgen aquí, larguémonos. Tiburón está loco, no vamos a poder salir de esta.

El Hongos pensó unos segundos y, armándose de valor, le respondió:

—Ese hijo de puta de Tiburón siempre tiene una salida inesperada, siempre tiene alguna solución que solo puede ver él. Tú estate tranquilo, esperémoslo.

—No lo veo claro, joder.

—Además, si no hacemos lo que nos ha dicho, ¿sabes qué va a hacer con

nosotros?

—¿Sopa de Tiburón? —contestó Nariz Rota, acojonado.

—Por ejemplo...

—De acuerdo —continuó Nariz Rota—, pero si nos quedamos aquí nos van a joder. Tiburón ha dicho que saliésemos por esta puerta, que él saldría por la principal, ahora nos hemos dado cuenta de que es imposible salir por aquí y también tendremos que salir por la principal. Así que, marchando.

—Pues lo tendremos que ir a buscar...

—Sí, no hay más remedio.

—Joder, cambiamos del plan C al plan D —concluyó el Hongos.



Y así empezó el plan D.

Si seguíamos cagándola una y otra vez, terminaríamos con todo el abecedario. Y, por consiguiente, esa noche acabaríamos en prisión o luchando contra los monjes de Montserrat a puñetazo limpio.

Mis dos socios salieron de la habitación, dejando la Virgen lo más escondida posible. Iban descalzos, cargados con las mochilas y las bolsas llenas de oro y de joyas. El Hongos se cagaba de frío y Nariz Rota se cagaba en las piedras. Decidieron, por no sé qué extrañas razones de la lógica, ir con el resto de los monjes a la reunión, para hacerme una señal y contarme que habíamos pasado del plan C al D.

Yo, la verdad, ni repajolera idea de por qué plan íbamos ya...

Justo cuando pisaron la iglesia, el ayudante del padre Ramón dijo:

—La policía no tardará en llegar, la acabamos de llamar...

—Pero no se puede hacer público. Nadie debe saber que la Moreneta ha desaparecido... —terció uno de los hermanos.

—Y no se hará público. Os doy mi palabra —concluyó el padre Ramón—. Hasta aquí tienen un buen rato, pero en menos de veinte minutos estarán merodeando por los alrededores por si hay algún rastro o alguna pista de los ladrones.

¡Joder! Claro que iban a llamar a la pasma...

Entonces se nos dispararon todas las alarmas, no habíamos pensado que la pestañí podía llegar a tiempo y jodernos. Teníamos que huir de ahí lo antes posible. A la mierda todos los planes alternativos. Se imponía una solución drástica: hacerse el histérico y gritar. Pensé en chillar: «¡Fuego, fuego, hay fuego en las habitaciones!». Yo pretendía que el caos que se desencadenara nos diera la última oportunidad.

Pero al ver que Nariz Rota y el Hongos estaban conmigo dentro de la iglesia, tuve una idea mejor.

Si habíamos atracado bancos, ¿por qué no podíamos atracar la casa del Señor? Lo dice la Biblia. «La casa del Señor es la casa de todos» y «Fuera los mercaderes del

templo». O algo así. De modo que, en el fondo (muy en el fondo), le hicimos un favor al Señor; claro que, en vez de echar a los mercaderes, nuestra idea era largarnos con las joyas.

Fuera joyas, fuera mercaderes. De ahí a un paso de la canonización, lo veía clarísimo.

Me acerqué al padre Ramón y le dije que quería decir unas palabras. El pobre hombre no me reconoció, supongo que por los nervios de momento no le dio más importancia y me concedió el turno de palabra. Entonces aproveché para desenfundar la Magnum 357 y apuntándole a la cabeza mientras lo agarraba por el cuello grité:

—¡Quieto todo el mundo, esto es un secuestro!

—¿Un secuestro o un atraco? —preguntó uno de los hermanos.

—¡Un secuestro, joder! —contesté un poco fatigado.

Todos los curas empezaron a gritar.

—Al primero que se mueva, le meto un tiro al padre Ramón, que irá directo con los angelitos.

¡Y telepatía otra vez!

Nariz Rota y el Hongos aprovecharon el momento para retroceder y volver a la habitación a por la Moreneta. Yo me encargaba de retener a todos los curas dentro de la iglesia (estaba convencido de poder hacerlo), ellos retomaban el camino por los pasillos, ahora sin moros en la costa, concentrados en no perder el tiempo, y abrirse de una vez.

Ya vislumbraban la puerta principal cuando ¡otro error! Allí no nos esperaba el Uruguayo. El muy hijo de puta, como no lo habíamos avisado, a lo mejor nos estaba esperando en la pared de la ventana. La verdad es que confiábamos que, viendo cómo tardábamos, el muy cabrón fuera un poco listo y diera una vuelta para saber si estábamos ahí o no.

Así que el plan D se convirtió por arte de magia en el plan E: «Esto va a salir por mi cojones».



—¡Deje al padre Ramón! —rogó uno de los hermanos—. ¿Qué es lo que quiere? ¿Quiere dinero? Le daremos todo el dinero que quiera, pero, por favor, deje al padre Ramón... Devuélvanos la Moreneta y todo lo que nos ha robado que tenga un valor religioso y le daremos todo el dinero que quiera.

—¿Quinientos millones? —pregunté para desafiarlos.

Se quedaron mudos.

—Además, para mí la Virgen también tiene un valor personal muy importante, con el dinero que me van a dar me puedo pasar el resto de mi vida disfrutando de la vida...

—¿Dónde ha dejado la Virgen? Díganoslo, usted solo no puede haber cargado con ella. Solo Dios podrá perdonarle, hijo —me soltó el padre Ramón.

—Hace tiempo que no creo en su Dios... padre.

Los dos monjes más altos se acercaron decididos hacia mí, pero en ese instante disparé un balazo al aire con la Magnum para que vieran que no iba de farol. Acto seguido, se acojonaron.



Aunque parecía que llevábamos semanas dentro del monasterio, todavía no era ni medianoche. Nariz Rota y el Hongos iban con la Virgen en brazos, pasaron por todas las puertas, y a uno de ellos le entró la paranoia de que había oído la sirena de la policía.

—Imposible, cabrón. Aquí la pestañí no viene con sirenas, no seas palurdo.

Mientras yo retenía a los monjes, calculé mentalmente cuánto tardarían mis socios: unos cinco o siete minutos. Así que yo no podía bajar la guardia. Apreté fuerte el cuello del padre Ramón y, apuntando con la Magnum en su sien, iba moviéndome por la iglesia reculando, hasta llegar a la puerta. Los monjes se morían de ganas de saltarme encima, pero también estaban acojonados.

Cuando, por fin, Nariz Rota y el Hongos llegaron a la entrada principal y encontraron al Uruguayo esperándolos con el coche saltaron de alegría.

—¡Qué bien, hijo de puta! Hasta te comería los huevos de agradecimiento —le soltó el Hongos.

Guardaron la Moreneta tumbada en el asiento de atrás.

—Pues no te digo que no, Hongos. Cara Cortada y yo oímos ruidos y pensamos que lo mejor sería dar una vuelta. Él ha ido a buscar el Audi.

—Ha sido llegar y besar el santo. Nunca mejor dicho —sentenció Nariz Rota.

Ya solo faltaba yo, que, viendo cómo los monjes se me iban acercando, dudaba si podría salir por mi propio pie o si tendría que enviar al Paraíso a alguno antes de tiempo. Cuando más acorralado estaba, pero a punto de llegar a la puerta, llegaron el Hongos y Nariz Rota, que ya habían dejado la Virgen en el coche. Y viendo que estaba en apuros, el Hongos desenfundó su Star y le pegó un tiro al pie a uno de los monjes, luego disparó al aire... Entonces sí que todos los curas se cagaron de miedo.

—Huyamos, Tiburón, larguémonos de una puta vez de aquí.

Sin soltar al padre Ramón, porque era nuestro billete para salir de allí, salimos de la iglesia a la carrera. Llegamos hasta el coche. Ya estábamos todos, y todavía sin ningún indicio de la policía.

—¿Dónde está la Virgen?

—En el asiento de atrás de mi coche —contestó el Uruguayo.

Dejé al padre Ramón allí mismo y me subí al asiento del copiloto. Los monjes

corrían a unos cuantos metros de distancia. Mis socios saltaron dentro del Audi. Y Cara Cortada no tardó ni un segundo en pisar fuerte el acelerador.

—¿Dónde están las joyas? —pregunté alterado.

—En el maletero. No te preocupes. Están todas las bolsas llenas de oro.

—Conduce a toda hostia, pero con cuidado —le avisé.

—¿Y eso cómo coño se hace?

Nos fuimos de allí cagando leches. Desaparecimos en mitad de la noche y de las montañas de Montserrat. Y con nosotros iba la mujer que nos tenía que dar más alegrías, y su hijo morenito.



Estábamos convencidos de que saldríamos en los periódicos, que todos los titulares de los diarios al día siguiente serían para nosotros, que unos locos habían secuestrado a la Moreneta. Pero nada de eso, ni una noticia breve.

Nada más llegar al hotel de Solsona y con la Moreneta guardada debajo de una sábana, la subimos por el ascensor hasta mi *suite*. Dormimos pocas horas. El Uruguayo se despertó el primero para empezar todos los movimientos para cobrar el rescate. Siempre nos había dicho que era prudente dejar pasar unas pocas horas para acojonarlos. Y a las diez de la mañana, puntual como un clavo, el Uruguayo llamó con el distorsionador de voz:

—Buenos días, disculpe, ¿me puede poner con presidencia?

—¿De parte de quién? —dijo una voz femenina desde el otro lado del auricular.

—Un amigo del señor Pujolàs.

—De acuerdo.

Entonces entró una música de mierda de espera. Y luego se oyó otra voz, de otra chica.

—Me gustaría hablar con el presidente de la Generalitat, el señor Joan Pujolàs —dijo muy amablemente el Uruguayo.

—¿De parte de quién?

—Un amigo...

—El presidente de la Generalitat ahora mismo no le puede atender. Como usted ya debe de suponer, tiene una agenda muy apretada, y es casi imposible responder a los ciudadanos uno por uno.

—No soy un ciudadano cualquiera. Soy amigo suyo.

—Todos los ciudadanos son amigos del presidente de la Generalitat. Pero si usted quiere, y le parece bien, le puedo dejar un recado o yo misma, que soy su secretaria personal, puedo resolverle el problema.

El Uruguayo cogió aire, se rascó un momento la cabeza y contestó:

—Usted no me lo puede solucionar, es una pena, pero necesito hablar con él

directamente, si no, tendré que tomar medidas.

—¿Tomar medidas?

—Sí, bonita, medidas.

—Ya le he dicho que el presidente... —El tono de amabilidad de la mujer se volvió más frío.

Y el Uruguayo, picado, tampoco le dejó terminar la frase.

—¿Usted sabe dónde está la Moreneta? —preguntó.

—Claro —dijo la secretaria—, eso lo sabe todo el mundo. Está en Montserrat.

—¿Está? Ha dicho... «está», en presente... Pues lamento mucho decirle que ya no está, sino que estaba en Montserrat y por eso mismo necesito hablar urgentemente con el presidente de la Generalitat.

—¿Es una broma? —contestó la secretaria, contrariada.

—¿Mi tono de voz le hace pensar que estoy hablando en broma? Si no depositan quinientos millones de pesetas donde yo les diga, la MO-RE-NE-TA, como ustedes la llaman, desaparecerá para siempre.

La secretaria se quedó muda al otro del teléfono, no sabía qué responder, no sabía si en realidad era una broma de mal gusto o no, pero la firmeza con la que hablaba el Uruguayo no daba lugar a pensar que era una broma de unos niños.

El silencio se hizo irrespirable.

—Volveré a llamar dentro de quince minutos —dijo el Uruguayo—, y usted tendrá el tiempo suficiente para confirmar esta información que le he dado sobre la Moreneta.

Y dicho esto, el Uruguayo más contento que un ocho, colgó el teléfono.

Ahora era cuestión de esperar los quince minutos, y de elegir bien el sitio donde dejaríamos la Moreneta. Si todo iba bien y —según lo planeado— aunque no era la costumbre en nuestra banda que las cosas salieran como las habíamos planeado, en menos de veinticuatro horas tendríamos quinientos millones de pesetas en una cuenta en las islas Caimán y la Moreneta volvería sana y salva a Montserrat.

El Uruguayo aprovechó el descanso del cuarto de hora para bajar a la calle, buscar un estanco, comprar tabaco, preguntar dónde caía la cabina telefónica más cercana y después, con una tranquilidad pasmosa, volvió a llamar.

—*Generalitat de Catalunya, digui'm?*

—Buenos días, disculpe, ¿me puede poner con presidencia?

—¿De parte de quién? —dijo una voz femenina.

—Un amigo del señor Pujolàs.

—De acuerdo.

Y ya no hubo la música de mierda de espera, directamente la secretaria respondió:

—¿Es usted otra vez?

—Sí, bonita.

—En breves momentos podrá hablar con el señor Pujolàs. Espere un momento, por favor.

Las cosas, por fin, marchaban bien.

CAPÍTULO 14

La otra (Virgen) Negra

Cuando el Uruguayo colgó el teléfono supo que había hecho bien su trabajo. La secretaria, casi rozando la histeria, le pasó el auricular directamente al presidente de la Generalitat. El Uruguayo tuvo con él unas palabras frías y distantes, sobre todo logísticas, de cómo iba a ir el procedimiento, de cómo sería el pago y dónde estaría la Moreneta.

El presidente no quería —o no podía— aceptar que la gran patrona de Cataluña estuviera en manos de un grupo de delincuentes no identificado. Por lo que supimos después, las fuentes de la policía le habían hablado de que, tras el secuestro, había grupos armados de extrema derecha, de reivindicaciones internacionales, incluso de la ETA. Pero el Uruguayo le dejó muy claro que no tenía ningún móvil político, ni nacionalista, ni religioso. Simplemente queríamos los quinientos millones de pesetas lo más rápido posible. Y, sobre todo, que no intentaran jugárnosla con la bofia.

Después de unos segundos de duda, el silencio desde el otro lado se hizo denso e insoportable. De pronto y sin previo aviso, el presidente aceptó las condiciones. Momento en que el Uruguayo, también sin previo aviso, colgó el teléfono.

Ya volvería a llamar, el tiempo y las normas, las marcábamos nosotros, y no éramos unos niños.

El Uruguayo había estado sembrado. Incluso había disimulado su acento latinoamericano.



Cuando los tonos del teléfono quedaron resonando en el aire del despacho del presidente de la Generalitat, su secretaria, por indicación del prócer, llamó rápidamente a los Mossos de Escuadra, al Grupo Especial de la Policía Nacional (los GEO) y al servicio de información de la Guardia Civil. Todos los equipos iban a coordinarse para un dispositivo más complejo.



—Si todo va como la seda —nos dijo el Uruguayo—, en menos de cuarenta y ocho horas tendremos el ingreso hecho en la cuenta corriente de las islas Caimán. Es muy importante que estos boludos no crean que vamos de farol.

—¿Y si nos quieren joder? —le pregunté.

—¿Qué querés decir con jodernos? —dijo levantando las cejas.

—Seguro que nos querrán joder —añadió Cara Cortada.

—Quiero decir —continuó— que, si los monjes les han dado una descripción de nosotros, si algún comisario hijo de puta —llámale Ramírez— se toma la ley por su mano... No sé, miles de ideas que me vienen a la cabeza para jodernos.

—Tenés razón, son catalanes, son más listos que el hambre, y nos pueden joder vivos —concluyó el Uruguayo.

Cara Cortada, mosqueado con el Uruguayo, saltó:

—¿Estás hablando mal de los catalanes? Porque si rajas de los catalanes, tendré que rajarte yo, y me da igual si eres de Uruguay, Paraguay, o guay a secas, ¿entiendes?

Los ojos de Cara Cortada delataban que quien hablaba por su lengua era la farlopa que tenía en vena.

—Que no, Cara Cortada, no nos toques los huevos, estamos hablando de que pueden tendernos una trampa.



Llegaron después las horas más calmas desde que había salido de Albacete para el entierro de mi padre. Me vinieron ganas de llamar a mi madre a casa de la señora Remedios y preguntarle por ella, pero lo mejor era dejar pasar el tiempo lo más desapercibidos posible y que la Generalitat se pusiera muy nerviosa y que soltara el dinero.

Y luego... sí, luego llamar a mi madre y largarme a Cuba con Maribel. Pero si algo aprendí en esos días de atracos y secuestros y policías hijos de puta, es que quizás es mucho peor la calma que la tempestad. Porque, relajado en mi habitación del hotel Gran Sol, gozando de la nada, en una tranquilidad aparente, es justo donde salta la sorpresa, algo que no está los planes de nadie, que no se puede prever, que asusta y cambia el rumbo de todo, a lo mejor una jugarreta, un cuchillo por la espalda, un disparo perdido del que nadie puede escapar, en nuestro caso fue una maldita llamada de teléfono. Otra...

Desde recepción me pasaron una llamada:

—¿De parte de quién?

—No ha querido darse a conocer, pero han dicho que es una llamada muy importante y que sería de su interés.

Atendí el teléfono y una voz de hombre sin distorsionar (que me costó reconocer los primeros segundos) sin darme tiempo se puso a cantar:

—«María Cristina me quiere gobernar, y yo le sigo le sigo la corriente...».

—¿Quién es? —pregunté con un tono muy serio. No entendía nada.

—Dejar las cosas a medias Tiburón —replicó la voz— siempre te va a traer

problemas. ¿No lo sabías? Dejar las cosas a medias solo consigue que esos a los que has jodido tengan otra oportunidad de joderte a ti aún más, mucho más.

—¿Quién coño es? ¿Quién habla?

—Somos un par de amigos, que tenemos muchas cosas en común... y charlando, charlando, nos hemos dado cuenta de que lo que más en común tenemos es el pobre Tiburón y sus rémoras.

Eran el desconocido Carlitos Barbero y Paolo, el hijo de Don Pietro. Me quedé congelado con el teléfono en las manos, sin poderme mover.

—Pues resulta que nos hemos encontrado, el azar, o quizás el destino. O el mercado de la farla, que no es tan grande en esta península como imaginas... ¿Y te acuerdas de cuál fue la última llamada que hiciste antes de venir a Solsona?

—Maribel... —Mierda, llamé a Maribel.

Un largo silencio.

—¿Estás ahí? —dijo la voz no sé si de Carlitos o de Paolo. Llamaste a Maribel, a esa cubana maravillosa con dos tetas como dos cestas de flores. No somos rencorosos, los dos sabemos que en una guerra uno puede morir o puede matar, pero nos has tocado mucho los huevos, Tiburón, tú y tus mierdas de secuaces. Así que, quizá otra vez el destino, nos encontramos con Maribel... Bueno... Mentira... Carlitos sabía dónde estaba... Esta cubana, además de tetas, tiene un culo precioso... Está aquí... ahora no puede hablar porque le hemos tapado la boca con un pañuelo, le gusta mucho gritar, aparte de cantar, ya me entiendes, ¿verdad, Tiburón?

Quería hablar, quería decir algo, pero no me salían las palabras, era como si se me atragantaran en el cuello, como si me hubiera quedado sin sangre en las venas.

—Esto es lo que vamos a hacer, nos traerás doscientos millones de pesetas. Cuando los tengas, te damos veinticuatro horas, quedaremos en una dirección que nosotros te daremos y allí podrás recuperar a Maribel.

—¿Doscientos millones? —dije descolocado.

—¿Te parece mucho? Creo que le dijiste a Maribel que venías a Solsona hacer un buen negocio, ¿verdad?

Me cago en mi puta polla, siempre más rápida que mi cerebro.

—¿Cómo habéis conseguido este número de teléfono?

—¿Te crees que hay muchos hoteles de cinco estrellas en Solsona? Tiburón, somos pocos y nos conocemos todos.

—Dime lugar y la hora, y ahí estaré.

—¿Y podrás reunir todo el dinero? —preguntó la voz, intrigada.

—El dinero no será un problema, dime un lugar y una hora. Quiero solucionar esto cuanto antes, y, si le tocas un pelo Maribel, te juro que te voy a cortar las manos, hijo de la gran puta.

Se le escapó una carcajada desde el otro lado del teléfono. La sangre me hervía por dentro.

—No has cambiado nada, Tiburón. Me parece bien. Quedamos en los Monegros.

En Belchite. Donde las ruinas. Dentro de cinco horas.

—¿En Belchite? De acuerdo.

Acordamos el sitio exacto, y me largué. Mis socios se quedaron con la cara y el culo torcidos, no podían hacer nada, estábamos en un momento crucial, quizás en el momento más importante, a punto de largarnos para fundir todo el oro en Bilbao, con las piezas que habíamos robado en Montserrat, recibir los quinientos millones y dejar a la Moreneta en un bosque de Solsona. Pero yo necesitaba que Maribel estuviera conmigo, si no, nada de eso tendría sentido.

Hasta Belchite había 266 kilómetros.

Según mis cálculos en seis horas todo estaría resuelto, y, como nosotros todavía teníamos que llamar, podía hacerlo cuadrar todo.

Les dije que me iba y que ellos se quedaran, que yo solo me las apañaría, como las otras veces, que hicieran caso al Uruguayo, que ahora era el líder junto con Nariz Rota, y que yo confiaba en ellos y que ellos tenían que confiar en mí.

Pero Cara Cortada me preguntó:

—¿De dónde vas a sacar el dinero? No tenemos ni ciento veinte millones.

Les pedí que llenaran las bolsas con periódicos de la recepción y de los quioscos de los alrededores. En cada bolsa solo habría treinta millones reales; los demás, nada de nada. Les aseguré que si perdíamos la pasta —cosa improbable dentro de mi cabeza—, yo los pondría de mi parte. Una vez con los periódicos conseguidos, los cortamos en su debida forma para disimular. Yo, por si las moscas, y sabiendo que no eran tan gilipollas, cogí mi Magnum 357 y las Star. Con ellas sería más rápido en disparar que en follarme a Maribel. Me los cargaría antes de que ellos se dieran cuenta.

—Estos tíos no son aficionados —dijo el Hongos.

—Ya lo sé —le contesté—, pero no saben que el Tiburón vuelve a nadar y está con muchas ganas de sangre.

—¿Por qué no te llevas el subfusil en el coche? Seguro que no te sobra.

Cara Cortada y el Hongos me dieron sus sobaqueras para ir más cargado y ser más letal.

No podía tardar más.



Llenamos las bolsas con los doscientos millones falsos, las cargué en el Audi A100 y me largué de ahí a toda hostia. Tenía por delante un par de horas y no tenía ningún plan preconcebido dentro de la cabeza, pero estaba seguro de que Maribel estaría allí... Me daba igual, podían ser ocho contra mí, nadie me iba a detener.

Sabía que tanto Paolo como Carlitos Barbero trabajaban en la coca, y que me guardaban tanto odio que podían llenar un camión o dos. Las noticias vuelan como la

pólvora, y cada uno se enteró de los problemas del otro, así que debieron de encontrarse, ¿quién sabe? A lo mejor el destino los sentó a la misma mesa para la misma negociación, y hablaron y hablaron, y los problemas de uno se parecían a los problemas del otro, y algunos encajaban con una aleta de tiburón.

Divide y vencerás, o la unión hace la fuerza que es, más o menos, lo mismo.

Así que lo tuvieron fácil: el Tiburón y su banda eran un objetivo deseado por los dos, y debió de serles muy fácil ver a Maribel sola y desamparada.

Y también estaba convencido de que sabían que yo había tenido algo con ella. Recordé entonces sus últimas palabras hablando por teléfono y la promesa de huir a Cuba y empezar una vida juntos.

Casi al mediodía por fin llegué a Belchite. Justo al empezar las ruinas un todoterreno me hizo luces y entendí que eran ellos. Me detuve, iba a bajar, pero de pronto vi cómo ellos arrancaban. Querían que los siguiese. Seguramente era una prueba. Nos adentramos en las ruinas, desiertas, con las paredes llenas de tiros de la guerra civil, ni un perro moribundo, ni un miserable gato, allí no había ni un alma. Nos acercamos a una iglesia, seguimos un trecho más, y pararon el coche. Allí los esperaba otro coche. Conté lo más deprisa que pude cuánta gente había. Según mis cálculos eran cinco, aparte de Maribel y otra chica.

Bajé del coche, reconocí la cara de hijo de puta de Paolo. El que estaba a su lado debía de ser Carlitos Barbero. Rubio, ojos azules y bajito y rechoncho.

Vino hacia mí uno de los suyos y me quiso cachear. Le advertí que a mí no me cacheaba ni mi puto padre, que allí íbamos todos armados, que traía el dinero en unas bolsas, como ellos habían pedido, y que no me tocaran los cojones.

El hijo de puta del mercenario me estaba apuntando con un revólver a menos de un metro y oliendo como un perro. Yo tenía prisa, querían que me devolvieran a Maribel.

—Tomad el dinero —dije con firmeza—, no quiero que me hagáis perder más el tiempo; si le habéis tocado un pelo a Maribel, te lo repito, Paolo, os voy a cortar en pedazos.

Sacaron a Maribel del coche atada de pies y de manos y detrás de ella sacaron a otra chica (también atada), las dos con bolsas en la cabeza.

Antes de entregarles el dinero, les dije:

—¿Cómo sé que son ellas? Quitadles las bolsas de la cabeza y desatadlas. ¿Queréis hacer negocio, o hemos venido a matarnos?

Uno de los suyos las desató.

—Vamos a contar cada billete —dijo Carlitos Barbero.

—¿De verdad? —pregunté—. ¿A estas alturas aún estamos así, hijo de puta?

Cuando empezaron a contar, sabía que estaba perdido y que descubrirían, en cuestión de segundos, que la mitad del dinero solo era papel, así que me apresuré, disimulando, y metí a Maribel y a su amiga la japonesa dentro de mi coche antes de que pudieran terminar de contar.

—Agachaos, nenas, que habrá juerga.

Las dos me miraron con cara de no entender bien mis palabras, y a la vez que me fijaba en las tetas de la japonesa, desenfundé dos Star y empecé a disparar.

Cayeron dos. Y ellos —malditos cabrones— también dispararon.



Yo estaba de camino para Belchite cuando el Uruguayo volvió a llamar al presidente de la Generalitat y le dio los números de cuenta de las islas Caimán. Los negociadores que acompañaban al presidente querían unos plazos más largos, pero el Uruguayo sabía que lo único que no podían era ceder en el tiempo. Les contestó que si no estaban los quinientos millones en el plazo que habíamos fijado, recibirían una parte de la Moreneta.

—¿Una parte? ¿Qué quiere decir?

—Podéis hacer volar vuestra imaginación —respondió.

Ya habíamos acordado que, si se retrasaban, con una escarpa y un cuchillo le arrancaríamos un ojo a la Virgen. Después se trataría de meterlo dentro de un paquete y enviarlo a la plaza San Jaime de Barcelona, donde estaba el palacio de la Generalitat.

—No se preocupen, tendrán el dinero en unas pocas horas —le prometió el presidente Pujolàs.

—Eso es agua bendita para mis oídos —respondió el Uruguayo.

CAPÍTULO 15

La entrega

Yo había desenfundado las dos Star de las sobaqueras y disparé a los dos secuaces que, de espaldas, contaban los billetes.

Cayeron encima de las bolsas.

Eso me hizo ganar tiempo, pero el otro matón —el chófer— sacó un revólver y disparó un par de balas que rompieron los cristales. Yo me escondí detrás del Audi 100 C3. A Maribel se le escapó un grito de terror, pero Sayuri, que estaba su lado, me miró por el cristal con una firmeza que me volvió loco.

Me lancé al suelo para apuntar al conductor y, con un disparo certero, le atravesé el cerebro. Acto seguido Paolo y Carlitos Barbero empezaron a disparar.

Dentro de mi coche estaba el subfusil. Fue increíble, la japonesa no dudó ni un segundo en coger el arma y apuntarse a la fiesta. Bajando el cristal de la ventanilla disparó una ráfaga de tiros que terminó con Carlitos Barbero y Paolo de una vez para siempre.

Luego, silencio.

¿Qué coño había pasado?

Las balas de aquellos hijos de puta nos habían pinchado las ruedas del coche, y yo no tenía muy claro cómo íbamos a volver. Estábamos clavados en Belchite. Es decir, en medio de la nada.

Me volví muy despacio y, de pronto, oí una voz una mujer:

—Tiburón, ayuda, por favor...

No la oí con mucha claridad porque los oídos me pitaban del tiroteo. Busqué con la mirada y entonces vi a Sayuri. No me podía creer lo que había hecho la japonesa. Carlitos Barbero y Paolo estaban muertos, con la boca abierta y la sangre encharcando el suelo... ahora solo eran unos putos cadáveres llenos de agujeros.

Me froté los ojos.

—Eres una china alucinante —le dije a Sayuri.

—No soy china —me contestó—. Soy japonesa.

Menuda fiera. Ella sola se había cargado a dos tíos armados, a dos profesionales. Le pregunté qué vida había llevado y supe que era una experta en artes marciales, una delicia como mujer y una ladrona profesional. Me caía la baba. De pronto, el cuerpo lleno de curvas y la fantasía de la cubana Maribel se desvanecieron en mi mente. El prodigio de esa japonesa tan guerrera estallaba dentro de mi cabeza como una locura...

—¿Cómo es que has acabado con ellos? —le pregunté.

Dibujó una media sonrisa y se encogió de hombros. Entonces dijo simplemente:

—Con el subfusil; había que hacerlo, ¿no?

Los cuerpos de Carlitos Barbero y de Paolo eran dos trozos de carne inerte en el suelo. Los miré. Sabía que estaban dispuestos a terminar con mi vida de la misma forma que la japonesa había terminado con las suyas. Cara o cruz.

—Tiburón, ayuda, por favor... —repitió la voz.

Era Maribel.

Todo fue tan deprisa que no nos habíamos enterado de nada. Pero, maldita sea, una de las balas que disparó el chófer antes de que yo le reventara el cráneo, fue a parar al pecho de Maribel. Ella se había agachado en un principio pero, con todo el alboroto, y viendo que su amiga cogía el arma, se levantó un momento, y una maldita bala lo jodió todo.

Quedó tendida en el asiento de atrás del Audi 100 C3.

¿Qué podíamos hacer?

Mientras Sayuri intentaba frenarle la hemorragia con un torniquete, me preguntó:

—¿Qué hacemos con los cuerpos de esos? ¿Los enterramos por aquí?

—No —le contesté—. En las ruinas de este pueblo bombardeado durante nuestra guerra civil no hay nadie. Y a estos hijos de puta tampoco nadie los va echar de menos. Lo que sí tendremos que hacer es cambiar de coche. El Audi tiene un par de ruedas pinchadas y está manchado de sangre. Y ese BMW —señalé el coche de Paolo y Carlitos Barbero— es más espacioso. Maribel estará más cómoda. Y tenemos que irnos lo más rápido posible. Hay que sacar la bala a Maribel.

Así que recogimos las bolsas con el dinero, les robamos las pistolas a los cadáveres, trasladamos a Maribel al asiento de atrás del BMW y Sayuri se sentó a su lado. Volvimos a toda hostia hacia Solsona.

—¿Estás bien? —le preguntaba Sayuri a Maribel una y otra vez.

Pero la cubana no respondía; tenía los ojos cerrados, y a ratos parecía que no respiraba. Aunque la japonesa, que la tenía cogida de la mano, decía que le notaba el pulso.

—¿La vamos a llevar a un hospital?

—No podemos —le contesté—. Es una locura, ya lo sé, pero nos pondríamos todos en peligro, porque solo le harían preguntas y eso nos jodería vivos. Y más ahora, que tenemos un negocio muy importante entre manos.

—¿Qué negocio? —me preguntó Sayuri.

—Si te lo explico te voy a poner en un compromiso, mejor que no sepas nada...

Ella me sonrió y continuó con la mirada fija en la carretera.

Llegamos a Solsona. Volando con el BMW, tardamos una hora y media. Nada más llegar al hotel le dije a Sayuri que se quedara con Maribel, que yo subía a buscar a Cara Cortada.

Entre Cara Cortada y yo la subimos a mi *suite* y la tendimos en la cama. Era de locos ver en un lado la Virgen Negra tapada por las sábanas y en el otro a Maribel intentando agarrarse a la vida de forma desesperada.

El Uruguayo me puso al día de las negociaciones. Nosotros llevábamos el ritmo, y todavía no habíamos vuelto a llamar, así que todo iba perfecto. Lo de Belchite no había jodido nuestro plan. Pero dentro de mi cabeza me atormentaban las dudas: qué pasaría con Maribel, que íbamos a hacer con ella... Era el peor momento...

Tras examinarle el pecho a Maribel, Cara Cortada dijo que la bala le había perforado el pulmón y que era cuestión de horas que se muriera.

—¿Y si la llevamos a un hospital? —pregunté.

—Ha perdido mucha sangre, dudo que puedan hacer nada...

—Me da igual, la llevaremos —dije—. La acompañará Sayuri y ya nos inventaremos una buena coartada.

Eso es lo que habríamos hecho si no fuera porque la cubana de curvas imposibles, tumbada en mi cama, dejó escapar su último aliento y sus labios se petrificaron con una sonrisa de calma. Entonces, un silencio recorrió toda la habitación del hotel. Nos miramos los cuatro socios; el Uruguayo estaba afuera, fumando en el pasillo, y Sayuri duchándose.

Maribel se había muerto.

Por mi culpa, por una maldita bala.

Tantos esfuerzos y tanta locura habían desaparecido en la nada.

Tenía dos hijas... ¿qué iba a pasar con ellas? Me quedé pensando. «No les faltará de nada...». No pude pensar más, estaba bloqueado.

Cuando Sayuri salió de la ducha, no hizo falta decir nada porque vio el cuerpo de la cubana sin vida. La japonesa, aún con el pelo mojado, le cerró los ojos con delicadeza. Y entonces, aunque el dolor por la muerte de Maribel me atravesaba como si fuera un cuchillo en la garganta, teníamos que pensar en qué hacer con el cuerpo, dónde dejarlo, dónde enterrarlo...

Me fui a la habitación de Nariz Rota, quería estar solo. Allí lo tuve claro; me llevaría a Maribel con el coche a Bilbao, allí fundiría los cetros de oro y todas las joyas que habíamos robado de Montserrat, y luego —ya de noche— tiraría su cuerpo al mar. Nariz Rota y Cara Cortada se encargarían de dejar la Moreneta en algún sitio de Solsona una vez hecho el ingreso, que según el Uruguayo estaba al caer.

Sentí una tristeza atroz, parecida a la que sentí cuando murió la Loli. Y a esta se sumo la que sentía por la muerte de mi padre. Tantas muertes a mi alrededor hacían que el Tiburón se empequeñeciera, derrotado quizás por unas ausencias que me acompañarían el resto de mi vida...

Entonces llamó a la puerta el Uruguayo, que dijo que el ingreso estaba previsto a las tres de la madrugada. Nosotros les daríamos las indicaciones de dónde estaba la Virgen Negra a las cuatro de la madrugada. El margen de una hora era muy poco, pero tendríamos que hacerlo así.

Luego hablé con Nariz Rota. Le pedí que buscara un contacto para poder comprar una casa en la zona costera del Maresme. Aparte del dinero que ya teníamos, y calculando el dinero del secuestro y lo que nos darían por todo el oro, no habría

ningún problema. Era muy importante tenerlo todo preparado cuanto antes, porque la huida sería frenética.

Bajamos la Moreneta por el ascensor otra vez, tapada con una sábana. Sayuri dijo que quería venir con nosotros y yo le contesté que no, que nos tenía que esperar en el hotel. Ella asintió con la cabeza y se quedó sentada en una de las sillas de la *suite*, fumando en silencio, pensando en no sé qué, mirando muy dentro de ella.

Una vez bajada la Virgen Negra y metida en el BMW, nos preparamos para estar en contacto de forma constante con el Uruguayo, que desde el hotel Gran Sol iría dirigiendo toda la operación. A las 2.30 hizo la última llamada la Generalitat. Joan Pujolàs, el presidente, habló con un tono muy pausado y le aseguró que el ingreso ya estaba hecho. El Uruguayo, muy precavido, le respondió que, una vez confirmada la operación, de inmediato recibirían la dirección exacta de dónde estaría la Moreneta.

El Hongos y yo nos alejamos de Solsona más de cincuenta kilómetros. Cogimos la primera carretera secundaria, dirección a Barcelona. Era de noche y apenas teníamos visibilidad, pero nosotros íbamos con las linternas que habíamos usado para el secuestro, y a lo lejos, cruzando uno de aquellos montes, encontramos una masía abandonada que parecía ideal para dejar allí la Virgen. Pero antes, el Hongos con la Star y yo con la Magnum nos aseguramos de que la masía estaba completamente abandonada.

Entramos silenciosamente, la casa era de paredes robustas, techo de madera y un suelo de roca viva. De pronto oímos un ruido muy extraño. El Hongos, porque siempre había sido más de primero disparar y después preguntar, le metió dos balazos a un pobre gato que quedó tumbado en el suelo, más frito y tieso que si estuviera disecado.

—¿Qué coño haces? —le dije.

—Me había asustado, Tiburón, lo siento.

La masía aquella era el sitio ideal para guardar la Virgen, pero nosotros necesitábamos comunicarnos con el Uruguayo, y en esa casa evidentemente no había teléfono. Y tampoco llevábamos un *walkie-talkie*, porque a tanta distancia ya no cogía la señal. Volvimos atrás, rehicimos el camino, y en un pueblecito muy cerca (no me acuerdo del nombre), el primero que encontramos, buscamos un bar o un hostel, lo que fuera. Pero a esas horas estaban todos cerrados. Por suerte, en la plaza mayor encontramos la única cabina telefónica que quizás debía de haber en todo el pueblo.

—Bendito sea Dios, o quien sea, pero, por favor, que funcione. Porque, si no, estaremos más vendidos que nunca.

El Uruguayo sabía que no podía dar la orden hasta que hablase con nosotros. Me acerqué al auricular, metí cinco duros y, ¡gracia bendita!, funcionaba...

—¿Has llamado? —le pregunté al Uruguayo para saber si había comprobado el ingreso en la cuenta bancaria de las islas Caimán.

Él me contestó que lo llamara pasados cinco minutos, que estaba esperando a que su socio se lo confirmara por teléfono.

Encendí un cigarrillo. El Hongos no tuvo mejor ocurrencia que preguntarme si me follaría ese pueblo de mierda. Estaba yo para follar... tenía a Maribel de cuerpo presente, y un ajeteo en la cabeza que no estaba para hostias, era como si mis neuronas se hubieran convertido en insectos.

Pasaron los cinco minutos y llamé al Uruguayo, que me confirmó que ya había hablado con su socio y que el dinero, quinientos millones de pesetas, y lo repitió, enfatizando la cantidad, ya había sido ingresado.

Nos miramos con el Hongos y nos abrazamos como unos locos a las tantas de la madrugada en la plaza mayor de aquel pueblo. Por fin las cosas salían bien.

Lo habíamos conseguido. Éramos los putos amos del mundo.

Yo le di al Uruguayo la ubicación de la masía donde íbamos a dejar la Moreneta... Pero también le dije que nos diera como una hora de ventaja.

—Ya lo sé, Tiburón, no hacía falta ni que me lo advirtieras... —contestó sobrado desde el otro lado del teléfono.

Ahora venía la parte más fácil, pero no por eso la menos importante. Subimos los dos al coche. A toda hostia volvimos por la carretera secundaria. Esa masía abandonada de pronto me parecía un paraíso. Bajamos la Moreneta como pudimos.

—Ve con cuidado, ve con muchísimo cuidado, Hongos.

—Ya lo sé, ya lo sé, voy con todo el cuidado que puedo. Pero mira el reloj, han pasado ya diez minutos, y esos tíos, cuando sepan la dirección, no van a tardar nada en llegar. Tenemos que darnos prisa.

El hijo de puta tenía razón.

Quizás por eso, cuando entramos en la masía con las linternas, los dos cargando con la Virgen, tuvimos la mala suerte de resbalar con la sangre del puto gato que había matado el Hongos de dos balazos. Me caí, con tanta mala pata que todo el peso de la Virgen me cayó encima. Así que intenté agarrarla, pero perdí el equilibrio y fue imposible, por la oscuridad, por el imprevisto, por lo que fuese. Y el desgraciado del Hongos tampoco pudo agarrarla bien. ¡Y me cago en la puta santísima de Dios! Se nos cayó al suelo y, al chocar con la fría piedra, se nos rompió en añicos.

¡Mierda! ¡La habíamos jodido!

Nos habíamos cargado la Moreneta. Se nos había despedazado el niño por un lado, la cabeza de la Virgen por el otro, y el cuerpo en no sé cuántos trozos. Era como un puzle de mil piezas.

—¿Qué vamos a hacer?! —gritó el Hongos.

—Y yo qué coño sé... —le dije.

Juntamos las piezas como pudimos, con más fe y buena voluntad que acierto, pero ya corrían las agujas del reloj, no daban tregua. Teníamos que salir de allí pitando, así que juntamos las piezas, la tapamos con una sábana y, justo antes de cerrar la puerta de la masía, oímos un ruido de piezas que se volvían a desmontar...

Era demasiado tarde, ya no podíamos hacer nada, así que nos subimos al coche y volvimos cagando hostias al hotel Gran Sol de Solsona.

CAPÍTULO 16

Volver a empezar

En la recepción del hotel nos esperaban nuestros socios.

Más contentos que unas pascuas, nos abrazamos. Hablamos unos momentos y decidimos que iríamos los cuatro a Bilbao, con Sayuri. Y, mientras nosotros nos encargábamos de fundir el oro en una joyería que conocíamos por un contacto de Cara Cortada, el Uruguayo solucionaría con su socio el tema del dinero.

Subimos a mi *suite*, porque la cubana seguía allí. La envolvimos en una alfombra, y disimulando como pudimos, bajamos a Maribel hasta los coches. Sayuri se encargó de distraer a la gente: a los recepcionistas, los chicos del bar, a cualquiera que pudiese preguntar. No era fácil sacar un cadáver de un hotel en plena noche, y menos con gente como nosotros, que teníamos cara de todo menos de inocentes.

—Tendrían que escribir un libro sobre nuestra banda —dijo Cara Cortada bajando por el ascensor con Maribel enrollada en la alfombra...

—No me toques los huevos... —contestó Nariz Rota—. No te has leído un libro en tu puta vida, y ahora vas intentar que la gente se aburra leyendo tu historia.

Con un gesto Sayuri nos indicó que ya podíamos meterla en el coche, y en un abrir y cerrar de ojos estábamos preparados para largarnos.

Íbamos en dos coches: el BMW y el Toyota. Sayuri, Nariz rota y yo íbamos en el BMW, y los otros en el Toyota. Nos volvíamos a largar de Cataluña como era costumbre, pero esta vez con una satisfacción total, con la sensación del trabajo bien hecho, aunque el Hongos y yo hicimos la promesa de no contarle nunca a nadie lo que había pasado en esa masía, cuando resbalé con la puta sangre del gato.

Y otra vez a viajar de madrugada, apretando fuerte el acelerador, y con un hotel de cuatro estrellas esperándonos en el centro de Bilbao. En las Siete Calles. Durante el trayecto, casi a punto de sobarse, Sayuri me acarició suavemente la mano y me puse cachondo como un perro. Durante unos segundos olvidé la tristeza de Maribel, y de mi padre. No había rastro de Ramírez, y parecía que todo podía volver a empezar de una forma gratificante. De pronto la energía universal o una justicia divina ponía a cada uno en su sitio y podríamos retirarnos durante un buen tiempo en una casa cerca de la playa.

Al llegar al hotel Bizirik, Sayuri propuso que nos librásemos del cuerpo de Maribel lo antes posible. No era mala idea, es verdad, incluso por una cuestión higiénica, pero, después de tantas horas de viaje, lo mejor era descansar. Así que dejamos el cadáver dentro del maletero, en el *parking* del hotel, que era el lugar más seguro.

Por la mañana iríamos a ver al joyero y le llevaríamos todo el material. Yo notaba

que Sayuri se moría de ganas de entrar en nuestros negocios, de participar de alguna forma. Cuando hablamos volviendo de Belchite me dijo que tenía sus trabajitos, que era una buena ladrona, y yo me moría de ganas de probarla (en todos los sentidos), quería saber si era verdad, o si iba de farol. Aunque después de ver la ráfaga que les atizó a aquellos cabrones con el subfusil, uno podía imaginar que esa japonesa iba de todo menos de farol.



Al día siguiente cuando nos despertamos cada uno en su *suite* (Sayuri en la suya), miramos en la televisión si había alguna noticia de la Moreneta, pero nada de nada. Ni un comentario. Realmente la Generalitat había conseguido que el secuestro de la Virgen pasara completamente desapercibido, que no se enterara nadie.

Cuando llegamos todos a la joyería, Nariz Rota y yo le explicamos al pavo que la llevaba qué era lo que queríamos hacer exactamente. El hombre, al ver las sacas con todo el oro que había dentro, no se lo podía creer. Incluso dijo:

—Esto tiene un valor histórico muy importante.

—A nosotros el valor histórico nos la sopla por delante y por detrás —sentenció mi socio.

Entonces el joyero entendió que no estábamos para monsergas, y ya no habló más de la Historia. Nos hizo pasar a su taller. Y dentro de su taller había una puerta muy pequeña por donde pasamos directamente al horno. Allí nos enseñó sus herramientas para fundir el oro, demostrándonos unos conocimientos precisos del punto de fusión y el procedimiento.

A nosotros tanta palabrería nos ponía de los nervios, pero Cara Cortada lo escuchaba con entusiasmo. Separó las piezas de oro según sus diferentes quilates: de 10, 14, 18 y 24. Y también por sus colores: el rosado, el blanco, amarillo o el verde.

—El único tipo de oro que es puro, es decir, que no contiene otro metal, es el amarillo de 24 quilates.

Y el joyero siguió rajando, contándonos que el amarillo de 18 quilates contenía plata y cobre. Que el amarillo de 10 quilates contenía mayores cantidades de plata y de cobre, y así nos fue relatando uno a uno todos los detalles y los secretos... Nariz Rota y el Hongos sacaban humo de la cabeza y Sayuri, mascando un chicle, hacía rato que no escuchaba.

—Dile que todo eso nos importa una puta mierda —me susurró Nariz Rota.

—No lo voy hacer.

Animado por la atención de Cara Cortada, el joyero nos precisó que cada punto de fusión dependía de los quilates, que, por ejemplo el oro amarillo de 18 quilates tenía el punto de fusión en los 1700 °F, unos 920 °C. Y así cada aleación tenía su secreto. Le encantaba al buen hombre regocijarse en su explicación. Finalmente, usó

un crisol (un recipiente pequeño de forma semiesférica) para fundir los metales.

Para cuando terminó el horneado ya no podíamos más.

—No, por favor —dijo Nariz Rota—, no podemos más con toda esa mierda de los quilates y la temperatura... Usted haga su trabajo...

—¿Es muy urgente? —preguntó el hombre, sorprendido.

—¿Cuándo lo puede tener?

—En un par de días seguro. Serán quinientos lingotes.

—Quinientos kilos de oro... Pero no tenemos tanto tiempo. Lo necesitamos para mañana por la mañana.

El hombre, al ver el tono en el que hablaba Nariz Rota, entendió que no había espacio para el regateo, sería así y punto, que nosotros, por la mañana, nos llevaríamos todos los lingotes.

—Pues a mí me parece interesante... —se descolgó Cara Cortada.

—A ti te parece interesante pensar si una ciudad es follable o no. Tú no cuentas.

Una vez de acuerdo con el joyero, salimos de su tienda y Sayuri, con su mirada pícaro y sus ojos rasgados, nos quiso enseñar su noble talento en el robo, el robo de guante blanco. Decía que los que te atracaban con armas o con cuchillos eran unos mierdas, y nosotros nos pusimos rojos porque solo sabíamos atracar con armas. Nariz Rota quiso contradecirla o decirle alguna subnormalidad, pero me vio la cara y prefirió callarse.

Nos sentamos en la terraza de un bar, delante de una tienda de ordenadores. Había de todo: Spectrum, IBM... Sayuri me cogió de la mano y me preguntó:

—¿Cuál es el ordenador que te gustaría tener?

—No sé de ordenadores, no tengo ni puta idea...

—Ya —respondió ella—, eso me da igual, señala el que quieras y te lo traeré.

—No podrás robar un ordenador así por las buenas, son muy grandes, pesan un montón.

—Tú no me conoces. Yo soy capaz de robarle el gorro al mismísimo papa.

Le señalé uno al azar. Era un IBM con microprocesador de no sé qué, decía el cartel, que también aseguraba que era el más veloz de todos los ordenadores, pero yo no tenía ni puta idea de informática. No sé qué cojones hizo dentro de la tienda, pero cuando todavía no había pedido ni unas patatas bravas, la japonesa salió de la tienda con su sonrisa pícaro y cargando el ordenador en los brazos.

—Chicos no nos podemos entretener, porque me han prestado este ordenador.

Los cuatro nos miramos. Se nos cayeron los huevos al suelo. No podía ser verdad. ¿Cómo cojones lo había hecho?



Por la tarde cada uno hizo su plan: el Hongos como de costumbre se fue de putas,

Cara Cortada a drogarse un rato y Nariz Rota aprovechó para correr por la ciudad porque decía que hacía tiempo que había perdido la forma.

Así que Sayuri y yo empezamos a andar tranquilamente por el centro de Bilbao. Lo pensé durante unos segundos, pero Bilbao me pareció una ciudad fea de cojones. Y encima nos llegaba un desagradable olor, a rata muerta y a pescado muerto.

Sayuri me contó historias (exageradas) de su vida, que había nacido en Brasil de padre japonés, que era una experta en artes marciales y que había estudiado un par de carreras: Traducción e Informática. Su abuelo había sido de los últimos samuráis. Así que además de un talento innato para robar, tenía el don de la sabiduría oriental. Nos reímos mucho de bar en bar tomando copas y charlando. Yo le intenté hablar de mi padre, explicarle lo que había perdido. Ella, discreta, me escuchaba. No hablamos de Maribel, no hacía falta pronunciar su nombre para entender que si nos habíamos conocido era gracias a esa cubana a quien le gustaba que le cantasen en sus mejores momentos.

Oscureció muy deprisa, quizá el tiempo cuando estábamos juntos volaba como una bala a través del bosque. Así que, después de cenar, decidimos ir a buscar el BMW, para ir con el coche hasta la costa y despedirnos de Maribel. A partir de entonces, justo cuando nos montamos (yo conduciendo y ella de copiloto), dejamos de hablar, dejamos que esa complicidad que nos había acompañado durante todo el día fuese de pronto un silencio respetuoso para Maribel.

Llegamos al primer pueblecito costero. Anduvimos un trozo hasta el puerto, allí Sayuri preguntó si alquilaban alguna embarcación pequeña. Como le sobraban los encantos, rápidamente nos ofrecieron alquilar un barco pequeñito por un par de horas. Con ese barquito tendríamos suficiente para ir mar adentro y despedirnos de nuestra amiga.

—¿Sabéis navegar? —preguntó el dueño del barquito.

—Pues claro —mentí.

Una vez todo preparado, cuando nos quedamos solos, fui a buscar el cuerpo de Maribel. Había aparcado en un lugar tranquilo. Sayuri me quiso ayudar pero yo le dije que podía solo. Quería coger en brazos a mi cubana favorita. Una vez mar adentro, donde no se veían ni las lucecitas del puerto, ni de los pueblos, ni de la costa, decidimos arrojar el cuerpo sin vida de Maribel al mar. Sayuri pronunció unas palabras en japonés que yo no entendí, y luego me dijo que si quería rezar.

—Hace mucho que he perdido la fe, ya no solo en los hombres, sino también en Dios.

Ella asintió como si entendiera todo lo que había dicho, el dolor tan profundo que sentía yo. «Qué mierda de vida», pensé. En silencio volvimos hasta el puerto. De camino al hotel nos atrevimos de nuevo con las palabras. Poco a poco ella se puso a reír y, subiendo por el ascensor, me dijo que esa noche no quería estar sola y que dormiría conmigo. Me abrazó y me puse duro como una piedra.

Al llegar a la habitación le acaricié suavemente el pelo mientras ella sonreía y me

miraba con sus ojos rasgados. Quiso decir alguna cosa, pero de pronto cerró los labios. Abrí la boca, preparada para morderla, morderla dulcemente y, ella que se moría de la risa por las cosquillas, y yo que no dejaba de acariciarla. Entonces dijo unas palabras incomprensibles, seguramente en japonés o brasileño, o una mezcla de los dos, pero a mí me daba igual, porque yo ya no la escuchaba, me había quedado hipnotizado con su cuerpo, esbelto y suave, casi perfecto, con unos pezones redondos como una galleta María y duros como una flecha marcando la dirección. Y sus piernas de marfil, que terminaban en unos tobillos finos, y los pies típicos de *geisha* y las uñas pintadas... Esos pies minúsculos pero tan bien cuidados me pusieron a cien.

Sayuri era una mujer impresionante. Entonces me dijo:

—Átame, quiero que me ates y que me folles como si mañana se terminase el mundo.

Estábamos tumbados encima de la cama. Supongo que ella notó un brillo de locura en mis ojos. Sin cruzar una palabra, fui directo a coger las fundas de las almohadas y la até primero por las muñecas y después por los tobillos, boca abajo. Estaba tan cachondo que me podía follar a Sayuri durante semanas o años, ponerle un piso en el paseo de Gràcia, comprarle todas las joyas del mundo...

—¿Me vas a empotrar de verdad o no? —dijo girando el cuello pero con la voz muy tímida.

—Haré lo que tú me pidas...

Y entre raya y raya follamos locamente, no sé cuántas horas estuvimos allí encerrados, chupándonos, dejándonos el cuerpo lleno de sudor y vacío de todo, ahora en la ducha, ahora en el comedor, podría repetir y repetir sin cansarme. Y ella que se reía al follar, y en silencio me miraba con sus ojitos y no decía nada, pero yo tenía la sensación de que me leía el pensamiento. Se nos hizo de día, y de noche, y otra vez de día, y Sayuri y yo parecíamos condenados a follar a perpetuidad.



A la mañana siguiente nos despertaron los golpes en la puerta de Nariz Rota. Aún con la resaca, y los huevos calientes de tanto follar con esa loca japonesa, le pregunté que qué cojones pasaba. Me dijo que nada en especial, pero que había tenido una intuición, un mal presentimiento, que había llamado un par de veces al número de teléfono que le dio el Uruguayo, y que ese número no existía.

—No te preocupes —le contesté—. Eso pasa a menudo, como todos vamos cambiando de lugares, nos tenemos que buscar la vida. Lo más normal es que se hayan tenido que largar y ahora ese número ya no sirva.

—Ojalá tengas razón.

Desayunamos y nos fuimos a recoger todos los lingotes de oro del joyero. El hombre tenía los ojos vidriosos porque había trabajado durante toda la noche y creo

que incluso esperaba que le dejásemos algún lingote de propina. Ya se lo podía sacar de la cabeza, ese oro nos había costado mucho esfuerzo.

Nariz Rota ya había hablado con el propietario de una casa en el Maresme, en concreto en Mataró, y, una vez cargados los coches con todo el armamento, la poca droga que nos quedaba y los quinientos lingotes de oro, nos fuimos directos a nuestra nueva residencia con Sayuri, a esperar noticias del Uruguayo. Que en breve tenía que contactar con nosotros para quedar con él en algún lugar de la geografía catalana. No podíamos vernos en Mataró, ni mucho menos cerca de Barcelona. Ya acordaríamos el lugar.

—Quinientos kilos de oro son dos mil millones de pesetas —le expliqué a la japonesa mientras volvíamos para presumir.

Nada más pisar nuestra nueva casa, por casualidad, Cara Cortada encendió el televisor. Y nos quedamos todos con la boca abierta cuando vimos a la presentadora del telediario diciendo:

—La Generalitat ha decidido restaurar Montserrat, incluida la Moreneta. Por esta razón el santuario permanecerá cerrado durante un tiempo al público y al culto. Las obras de restauración podrían estar concluidas dentro de tres meses, habida cuenta de...

Apagué el televisor.

—¡Qué cabrones! —dijo Cara Cortada—. Si les devolvimos la Virgen intacta...

—Es verdad... —contestó el Hongos mientras me miraba de reojo.

Una vez en Mataró, todo estaba en su sitio. Bonito lugar, gente tranquila, buen clima, y solo faltaba que viniera el Uruguayo con el dinero...



Pasaron las horas, pasaron los días, y ni rastro del Uruguayo. Nos empezamos a angustiar, porque pensábamos que a lo mejor le había pasado algo, que lo había pillado la policía o que su socio le había metido un tiro... cualquier cosa.

Yo repetí las llamadas que había hecho días antes para poder contactar con él. Al final, gracias a un cúmulo de casualidades, un tipo me dijo que lo había visto largarse, que le preguntó adónde iba y le contestó (más feliz que una puta perdiz) que no se lo podía decir, que se largaba a vivir el resto de sus días en un paraíso lejos de todo el mundo.

Cuando me enteré de que el hijo de puta había desaparecido en la nada, reuní a mis socios y les expliqué que el Uruguayo nos había jodido. Que yo asumía toda la responsabilidad, que lo sentía mucho y que no sabía cómo podía compensarles. Que me descontaran el dinero que me tocaba de los lingotes de oro. Mis socios, como es lógico, se cagaron en la puta, pero me dijeron que nunca me abandonarían, que estábamos todos en el mismo barco, que éramos compadres. Además ninguno de

ellos tampoco había sospechado nunca que el Uruguayo nos la iba a jugar.

Ahí me demostraron que íbamos a muerte juntos.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Nariz Rota.

—Habrá que preparar una gorda, una muy gorda —le contesté, y de un puñetazo rompí el cristal de una ventana.

Esa misma noche el Hongos montó una gran fiesta, con putas, drogas y de todo. Era una noche casi perfecta. Pensé que habíamos perdido mucho tiempo con la Moreneta pero que, haciendo cuentas, habíamos ganado mucho dinero. Y cuando vendiéramos los lingotes de oro, sacaríamos mucho más.

Nada nos podía parar.

—¿Cuánto calculas que sacaremos por el oro? —me preguntó Nariz Rota.

—Unos dos mil millones. Pero nos lo tenemos que sacar pronto de encima —le contesté.

—¿Y sabéis ya a quién se lo vais a vender? —preguntó Sayuri.

—No, pero no te preocupes, que compradores no nos van a faltar.

Mientras en el jardín de la nueva casa las putas bebían y mis socios follaban, mirando la puta noche estrellada, pensé que nacemos, crecemos y morimos pero, mientras tanto, nunca hay que desistir.



DANI EL ROJO (Barcelona en 1962). Dejó atrás su pasado delictivo al salir de la cárcel y comenzó a trabajar llevando el *merchandising* de artistas como Loquillo, Bunbury, Elefantes o Rosario. Tiempo después se aventuró a ser protagonista de la sitcom de Canal+ Los Matarile. Su experiencia literaria comenzó con la trilogía basada en su vida delictiva compuesta por los títulos *Confesiones de un gánster de Barcelona* (ganadora del premio *Rodolfo Walsh* a la mejor obra de no ficción de la Semana Negra de Gijón), *El gran golpe del gánster de Barcelona* y *Mi vida en juego* (escrita por Lluç Oliveras). En 2013 protagonizó el monólogo *Mi vida en juego* con guión de Marc Artigau y Berto Romero y dirección de Marc Artigau, en el Círcol Maldà de Barcelona.

Notas

[1] Antes de llamarse el Hongos, lo llamábamos Lolo (pero ya nadie se acuerda). <<